



LA SOMBRA
QUE ARRASTRA
EL COCHERO



VICIO IMPUNE
— EDITORIAL —

© LA SOMBRA QUE ARRASTRA EL COCHERO
© Max Valdés Avilés

Registro de Propiedad Intelectual N° 227.583
ISBN: 978-956-09094-7-3

Ilustraciones de portada e interior:

Estudio Mono de Tinta

Diseño y diagramación:

Jenny Contente G.

Impreso en:

Dimacofi S.A.

Junio, 2019.

“Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquiera otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de Editorial Vicio Impune”

LA SOMBRA
QUE ARRASTRA
EL COCHERO

CUENTOS

Max Valdés Avilés

VICI  IMPUNE
— EDITORIAL —



LA MUERTE DE JUANA LEUFUHUE

Lo único audible en la madrugada es el sonido del agua. El agua agitada por la mano del niño que dibuja círculos con sus dedos. Las pequeñas ondas lo entusiasman logrando desperezarlo luego del largo viaje en balsa. Esta noche son los únicos habitantes del planeta. De vez en cuando un ave rapaz vuela frente a sus ojos. El niño trata de imitar el sonido del pájaro, pero no le resulta. Es gracioso y, por primera vez desde que se embarcaron, el padre sonríe. Una sonrisa simulada en un rostro invadido por la desolación. Están a metros de alcanzar la isla. El hombre puede ver, detrás de la densa niebla, las puntas afiladas de las rocas.

—¿Cuánto falta para llegar?—pregunta el niño.

—Poco —dice el hombre—, aguántate.

El niño abraza la mortaja que contiene el cuerpo de su madre.

—¡Déjala! —suplica el padre, siempre lacónico.

—¿Se puede despertar?

—No. Claro que no —agrega, con los ojos atentos en la bruma que no le permite orientar el remo.

Alicura sospecha que el espíritu de su madre aún continúa con ellos; que no se mueve, pero que tampoco está muerta. Dentro de la bolsa han dispuesto algunas de sus pertenencias: yerba, azúcar, carne, agua y una botella con muday.

Finalmente, la niebla comienza a disiparse dejando ver por primera vez la isla. Es un palacio hecho de guijarros cuyos alargados árboles simulan guardianes gigantescos. El hombre obliga al niño a cerrar los ojos, *por respeto a nuestros antepasados*, aclara. Si el niño viese los cipreses, seguramente creería que son los *Kalkus*, esa suerte de brujos pintados de verdinegros que, según las historias narradas por los hechiceros, custodian todo el perímetro de la isla.

—¡Te dije que la dejaras quieta!

—¿Qué dice, papá?

—¡Que la sueltes!

—Quiero abrazarla siempre...

Después de un quejido luctuoso el hombre añade:

—¡Despídete de tu madre, ya llegamos!

—¿Puedo acompañarlo?

—¡No! ¡No está permitido!

El hijo pregunta si puede abrir los ojos y ver por fin la isla, pero el padre se lo prohíbe; se dice que si un menor entra a la isla de los muertos con los ojos abiertos, no saldrá jamás. El niño se aferra al sudario de su madre y piensa en las noches anteriores a su muerte, en que durmió con ella hasta tornarse fría. Sus manos arrugadas se volvieron piedra y eso lo impresionó. Se quedó tres horas en vigilia para ver salir su *Püllu*: era la primera vez que vería caminar —desprendido del cuerpo—, a esa especie de alma en busca de descanso, pero no vio nada. Se sintió decepcionado y todas las historias de su padre y de la aldea le parecían una exageración o francamente una sarta de mentiras.

La luz de la luna ilumina la escena. A la luna se le conoce como *Küyen*: a él le agrada el sonido de esa palabra en su oído. La repite en las noches para quedarse dormido; en los días en que su madre agonizaba comenzó ese canturreo en

su mente acompañado de un movimiento leve en su boca. Esa palabra lo calmaba como una infusión de hojas de tilo o el recuerdo de la leyenda del niño lobo de Carampangüe.

El color azul de esas aguas, en horas de la madrugada, impresionó al padre. Además de transparente y límpida, no estaba fría. Pero un recuerdo atávico le angustiaba. ¿Habrá sido que —al igual que su hijo— siendo niño, sus padres le llevaron a la misma isla?

La sospecha de que alguien podría ocultarse, bajo las engañosas y tranquilas aguas, lo inquieta; pero inmediatamente lo borra de su mente. Era absurdo pensar en eso. Su aprensión era toparse con los *Weküife*, los seres de las tinieblas que vagan por la isla con el fin de arrebatarse el *Püllu* de los recién sepultados. Pero esa noche particular, en que las estrellas y la luna se reunían bajo el Wenu Mapu, iluminando la oscuridad, volvía improbable la aparición de éstos desde el Nag Mapu; así decían los peumas de la Machi que, antes de abandonar la cordillera de Los Andes, oró con el padre y el hijo durante tres días. Después los acompañó a la barcaza y los despidió para ese largo viaje desde la montaña al mar.

—¿Cree que llegaremos? —le preguntó en esa oportunidad el hombre, abrumado por la muerte de su mujer.

La Machi no quiso responderles.

Ahora, enfrentado a la majestuosidad de la isla, se puso de pie abandonando los remos. Y entonces, de pronto, sin saber cómo y por qué, imagina el cadáver de su hijo postrado ante él, sin vida. Como si estuviese dentro de un túnel, ve pasar los episodios de su infancia desde un pasado infinito e intuye una voz asesina advirtiéndole que algo acontecerá; la voz está dentro del túnel y lo acecha. Recuerda la entrada al viejo establo en Lota, la tarde en que le enseñó a montar

a caballo: como temía acercarse a su yegua, él, su padre, lo elevó hasta sentarlo a pelo obligándole a que no soltara la soga que lo unía al animal. Alicura lloraba y las lágrimas, que caían por su tierna mejilla, se confundían con el polvo que levantaba los brincos de la yegua; más tarde lo meterían a la bañera caliente, mientras la oscuridad caía en la casa de sus abuelos, pero el niño jamás olvidaría ese día y tampoco Nahuel. Luego vendría la quietud de una noche de silencio en el campo.

Por eso regresa a la balsa a comprobar que su hijo esté bien y así es; es una alucinación. Alicura obedece a su padre con los ojos aún cerrados. Afortunadamente, todo era una vana preocupación. El cansancio le producía delirios o imágenes arcaicas como las Tentaciones de San Antonio.

Observó con perplejidad las placas de caliza dispuestas en hilera sobre una pequeña meseta. Cada una de ellas correspondía a un nicho. Ahora sí, recordó que su padre también lo llevó a ese lugar a depositar el cuerpo de su abuela; entonces él tenía sólo dos años y no recordaba casi nada. Hoy, frente a esas columnas, intuía la misma fragilidad que debió sentir aquella vez.

Repentinamente, el niño lo sacó de su mutismo.

—¡Ahora puedo mirar!

El niño por fin abrió los ojos. Se quitó la bufanda del rostro y quedó paralizado.

—¿Qué es esto, papá?

Él no respondió.

—Vamos a entrar por una de las cavernas. —y llevó la balsa hacia una de las aberturas en la roca, ahí donde se iniciaba el pequeño bosquecillo de cipreses—. El niño, por segunda vez, se aferró a su madre muerta. Sintió frío y se recubrió las orejas.

—¿Por qué vamos allá, papá?

—Debemos abandonar el Püllu de Juana.

—¿No hay murciélagos adentro?

—No, hijo.

El chico temía a los murciélagos. No resistía a los ratones e imaginar uno con alas y sangrante era demasiado.

El hombre remó hasta la roca que servía de entrada. Un río natural de aguas subterráneas reemplazaba al agua de mar por agua dulce y deslizaba la barcaza como si se tratara de la pluma de un cormorán.

—¡Quiero volver! —suplicó el hijo—. ¡Me da mucho miedo!

—¡Tenemos que sepultar a tu madre!

—Pero aquí no hay nadie, papá.

—¿Y nuestros antepasados? ¿Qué son?

El padre era un testarudo y remaba con una fuerza desconocida. Dentro de la caverna estaba oscuro, salvo un ligero reguero de luz filtrándose del amanecer. El hombre encendió una antorcha previamente untada en aceite de bacalao.

Accidentalmente, el niño soltó la mortaja y parte de ella estuvo a punto de caer fuera de la embarcación. El padre se horrorizó al imaginar que podría exhibir a la mujer muerta. El niño descubrió que, con el golpe, la mano de su madre arrancó fuera de la gruesa manta.

—¡Yo no hice nada! —dijo disculpándose, aterrado por la imagen de su madre *resucitada*.

El hombre se acercó, tomó la soga y volvió a amarrarla. Coger la mano de su mujer, ahora sin vida y cubrirla como una muñeca defectuosa, lo ruborizó. El chico vio cómo su padre temblaba. Pero no le dijo nada. Ambos eran hombres y eso aliviaba su terror a los murciélagos.

—¡Ahí está! —dijo en voz alta. Bajó de la balsa. Metió los pies al agua, pero no le importó, dirigiéndose al fondo rocoso y laberíntico. Era una placa pedregosa, pulida hasta la perfección con las inscripciones de varios nombres. Uno de ellos era el de su madre. El niño lo miró boquiabierto.

—¿Dónde va? —preguntó sin obtener respuesta—. No me deje solo, —rogó.

—Te lo dije. Tengo que llevar a tu madre a la sepultura.

—¡Pero los murciélagos!

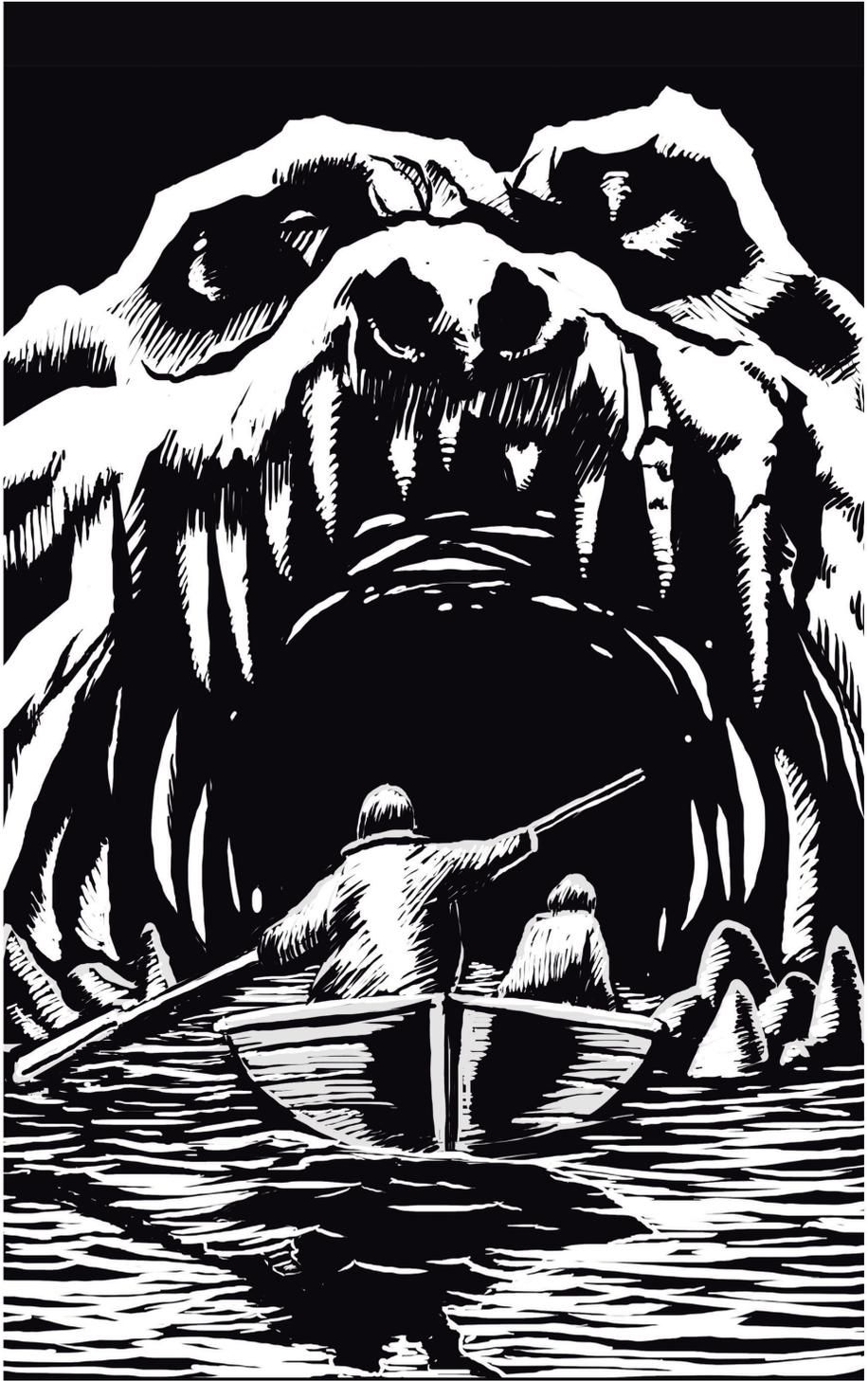
El hombre no hizo caso, aseguró la mortaja y la cargó en sus hombros encaminándose a uno de los nichos incrustados en los peñones. Alicura observó la dificultad con la que el padre cargaba el cuerpo y cómo, de vez en cuando, se detenía para descansar o bien para revisar que ninguna de las amarras se hubiese roto. El interior de la caverna le parecía las fauces de un animal monstruoso que en cualquier instante los destruiría. Para espantar el miedo, volvió a jugar con el agua. Recordó que no se despidió de Juana Leufuhue.

—¡Papá! —le gritó sin pensar que su voz se oiría tan fuerte.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Papá! —repitió el eco tres veces como un canto terrorífico.

Fue entonces cuando percibió que algo movía las aguas acercándose al bote. Sintió un hielo que se deslizaba por su espalda. Por un descuido, el padre olvidó su manta y el niño la tomó, abrigándose. Cerró los ojos. La barcaza se movía como si una mano invisible intentara volcarla. Todas las pesadillas de la aldea, que relataban los ancianos mapuches, resucitaron en su memoria.

El hombre experimentó una angustia del tamaño de una vieja araucaria cuando depositó el cuerpo en el



nicho. Distinguió una bóveda vacía para él y otra para su hijo, como si un ser omnipresente hubiese asignado desde el principio de los tiempos el destino y número de miembros de su familia. Su fe le impedía rezar y no hizo oración alguna. Palpó el frío de la piedra y al mismo tiempo la eternidad que la naturaleza contenía allí, sin descomposición, podredumbre o deterioro.

Avanzó hacia la salida. Desde el interior de la gruta podía olfatear el mar cercano y el origen de la luz que ingresaba tímidamente por las aberturas de la roca.

Repentinamente, sintió un murmullo. No podía ser su hijo; él estaba en la barcaza.

Oyó pronunciar su nombre en la semipenumbra:

—¡Nahuel! ¿Me escuchas?

—¿Quién ha dicho mi nombre?— dijo, buscando el origen de aquella voz remotamente familiar.

—¡Estoy aquí, hijo! ¡Sabes que siempre he estado aquí!

Era el espíritu de su madre. Ahora, por fin la vio: parecía un dibujo transparente proyectado en la piedra.

—¿A que ha venido, hijo?

—¿A dejar a la Juana Leufuhue!

—¡Váyase, los *Wekiüfe* buscan la sangre de su niño para sobrevivir!

—¿Están aquí? ¿Nos han perseguido durante todo el viaje? —preguntó.

Estaba horrorizado. No volvió a oír la voz de la anciana. Corrió por el roquerío. Rogó al espíritu de su esposa que protegiera al niño. Tuvo la impresión de que el chico, en algún instante que él no recuerda, giró y vio la isla antes de tiempo, y eso lo condena.

Cuando regresó a la entrada de la caverna, el bote estaba vacío. Llamó a su hijo. Gritó el nombre de Alicura

y las paredes parecían remecerse y sucumbir pese a su inmovilidad.

Pero el niño no respondía.

Miró alrededor.

Pensó que se había ahogado o que uno de esos seres de las tinieblas lo retuvo para bajarlo al Nag Mapu.

¡Alicura, hijo! —gritaba, pero el eco de la caverna le devolvía las últimas sílabas alargadas, distorsionadas y perdiéndose en las fisuras de las rocas.

Miró al interior del bote. El agua se mecía quieta y transparente. Recordó el juego de su hijo minutos antes. Le temía a los murciélagos y quizá creyó ver uno en la oscuridad de la gruta y por eso huyó. Nahuel vuelve a recordar: Alicura juega en el patio con sus amigos, junto al liquidámbar y el quillay, cuyas firmes ramas sostienen la casa en el árbol que él le construyó a los tres años; la casa hizo feliz al niño, una felicidad que Nahuel nunca conoció.

Con desesperación se metió en el riachuelo formado naturalmente al interior de la cueva y por el cual habían ingresado al sepulcro.

Nadó desesperadamente hacia la primera luz del amanecer. Sintió las piernas cansadas, casi adormecidas; luego, el vientre gruñir en su interior y una tensión cerca de su cuello como si alguien le pretendiese dar alcance.

No supo de la corriente que le seguía el rastro ni del agua helada entrando a sus oídos.



LA ÚLTIMA NOCHE DEL APOCALIPSIS

Guadalupe Cortés observó, entre tanta espectacularidad trágica, a los Mansilla Huilipan huyendo con sus tres hijos, arrastrando una carretilla con alimentos y frazadas. Mas atrás, un hombre esquelético, semidesnudo, casi un personaje de George Romero en *La noche de los muertos vivientes*, corría de un sitio a otro, fuera de sí, como un ebrio en completo extravío. Las calles estaban invadidas por los escombros. Se oían voces desde el interior de las casas pidiendo auxilio, pero Guadalupe, choqueada de pavor, no percibía nada; sólo un siseo taladrando horriblemente su cerebro. La luz de un sol mortecino pronto se iría, dando paso a la amenazante oscuridad. El estado de emergencia, decretado desde las oficinas en Santiago, fue incapaz de disminuir el pánico e incertidumbre que cundía en las regiones del Sur. No sabían qué hacer. Nunca antes ensayaron este libreto del apocalipsis. La confusión impedía responder con prontitud a la situación de catástrofe. Sólo una guerra interna era similar a tal condición de anarquía. La caída de puentes impidió el ingreso de vehículos militares para controlar a los insurrectos y dar tranquilidad a esos barrios de pánico y desconcierto. Guadalupe, en ese flagrante escenario, acudió a pedir auxilio a carabineros.

—¡No podemos ayudarla! —le dijeron antes que abriera la boca.

—¡Por Dios, se lo ruego! —suplicó.

—¡Estamos sobrepasados, señora!

—¡Mi marido está enfermo! —prosiguió, pero los hombres ya no la oían.

Regresó confundida y nerviosa. Sentía las piernas electrizadas como si las vérices fuesen a reventársele en cualquier momento. A pesar de eso, no disminuyó su andar hasta que se sintió *segura* en su casa. Ramón quería ver qué ocurría afuera, pero Guadalupe se negaba a acercarlo a la ventana.

—¿Quiénes gritan así?

—¡Las yeguas de don Salvador! —dijo ella, mintiendo—. ¡Están parías!

Hace un par de horas la lluvia, intensa y continua, había cesado dando una tregua a la población que aprovechaba ese rato para readecuar sus viviendas o sencillamente huir. Decían que venía un terremoto más fuerte y que de nada servía subir a los cerros; todo era inútil. No sabían si en ocho horas, seis, ciento veinte minutos o menos. Por eso el horror en sus caras y la agonía en sus cuerpos; la fatiga y el desconsuelo ante un enemigo impredecible.

El diablo empuñó su ira. ¿Quién les recomendó construir sus casas en la ribera, con terrazas exhibiéndose a un mar sereno y azul que bañaba las costas del Pacífico? Tanta excavación, explosivos y rompimiento de piedras milenarias efectuadas por la *Chemical Industry Inc.* terminaron por cobrarle la factura. Tan solo días antes de la catástrofe, la televisión mostró una llanura fértil y generosa, con playas atiborradas de visitantes. Incluso recordaba haber oído que una productora alemana visitaba Cobquecura con el ánimo de realizar un documental para el *Discovery Channel*.

En cuestión de horas, la mayoría emigró. Sólo quedaban los viejos, aquellos que no se fueron en los camiones municipales. Guadalupe y Ramón, aunque quisieran, no podían: el hombre tenía un enfisema pulmonar que lo unía 24 horas al día a un tanque de oxígeno. En la bodega tenía dos balones que sumaban 72 horas y, según informes meteorológicos, se esperaban 48 horas más de horribles lluvias, luego vendría la *calma*; tiempo suficiente para llevar a Ramón al Hospital Regional.

Pero un frente polar arribó a la costa y se detuvo allí, traspasando el frío y la humedad al casco de la tierra. Guadalupe no escuchó el informe en la radio a pilas que tenía sobre el velador, junto a las medicinas de Ramón. Desde que trasladó el arsenal doméstico al segundo piso, no la encendió, pues las transmisiones atribulaban a su marido y lo poco que dormía se transformaba en una cruel pesadilla. Minutos antes del terremoto, mientras llovía profusamente, Ramón abrió los ojos, se movió con agitación y estuvo a punto de cortar la manguera del oxígeno, como si presintiera lo que venía.

Poco antes de la evacuación, algunos vecinos la visitaron para que cambiara de opinión, pero ella no abandonaría la casa que las manos de Ramón le habían construido hacía treinta años. El deseo de su marido era permanecer dentro de la casa. Esas cuatro paredes eran capaces de transformarse en una fortaleza.

—¡Señora Guadalupe, por Dios, mándese a cambiar ahora!

—¿Y el Ramón?

—¡El Ramón lleva años muerto en vida! Además usted...y el futre don José Tomás... —dijo bruscamente la mujer y enseguida pareció arrepentirse de lo dicho.

—¿Qué trata de decirme, vecina? —preguntó Guadalupe.

—¡Ná, perdone!

Guadalupe no quiso llorar para no mostrar debilidad. Recordó que fue precisamente su propia vecina quien un día se la llevó a un *cyber café* y le abrió unas páginas de internet. “¿Qué hacís, Leonor?”, le preguntó sin sospechar lo que venía, “*quiero mostrarle esto*” y la pantalla se llenó de fotografías de gente enferma en sillas de ruedas, incluso moribundos. “*Lea ahí, Lupe*”: “*Eutanasia asistida, cómo hacerlo*” — “¿Qué es eso?”, insistió Guadalupe. Eran relatos de cuidadores de enfermos terminales. “*Ve, vecina?* —agregó Leonor—, *se da cuenta que no es la única*”. “*Sí, sé, pero ¿qué tiene que ver esto conmigo?*”. “*Mucho* —dijo la otra— *porque la enfermedad del Ramón la tiene condená y no la deja vivir. Pregúntele si quiere seguir viviendo así* —dijo convencida—, *si no, ayúdelo a que se vaya...*”

La oscuridad se presentaría más temprano ahora que el cielo estaba cubierto de nubes negras. La luz eléctrica se cortó apenas vino el terremoto. A la noche se unía el silencio. Y Guadalupe le temía más al silencio que a la penumbra, pues el sigilo permitía escuchar los más íntimos ruidos de la naturaleza y los lamentos de los sobrevivientes. El mutismo más el viento le producía una angustia indecible. Por eso, cuando la ventolera comenzó a doblar los árboles como si fuesen de papel, se aterrorizó; aún era tiempo de abandonar la casa. Guadalupe cerró las ventanas con gran dificultad (se le vino a la memoria la película *Los pájaros*, cuando éstos atacaban los ojos de los niños a la salida de la escuela): tendría que remacharlas con listones para evitar que explotaran los vidrios.

—Prende la radio, Lupe. —ordenó Ramón, casi farfullando.

El hombre respiraba con apuro; quizá siempre desde que tuvo la enfermedad alojada en sus pulmones sucedía así, sólo que ahora el desgraciado silencio permitía oír el silbato interior de ese órgano exhausto.

—¡Está bien! —respondió ella, sabiendo que no lo haría.

Después de un rato volvió a la carga.

—¿Qué día es hoy?

—27 de febrero. Sábado —respondió con la certeza de que jamás olvidaría esa fecha.

—¡Quiero oír las noticias!

—¡Pero Ramón...!

—Quiero saber qué pasó en Dichato.

Guadalupe se quedó callada. Allí él tuvo un hijo con una temporera. Años que no tocaban el tema.

—¿Crees que le pasó algo?...

—Como sea, es mi hijo —dijo, injustificadamente alterado.

—¡Nunca te ha visitado!

—No quiere traerlo, sabe que estás tú...

—Nunca te has olvidado de esa mujer —dijo, y se sintió palidecer.

El hombre la atacó de frente.

—¡Por lo menos me dio un crío!

A Guadalupe se le desgarró el pecho. Los hombres eran todos iguales. ¡Unos desgraciados!

Desde su posición horizontal y a causa de los sucesivos sismos, Ramón presintió que algo más debía ocurrir. Era cosa de sacar cuentas no más: el último terremoto fue el 85, el penúltimo el 60, el antepenúltimo el 39 y antes el

de 1906. De veinticinco en veinticinco. Es decir, el 2010 correspondía uno. ¡Cómo nadie lo advirtió!

Recordó cuando su padre lo llevó a Pelluhue, a casa del compadre Germán; allí, mientras ellos bebían en la cantina, él —un niño entonces— se paseaba por las afueras de las casas patronales observando una lujosa ostentación que no había en su pueblo. Allí conoció al Mingo: un pendejo como él, pero famélico, violento e impulsivo. El Mingo le contó historias de demonios y entierros. Hoy —ya viejo y enfermo—, Ramón recordó esa tarde en que su padre abandonó borracho la cantina. El compadre Germán apenas se lo podía. Lo vio caer y dormir en la calle. Parecía un muerto. Aprovechándose de la situación, el Mingo le invitó un trago, a él, que tan sólo tenía once años.

—¡No soi hombre si no te lo tomai ahora! —le dijo el Mingo, con su cara dibujada de espinillas.

Miró la garrafa y se la llevó a la boca. El Mingo reía con su sonrisa desdentada y Ramón percibió su asqueroso aliento cuando se le acercó sospechosamente, buscando placer en lo prohibido.

—¡No quiero más! —dijo, alejándose de él. Pero ya había tomado tanto como para borrarse completamente. Nunca supo qué pasó en ese lapsus. Cuando despertó, el Mingo no estaba por ninguna parte. Se tocó el cuerpo: sintió como si lo hubiesen golpeado con un palo en el culo.

—¡Papá! —gritó asustado—. ¡Papá! ¿Dónde está?

El padre estaba sentado sobre un abrevadero. Había perdido la plata y no tenía ni una moneda para volver. El compadre Germán no estaba con él. Ese mismo día, Ramón se emborrachó como su padre y sintió que todo se revolvía dentro de su cuerpo y que árboles y casas se

movían junto a él. Ahora revivía esa sensación de orfandad frente a la naturaleza: sesenta años después.

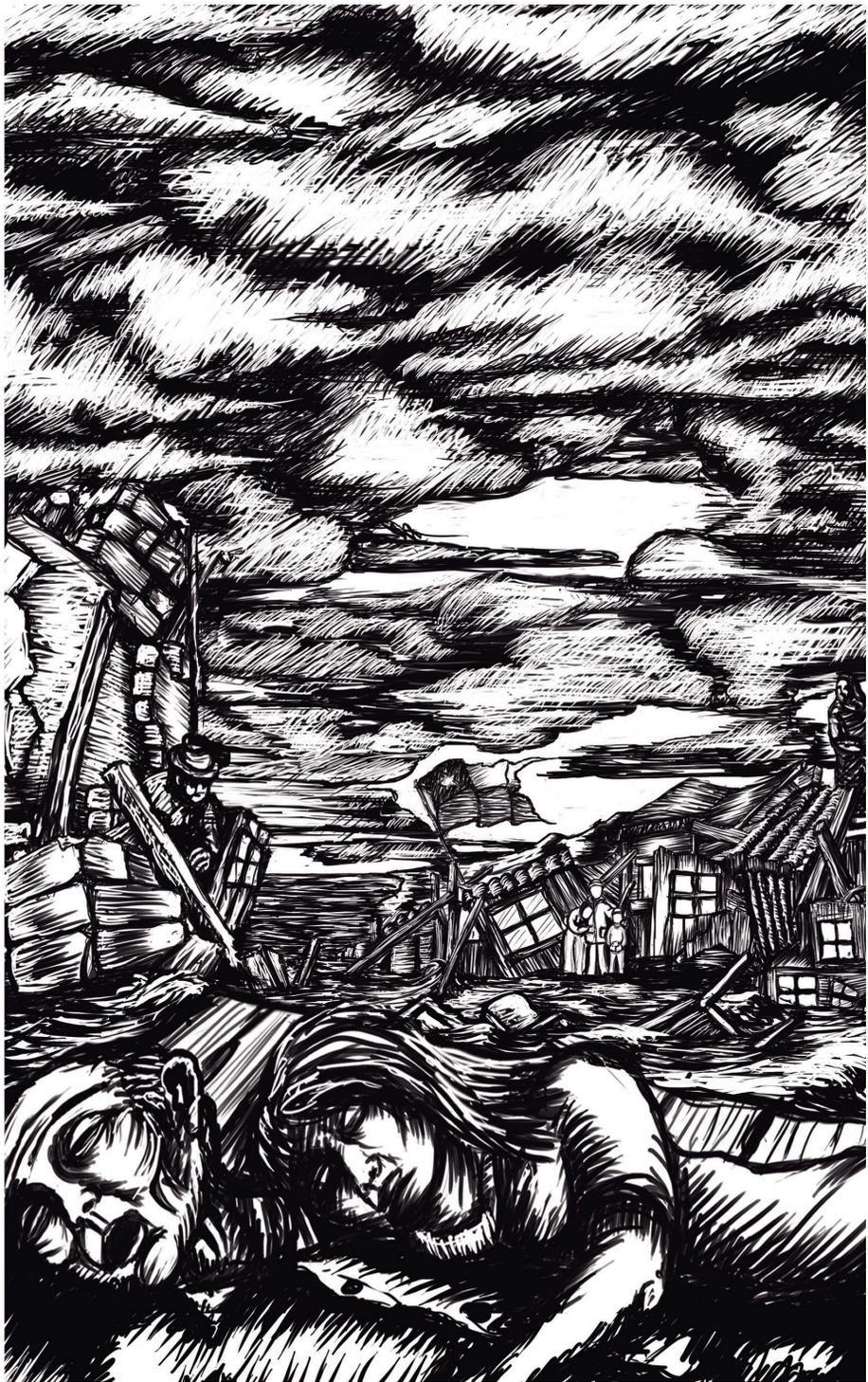
El recuerdo del Mingo lo cansó. Se quedó dormido. Guadalupe aprovechó de avanzar en algunas cosas: bajó al primer piso y rescató uno que otro recuerdo del mueble vitrina. Halló un par de zapatitos rosados de recién nacido. Los tejió muchísimos años atrás. Se le escapó un sollozo. Fue allí cuando sintió la primera de muchas réplicas: potente, histérica, con un ruido infernal. A esas alturas, su casa y la población entera lucían como bombardeadas por un avión de guerra de la *Luftwaffe*. Pero lo más alarmante era que el agua continuaba ascendiendo: el agua de la calle, que más bien era un río natural nacido en las últimas horas después del tsunami, cruzaba por el pasillo de adobe y salía por el patio hacia los rosales.

Guadalupe se dedicaba a lavar ropa ajena. También planchaba, pero eso tenía otro precio. A don José Tomás —quien tenía unos angiomas que se dibujaban en su rostro y en su cuello como arañas: extrañas decoloraciones de los vasos sanguíneos en forma de estrella que a ella le producían pavor— se le recriminaba su empecinada avaricia, su afán por el poder y su afición ludópata; cosas que Guadalupe no tenía por qué juzgar. Sabía sí que al viejo le atraían las *posiciones* más perversas e indignas; “*los animales son más decentes que este hijo de puta*”, pensaba Lupe. A las características anteriores se unían su egoísmo y mediocridad, pero era el dueño de la más lujosa hostería del pueblo y, además, era su patrón, quien ponía los billetes sobre la mesa. De ese modo, Lupe regresaba con atiborrados canastos con la ropa sucia de los turistas que viajaban a hacer canotaje o *surf* en la playa. Trabajaba durante toda la noche. Era la única forma de alquilar los

tanques de oxígeno de Ramón y el arsenal de pastillas que requería desde la cabeza hasta el estómago.

Esa noche, cuando retiró los cestos, llovía ya desde hacía más de dos horas, lo cual era demasiado extraño, pero ella no se cuestionó las complejidades de la naturaleza en esos días de finales de verano: no tenía tiempo para hacerse preguntas sin respuestas. Lo que sí hizo fue solicitarle a don José Tomás que dejara la ropa en la recepción. Él insistía en esperarla y hacerla entrar a su privado: ella no se atrevía a decirle que no. Hasta la noche del terremoto, nunca antes se cuestionó por qué aceptaba ser ultrajada por ese hombre.

La madrugada de la sacudida, estaba con las manos metidas en la batea. Todo comenzó a partir de la nada. Mientras refregaba el cuello de una camiseta, sintió que algo se movía bajo el piso. Recordó los cuentos de terror que le narraba el conviviente de su madre; en particular el de un monstruo que surgía del fondo de la tierra y tenía tantas cabezas que, al intentar salir y respirar en la atmósfera, huía desesperado. Eso sentía ella: un movimiento que crecía y se agigantaba. El agua al interior de la artesa salpicaba por las orillas y los cepillos bailaban, hasta que todo se vino abajo. Al levantar la vista vio algo que le pareció increíble: el océano también se agitaba y el animal gigantesco de tentáculos bajo el mar, luchaba por su libertad. Enseguida vino algo peor: al movimiento se agregó un ruido ensordecedor y espeluznante. Pensó que los relatos de su padrastro sobre animales subterráneos eran ciertos y ésta era la prueba. Recordó a Tentenvilú y Caicaivilú, dos criaturas que remecieron la costa de Chiloé incontables años atrás. Hoy estaban de vuelta y pretendían emerger de las aguas. Comenzaron a derrumbarse casas



como baraja de naipes. Los gritos se multiplicaron. Todo ocurrió en poco más de tres minutos y bruscamente la tierra enmudeció. Cuando acabó, la gente comenzó a salir de sus casas, a observar ese *nuevo mundo*. Necesitan hallar una explicación. El océano continuó digiriendo el mal y se acercó peligrosamente a la costa. Un breve compás de espera. Luego de veinte minutos, el mar se agigantó aún más y se metió dentro de las primeras cabañas. La casa que le construyó Ramón a su mujer estaba alejada mil metros de la bahía: eso los salvó de morir ahogados. Mientras tanto, cerró los ojos; era un mal sueño. Imposible que el demonio concentrara su maldad allí. Todavía tenía fresco el recuerdo de las madres buscando a sus hijos en mitad del miedo, el agua y el desastre.

—¡Gracias a Dios, no tuve hijos! —pensó por primera vez, con un dejo de conformidad. Guadalupe caminó por el pasillo, esquivando los objetos destrozados. Sorpresivamente, vio a su perro ahogado junto a la puerta del patio. Horas antes —no recuerda cuántas— lo subió al carro de los vecinos para que se lo llevaran de allí —tal como lo pidió Ramón—; al parecer, el animal regresó y prefirió morir en su casa.

—¡Guadalupe! —le gritaba su marido desde arriba—. ¿Qué pasa que no volví?

Temía que jamás regresara junto a él. Guadalupe era la única persona que tenía a su lado. Era 17 años más joven y llevaba las riendas del hogar desde que cayó enfermo. Por primera vez, pensó que la mujer de Dichato lo habría mandado a la calle con camas y petacas. Guadalupe jamás haría eso. El hombre estaba tan seguro de eso como de que nunca volvería a caminar sin cargar un tanque de oxígeno a su lado. Repentinamente, un ruido ensordecedor detonó

a su alrededor. La lumbrera batió con fuerza y sucedió lo esperado: los vidrios del ancho ventanal se rompieron.

—Voy a ver qué pasó, Ramón —le dijo por fin.

—¡Lupe....! —la llamó con voz aflautada, como los niños cuando tienen miedo de que la mamá se les pierda de vista—. ¡No vayas afuera, mierda!

La mujer bajó. No había alcanzado a ponerse las botas, pero no le importó: en esa situación podría andar desnuda, como los primeros hombres sobre la tierra. Observó con pavor lo que ocurría a metros de su casa: el estanque de la surtidora de gas estalló y el fuego se elevaba por los aires. No había visto jamás un espectáculo así: la mezcla de fuego con agua; el agua, si bien era excesiva, no podría contener la furia del fuego.

Subió rápidamente al cuarto. Ramón se había levantado y arrastrado, con sus escasas fuerzas, el tanque de oxígeno. Estaba paralizado frente a la ventana. Pudo ver con sus propios ojos el desastre que rodeaba su casa y la inundación en los alrededores.

—¡Es el fin del mundo, Lupe! —dijo, tremendamente acobardado—. ¡El fin del mundo!

Ella lo regresó a la cama. Le acomodó el brazo y la manguera que entraba a las fosas nasales.

—¡Voy a salir! —le dijo abruptamente—. ¡Cálmate, todo va a pasar!

—¿Qué? —Dijo Ramón temblando—. ¿Qué decí?

—Es la única alternativa...

—¿Qué te hai imaginado? ¡Tú no vai a ninguna parte!

—Iré a los bomberos y conseguiré que nos saquen de aquí.

No estaba segura de lo que acababa de asegurarle a su marido.

—¿Te atreví a dejarme sólo?

—Será por un rato, hasta que llegue con ayuda.

La miró como si la fuese a perder para siempre. Pero no dijo nada. Él, en su lugar, habría hecho exactamente lo mismo, seguro de que jamás hubiese regresado a rescatarla. Lo último que recibió de su mujer fue un fuerte abrazo con su cuerpo frío y delgado. La oyó bajar.

El silencio se hizo más grande a partir de ese momento. Sin luz y sin la posibilidad de huir de allí, cerró los ojos. Estaba exhausto y ansioso. Pero no tenía fuerzas para volver a levantarse y salir de la cama. Tuvo dos sueños breves. En el primero, plantaba unos narcisos en su jardín. El azadón se enterraba con dificultad en la tierra seca, miraba al cielo pidiendo a Dios que enviara pronto una lluvia. En el otro, caminaba arrastrando el tanque de oxígeno por una carretera perdida. La oscuridad era absoluta, excepto por una tibia luz en el fondo del camino en donde podía ver el rostro del demonio. Se despertó con un grito que llenó el vacío de la pieza. El pánico le acelera el corazón. Siente que se le calientan las sienes y se levanta olvidando que está unido a un cilindro y éste cae nuevamente, desprendiéndose y rodando bajo la cama. Abre la ventana. El viento y la lluvia no han cesado. Ve su pueblo en el suelo, el incendio en la surtidora de gas y las llamas que continúan sin apagarse recostadas sobre el agua, como si se tratase de un espectáculo circense de la *semana veneciana del Maule*, preparado con el ánimo de sorprender.

El fuego está a sólo metros. Quiere salir en busca de su mujer. El instinto lo sobrepasa. Al bajar las escaleras, ve el agua cubriendo la puerta del primer piso. Sabe que no podrá llegar abajo. Ni idea de qué hacer. Entonces, piensa

que Lupe sí lo abandonó, a sabiendas, para deshacerse de la carga que significó su cuerpo inválido; librándose por fin de él y recuperando su libertad.

A través de la ventana ve el fuego en aumento y en las calles —más bien en lo que fueron los caminos— no existe ser humano; sólo él observando la convulsionada destrucción. Está solo en un mundo sumergido. Se tiende en posición fetal. Hace frío, pero deja la ventana abierta para oír los ruidos de la naturaleza e imaginar que el viento crea un manto que se desliza hacia la cama y lo eleva llevándosele lejos, muy lejos de ese infierno en la tierra.

Guadalupe regresó de madrugada. Lo ve tendido y sabe que está muerto. Su cuerpo, helado; su rostro, amoratado e hinchado. Lo abrazó y le dijo que lo intentó todo, que llegó a la plaza central para pedir ayuda, pero los militares —así como todo el mundo—, huían hacia los albergues improvisados ante la amenaza de una réplica mayor.

—¡Pude haberme quedado en el refugio —le dijo—, y salvarme de la catástrofe! Pero vine por ti y te encuentro muerto.

Se puso a llorar. Por fin podía llorar con entera libertad. El pelo le estilaba copiosamente y toda ella parecía medio transformada en agua. Aquel siseo taladrando su cerebro volvió a incomodarla, casi no resistía el ruido. Pensó que el único lugar para pernoctar era el techo y no había otro sitio, pero enseguida lo desechó; no eran pajarracos, sino seres humanos.

Envolvió a Ramón en una manta dejándole la cabeza descubierta para llevárselo de allí. No dejaría que su cuerpo flotase sobre las aguas, abandonado, sin cristiana sepultura. Así sucedió con su padre quien, sitiado por una tormenta despiadada del Pacífico, desapareció para siempre. Él le

otorgaba las fuerzas para continuar, está segura de eso. A pesar de que Guadalupe solo tenía nueve años cuando ocurrió el naufragio, nunca dejó de creer en su regreso. Era cuestión de tiempo. Regresaría más temprano que tarde, sobre todo ahora que debía enterarse del terremoto que les cayó encima. Ramón le recordaba a su padre. Quizá por eso le perdonaba su mal vivir. Si era como si por años hubiese atendido a un padre y no a un marido.

Lo amarró con un cable, sujetándolo a una plancha desprendida del muro a la manera ridícula de un *surf*; todos trucos que había aprendido en el *Hágalo usted mismo* de la tevé de los días sábados. Le habló: “Sé cómo llegar. Ya lo hice una vez y ahora será más fácil”.

El viento de las seis de la madrugada enfriaba el rostro de Guadalupe. Pero la mujer tenía fuerzas indestructibles y bajó con la tabla y su marido dejándose flotar en el agua que cubría absolutamente el primer piso de la casa. Logró salir. Ella iba al lado de él, esquivando objetos y cuerpos de animales muertos. No era una balsa, pero la flotación era perfecta y ella se sostenía a él avanzando entre los restos de su población sumergida.

La luz del alba hizo su entrada y le dejó ver personas arriba de los tejados pidiendo ayuda. Centenares de casas en el suelo. La hostería de don José Tomás totalmente inundada. Guadalupe pensó que el hombre debía estar muerto, a lo menos ahogado en la sala de contabilidad que usaba para practicar sexo con sus empleadas. Ahora nadie podría acusarla de ramera.

Persistía un paisaje de cuerpos descalabrados entre los escombros. Guadalupe tenía las piernas congeladas y no las sentía, pues todo su cuerpo estaba exánime: sus ojos eran lo único viviente. El refugio —si aún existía— estaba

a unos kilómetros de distancia y ya había hecho el camino más difícil. Cualquier movimiento le significaba trabajo: incluso mantener su mano unida a la de Ramón requería muchísimo esfuerzo. Fue entonces cuando decidió poner la cabeza sobre la de su marido y cerrar los ojos para descansar, dejándose ir sobre aquella carretera líquida.



LA SOMBRA QUE ARRASTRA EL COCHERO

I

Observaba la reproducción de la batalla entre doña Cuaresma y el Carnaval: de una taberna rebosante de vecinos, unos bebedores salen a la calle tras la estela de un barrigudo intérprete de mandolina que lleva un gorro. Más adelante, el obeso líder del carnaval se balancea sobre un enorme barril de vino como si montara a caballo, empujado por los participantes en la francachela, con un asador de carne a modo de lanza en la mano. En el lado opuesto a él y su grupo, unas personas ataviadas con unos trajes sombríos rezan de pie, en severa formación, detrás de una mujer demacrada y pálida subida a una silla.

La observación es interrumpida bruscamente por el golpe de las herraduras de los caballos sobre los adoquines. Están frente a la casa de Inés. Dos hombres cubiertos con capas negras descienden del carruaje bajo una intensa lluvia. Arrojan un cuerpo envuelto en una pañoleta. Luego retornan a la carroza y huyen. No logra ver la cara del cochero ni a ninguno de los *hombres cuervos*. ¡Botaron un cadáver para amedrentarlos! Enseguida ve salir al padre de Inés. Al mismo tiempo, unas señoras observan desde el alféizar. Han perdido el habla, incluso los gestos no son sino una imagen congelada o petrificada del horror ¿Qué pueden hacer las observadoras? Sólo largarse a llorar y persignarse repetidas veces, como dos muñecas barrocas

cuyas piezas se han desarticulado. El hombre toma en brazos el cuerpo muerto de su mujer y la besa en la frente.

—¡Tiraron otro cuerpo! —dijo Antonio a doña Leonor, su madre.

—¿¡Qué! No vayas, por favor. —Pero el hijo no obedeció. Salió apresuradamente por la puerta que no estaba clausurada.

A menudo, él piensa en su madre. Piensa en cómo se queda sentada, sola, toda la tarde y también toda la mañana, en su habitación. Piensa en que solo baja a cenar, sin apenas pronunciar palabra y con el rostro casi muerto.

Mientras tanto, en casa de la familia del regidor Talavera entraron el cuerpo de la señora Gabriela. Eran los padres de Inés, la prometida de Antonio. Él los sigue. Se queda perplejo en medio del vestidor. Piensa en Inés ¿Dónde está ella ahora? Se tapa los oídos para no dejar entrar las voces de un coro de carcajadas infantiles entonando una canción siniestra.

La ciudad está cautiva. Han surgido los lazaretos, lugares de cautiverio a la espera de la hora final. Los desamparados, dispersos por toda la ciudad, producen estupor y pánico. La mayoría de ellos fue abandonado por sus familias a la espera de transformarse en carne nauseabunda. Es el nuevo paisaje de la vida. Los curas y religiosas custodian la entrada a la muerte, recordándonos que somos pasajeros, que cruzamos por un sendero hacia un *otro* sitio.

Sólo los *Cuervos* salen de noche a recoger los cadáveres de las calles, de la salida de las tabernas o de las estaciones del ferrocarril. Cuando existe alguna identificación lo trasladan a su domicilio, demostrando con ese gesto un poco de caridad. Cuando no hay claridad de quién se trata, son llevados a la fosa común.

Inés iba a ser la esposa de Antonio. A sus diecisiete años, nunca imaginó que los santiaguinos, sin distinción de clase ni título, pasarían por este episodio. En medio de una ciudad enferma, el asesinato de la señora Gabriela de Talavera no fue un accidente sino el anuncio de algo peor. En el Santiago de 1888 la pandemia extendía su dominio. Esa noche, Antonio quiso salir e ir a buscar a Inés a los sitios que frecuentaban. Era un enorme riesgo y una grave tontería. Estuvo a metros de la *zona prohibida*. Consiguió burlar a algunos soldados que vigilaban la entrada al municipio. Luego del triunfo en la Guerra del Pacífico, los militares adquirieron tal prestigio y respeto que era la segunda vez que se veía tanto hombre armado en las calles de la capital. Antonio conocía bien los caminos y en pocos minutos se ubicó frente a la calle República. Las pocas tiendas y edificios públicos tenían las cortinas abajo y no vio a nadie asomado a las ventanas. En muchas de las casas un letrero de sanidad advertía del riesgo de contagio: “*Peligro. Virus de la enfermedad incubándose*”. Cordones sanitarios cercaban las zonas protegidas y, al final de la Alameda, una fosa recién cavada por los sepultureros era visitada por perros hambrientos. Junto a la cárcava ve a una anciana cubierta con un largo abrigo. Inmediatamente es detenida por los soldados, quienes, protegidos por máscaras, la suben a una carroza. Antonio alcanzó a ver que, a través de la rendija del carruaje policial, se asoman otros rostros desesperados, clamando auxilio. Si esta historia fuese narrada desde el siglo XX, podríamos pensar en los campos de concentración en Polonia, en las cámaras de gases, en familias judías asesinadas en Auschwitz, en el film *El pianista* de Roman Polanski y una serie de imágenes posteriores que no es del caso enumerar.

Los primeros pitazos de los controles rutinarios comenzaron a oírse. Las rendijas de las ventanas están tapizadas con lacre colocado allí por los oficiales. Decidió ir a la casa del herrero. Quizá Inés estaba allí, atemorizada por tanto militar invadiendo la ciudad y no se atrevía a salir, intuyendo que él vendría a buscarla. Forzó por fin las cerraduras instaladas por los guardias, consiguiendo abrir la entrada posterior. El espectáculo no fue distinto a lo que imaginaba. La familia del herrero está tendida en el dormitorio, dormidos como resultado de los desinfectantes que aplican las brigadas de sanidad, quizá en un estado de peligrosa intoxicación, al límite de la muerte. Caminó con sigilo. La mujer del herrero está vuelta contra la pared, con uno de sus hijos pegado al pecho. Antonio percibe el jadeo intermitente de su respiración. Toca el cuello del niño: tiene una hinchazón al lado derecho ¿El primer signo del mal? El chico es su amigo. Cuando con Inés se quedaban en ese lugar, mientras el padre revisaba las herraduras de su caballo, ambos se divertían con los juegos que proponía. Se acercó a la mujer del herrero. Vio sus ojos enrojecidos y el cabello blanco desgreñado. Podía ver los signos de lividez en su rostro. Sin embargo, los angiomas no estaban en su cara ni en la de sus hijos.

La mujer, sorprendida, apenas levantó su cabeza.

—¿Qué hace aquí? —dijo, desperezándose.

—Busco a Inés. ¿La ha visto?

—¡Ella no está aquí! ¡Usted está loco, mijito!

Oyeron ruidos en la puerta. Antonio fue a ocultarse rápidamente. Entraron tres sanitarios cubiertos con vestimentas de seguridad. Apenas se les veían los ojos. Levantaron bruscamente al herrero. Comenzaron

la inspección. Les hicieron descubrirse el pecho. Los auscultaron con instrumentos extraños, apuntaban en un papel las instrucciones que éste daba. A la mujer la obligaron a depositar un escupitajo en una bandeja. Lo observaron con lupas del tamaño de una mano empuñada. La viscosidad no era alarmante. Luego de verificar la ausencia de contagio, les hacían entrega de una porción de pan y un litro de agua. La mujer comió el pan y bebió el agua con desesperación, dándoles de beber a sus hijos. La última cena. Enseguida, lavaron los muros con una espuma crasa y maloliente: era la ceremonia de purificación, el rito de los vivos hacia los enfermos. Los *Cuervos* eran los encargados de tal solemnidad.

Finalmente, se retiraron y Antonio salió de su escondite. Le alegraba saber que esa familia aún no se contagiaba.

—¿Dónde puedo hallar a Inés?

—No sé, mi niño. ¡Pero váyase: si lo sorprenden las patrullas, me lo encierran!

Afuera, los soldados depositaban en medio de la Alameda una pira con todas las ropas de los contaminados, haciéndolas arder. Antonio sabía cómo escabullirse entre las callejuelas y prontamente llegó a su casa. Su madre encendía un brasero que colocó junto a la cama. Lo esperó con el corazón excitado durante toda la noche, las horas se hicieron interminables.

—¿No la encontraste, verdad? —le preguntó, refiriéndose a Inés.

—No, mamá.

—¡Las noticias que corren son terribles, hijo!

—Dicen que van a abandonar a los enfermos...

—¿Dejándolos morir?

—No hay medicina para tantos. La gente huye hacia la Argentina...

Antonio regresó a su habitación. Escuchó toser fuertemente a su madre. Fue a verla a su cuarto. Estaba fría a pesar del brasero caliente. Puso a hervir unas hojas de eucaliptus sobre el fuego.

—¿Qué viste del otro lado de la ciudad? —le preguntó.

—Un desamparo terrible.

—¿Quiénes hacen los disparos?

—¿Qué disparos?

—¿No sabes que comenzaron los fusilamientos?!

Hubo un silencio que duró varios segundos. Mi madre debe tener un brote, pensó Antonio, y está delirando.

—¡Si muero hijo, no quiero que me lleven a los pozos. Haz cualquier cosa, pero que no me lancen allá!

—¡Nos tienen registrados! ¡Preguntarán por ti, revisaran la casa, mamá...!

—¡Sepúltame aquí entonces!

—¿Aquí? ¡Pero Mamá...!

—En nuestro patio... junto a los nogales y las salvias. ¿Lo harás?

—No puedo prometerle eso, mamá.

—¡Te lo suplico! —dijo la mujer y abrazó a su hijo sollozando. Antonio la sostuvo junto a sí y sintió pena, mucha pena por su madre.

En segundos caería la noche y, sin luna, aumentaría el temor de los santiaguinos. La madre de Antonio fue quedándose dormida. Su pecho vibraba como un silbato en el vacío del cuarto. Antonio se acercó a la ventana. Otra vez vio pasar el carruaje de los *cuervos* llevando nuevos cadáveres a los pozos. Le sorprendió ver a los caballos: estaban agotados y marchaban lentamente hacia su destino. Pensó que el contagio podría afectar a cualquier ser vivo, no solo a los hombres; eso significaba el fin de todo rastro

de vida en la miserable ciudad, en un territorio ínfimo al otro lado de la cordillera de los Andes.

Antes de que el carruaje se perdiera hacia La Chimba, vio a un hombre correr detrás de la carroza, ocultándose para no ser visto. Repentinamente, el perseguidor apuró la marcha y se fue con todo su cuerpo contra el carro, intentando detener el avance del carricoche funerario. Uno de los cocheros detuvo certeramente a los caballos con las sogas y bajó rápidamente. Fue contra el hombre que, desesperado y fuera de sí, trataba de romper la ventanilla. Enseguida se sumó el segundo cochero y lo arrojaron contra un barrial a un costado del camino. Como el hombre, exasperado, volvió a la carga, los cuervos le dieron de culatazos en todo el cuerpo y éste terminó en el suelo. Así pudieron reanudar la faena.

—¿Qué miras, hijo? —doña Leonor volvía a salir de su cama.

—¡Nada, mamá!

—No mientas. Oí cómo gritaba un hombre.

—Tiene razón —Antonio se dio por vencido—, estamos en el infierno.

—¡Recemos, Antonio! ¡Nos hará bien!

—No mamá. Dios se olvidó de nosotros y nos envió esta terrible plaga que nos matará a todos.

—No hables mal de Él, te lo suplico.

—Iré a prender los faroles, se oscureció.

—¡Hijo! —lo llamó la mujer, apenas audible.

—¡Dígame!

—¡Lléveme a la cama, me siento mal!

Antonio sacó dos cirios y los puso en los candelabros. Con uno de ellos se guió hacia el cuarto. En su dormitorio, al lado contrario donde se hallaba la cruz, estaba el famoso

cuadro de Peter Brueghel *La batalla entre doña Cuaresma y el Carnaval*.

Siempre que entraba allí era imposible no mirarlo, incluso más que a la cruz.

Acostó a su madre y la cubrió con las mantas. Unos granos sospechosos brotaban del cuello de la mujer y pintaban toda esa zona de un color violáceo. Aún no comprendía por qué él no enfermaba.

II

En la madrugada de un día de invierno, nauseabundo y gris, el conductor de la estación de Llay-Llay, al recorrer la línea férrea en sus labores habituales de control, encontró unos paquetes que contenían restos humanos. Al principio pensó que estaba equivocado. En sus fatigados años como centinela jamás halló cosa semejante. A lo más, basura indebida o prendas interiores ocultas bajo los compartimentos de los vagones. Pero esta vez, al coger una de las bolsas y abrirlas y sentir que lo que vio fueron las manos, las piernas de un ser humano similar a él, pareció enloquecer. ¿Pero cómo —pensó—, puede haber alguien capaz de hacer esto? Sin pérdida de tiempo, dio cuenta de su fúnebre hallazgo al jefe de estación, quien hizo recoger los fragmentos que estaban esparcidos en una larga extensión a través de la línea férrea. Ejecutada la orden, los empleados del ferrocarril pudieron recolectar otros pequeños paquetes, uno de los cuales contenía la cabeza. La vista de ésta —según testimonios del funcionario— era francamente horrible, pues los criminales la habían desfigurado o bien

fue la exposición a la intemperie o los pájaros le arrancaron los ojos. De regreso, el conductor cruzó la ciudad por las zonas autorizadas. Parecía andar a ciegas. No le llamaron tanto la atención las calles vacías y las entradas a los lazaretos colmados de gente. Tampoco le molestó el olor a cloro y amoníaco esparcido por los muros de los residentes más adinerados de la ciudad. Nada podía sacarlo de la impresión de haber visto un trozo humano dentro de una bolsa. Llegó a su casa consternado. Su mujer permanecía en duermevela. Fue a beber un vaso de agua a la cocina. Su esposa apareció repentinamente, lo iba a abrazar, pero él la evitó.

—¿Qué pasa? Estás pálido ¿Has estado bebiendo?

—¡Algo horrible!— le dijo a su mujer.

—¿Hay algo más espantoso que esta pesadilla?

—¡Algún loco está suelto y...!

—No hables, quédate callado, te hará bien...

—Tenemos que huir de aquí, toma al niño y nos vamos

—dijo, absolutamente desencajado.

—¡Qué estás diciendo! Pablito está durmiendo, se acostó con mucho miedo.

—Vámonos a Chiloé. ¡Huyamos de estos criminales!

—¡Shhh, por favor no grites... vas a despertar al niño!

Él pareció calmarse con el trago de agua que Isabel le puso en la boca. Después, el matrimonio se abrazó.

—Estás muy cansado. Duerme, yo te cuidaré.

Al momento de aparecer la epidemia, muchas familias abandonaron sus hogares. Tomaron el tren a Valparaíso o Talca dejando sus casas desmanteladas. Estas fueron después, en su mayoría, tomadas por los enfermos y transformadas en asilos terminales. En otros casos, los delincuentes las asaltaron, robaron o destruyeron y prendieron fuego a

los campos. Mucho de resentimiento habitaba esas almas descarriadas que por fin podían cobrarse venganza sobre los aristócratas y propietarios de las minas del norte.

Ellos no querían dejar su casa. Era mucho esfuerzo para perderlo de un solo golpe. A pesar de la condición de emergencia de la ciudad, el municipio quería evitar cualquier situación que pusiera en peligro la seguridad —craso error y absurda gestión del Estado— entonces los robos, los saqueos y violaciones a la propiedad privada fueron incontrolables.

La inspección primera que se efectuó a los restos del descuartizado, hizo suponer que pertenecían a una mujer joven, suposición que corroboraba el hallazgo de otro paquete que contenía un ceñidor, los cuales se encontraron en el mismo trayecto. En cuanto a lo que se conjeturó, fue que los *restos* fueron arrojados desde uno de los trenes nocturnos que hacían el servicio entre Valparaíso y Santiago. La prensa informó ampliamente del hallazgo. Los “trozos” estaban en poder de la Morgue de Santiago para su identificación; de ser posible, a la espera de que alguien los reclamase.

Antonio escuchó el ruido de los trenes que abandonaban la estación. Atiborrados de personas que huían a un sitio *no contagiado*: sin embargo, se alegaba que éstos transmitirían el contagio adonde fuesen, sin dejar lugar seguro en toda la República. En lugar de protegerse, asolarían otras poblaciones y barrios con ese resuello, tibio y apestoso, que anunciaba el mal. Cerró sus ojos y quiso recordar el rostro de Inés. Recordó las tardes en que se reunían en el taller del herrero. En esos días, Inés le había manifestado su intención de ir a escuchar al Orfeón del Ejército esa mañana de domingo. Iría con su madre.

Quizás allí se atrevería a contarle lo de su compromiso y la intención de que, de una vez por todas, lo aceptara su familia. Antonio provenía de una familia de inmigrantes de apellido Lovrencic que la familia Talavera no aceptaba, pues no permitía se mezclaran ambos linajes. Por esa razón necesitaba hablar con su madre. Por primera vez en muchas semanas, las familias incontaminadas podrían acceder a la Plaza de Armas, sería un día fabuloso en el cual el gobierno iniciaría una campaña para educar a quienes aún estaban sanos; seguramente el alcalde hablaría instando a la población a guardar los cuidados y a realizar una cadena de oración. Como corolario, el Orfeón interpretaría la Marcha Radetzky.

Justamente un par de meses atrás, Antonio e Inés fueron a la catedral a escuchar al Párroco. Aún el brote no estallaba del todo. Pero había ciertos indicios en la fatiga de la gente. Oyeron al sacerdote en la misa. Hablaba del sacrificio de nuestro señor Jesucristo. Era la Cuaresma, vísperas de Semana Santa. Todavía oía al coro cantando: *“En medio de mis días tengo que marchar hacia las puertas del abismo; me privan del resto de mis años”*. Inés también cantaba, tenía una voz fina y clara: *“Ya no veré más al Señor en la tierra de los vivos, ya no miraré a los hombres entre los habitantes del mundo”*. Antonio la miraba extasiado. Deseaba creer en Dios y en sus palabras, pero había algo que le generaba sospecha: bastarían unos meses para que se aclarara. No visitaba una iglesia en años. Específicamente desde la muerte de su padre. Inés lo convenció de acompañarla y él confió en que podría recuperar la fe.

Antonio se alejó de la ventana. Después de la lluvia, se elevaban los vapores de saturación y se posibilitaba la transmisión de la enfermedad. Existían horarios para salir

de las casas, para ir de paseo, para visitar familiares, para entrar a sus casas y quedar a resguardo, para acercarse a los centros de acopio, para ir a los carruajes municipales cuyos tanques abastecían de agua a la población sana. Inés y su madre respetaron todas las normas de sanidad y convivencia que el gobierno señalaba. No existió ninguna falta cometida, ¿qué pasó entonces?

La madre de Antonio advirtió a su hijo que debería acostumbrarse a estar solo. Durante las últimas jornadas aumentó su fatiga y la respiración era cada vez más irregular; si bien no tenía los signos propios de la lividez, enfermó gravemente. Ya no se levantaba de la cama ni siquiera para ir al baño. La orina se acumulaba bajo su cuerpo inmóvil y raquítico. Antonio veló por ella día y noche. La madre comenzó a sudar y no había forma de detener la fiebre. Salió a buscar ayuda. Los médicos eran escasos y le sugirieron que la llevase al lazareto de Olivos con Independencia, que allí la atenderían y que éste estaba a cargo de las monjas de la caridad de san Vicente de Paul. Era justamente lo que su madre le prohibió. De los lazaretos había solo un paso para ir a los pozos, fosas comunes o a la incineración colectiva. Entonces, la dejó dentro de la vivienda que habitó durante toda su vida. Ahora estaba en coma y su hijo lo sabía.

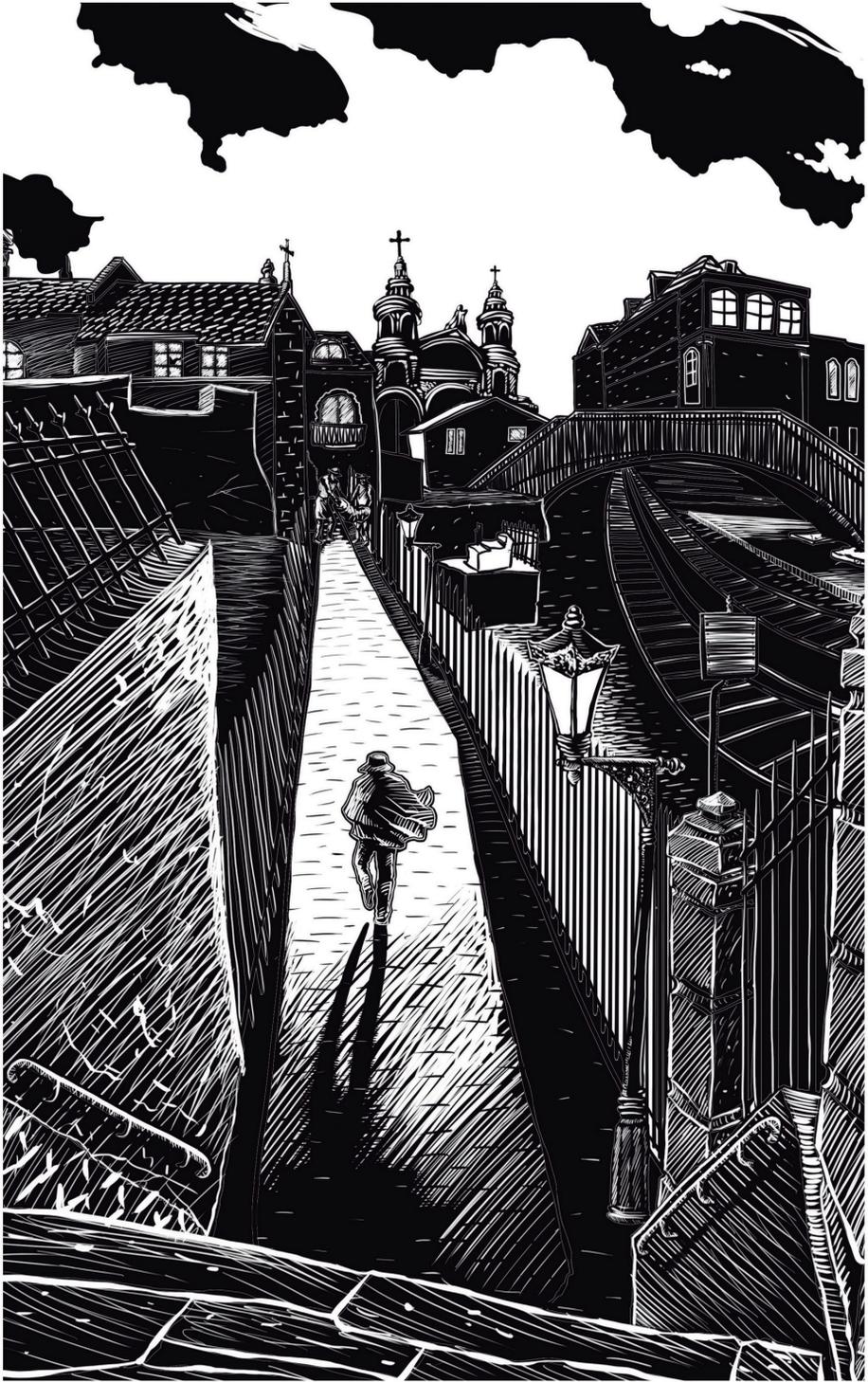
La dejó irse en el delirio y el exceso de temperatura. El cuarto estaba oscuro y el cuerpo de su madre ya no se movía. Se acercó para ver si aún respiraba: oyó los estertores de sus intestinos al revolcarse en sonidos y gases: parecía que otro cuerpo estuviese prisionero en el vientre de la mujer intentando huir de ella, salir fuera adquiriendo la forma de algún demonio de la imaginación. Antonio no se atrevió a levantarle el camisón. Temía que alguna extremidad lo agarrase y lo lanzara dentro de ese infierno

insospechado. Encendió una vela junto a la figura de yeso de la virgen María.

Entonces, por segunda vez se detuvo en el cuadro del Carnaval y la cuaresma. Volvía a ver la misma taberna rebotante de vecinos y unos bebedores que salían a la calle tras la estela de un barrigudo intérprete de mandolina que llevaba un gorro (cada vez los detalles minúsculos aumentaban, haciendo de este cuadro de Brueghel un infinito)... Más adelante, el obeso líder del carnaval se balanceaba sobre un enorme barril de vino como si montara a caballo, empujado por los participantes en la francachela, con un asador de carne a modo de lanza en la mano. En el lado opuesto a él y su grupo, unas personas ataviadas con unos trajes sombríos rezaban de pie, en severa formación, detrás de una mujer demacrada y pálida subida a una silla; era la Cuaresma, que blandía la pala de un panadero. Estaba enfrentada a la banda del líder del carnaval, los dos apostados en falsa batalla. Detrás de esas fuerzas contendientes, la plaza bullía. Unas mujeres cortaban pescado sobre una tabla de madera, varios niños jugaban con un palo al que estaba atada una pelota, unos bailarines danzaban, algunos mercaderes vendían; otros niños observaban desde las ventanas y una mujer limpiaba unos cristales subida a una escalera. Había mutilados y mendigos pidiendo limosna cerca de un pozo. Un hombre y una mujer hacían el amor. Un loco guiaba por la escena a otra pareja, vestida con trajes de puritanos y situada de espaldas al espectador.

En ese cuadro de mil quinientos cincuenta y nueve estaba todo el mundo representado. Veía su ciudad y su gente. Tal como ahora, en plena crisis de salud pública. El parecido era increíble.

La madre continuaba con fiebre y respiraba, lenta,



entrecortada, pero respiraba. Así estuvo dos días. Al tercer día falleció. Ahora sí que se quedaba solo. Absolutamente solo.

Aguardó la noche.

El cuerpo de su madre permaneció en el cuarto y él no le quitó los ojos de encima. Hizo algunas oraciones. Besó su rostro frío. No avisaría al municipio. Ni a los pocos vecinos que podrían interesarles, ni a los de la intendencia, encargados sectoriales ni nada. Nadie se enteraría de la muerte de la señora Leonor Pinto viuda de Lovrencic.

Se le venía encima uno de los momentos más difíciles de su vida.

Pidió perdón a Dios.

Fue al fondo del patio: exactamente entre la higuera y los nogales cavó la primera palada y la arrojó al costado. La tierra estaba húmeda y la pala entraba sin dificultad. Por momentos dejaba de llover y Antonio aprovechaba de avanzar un poco más. Así consiguió el espacio apropiado para poner el cuerpo. La envolvió con una manta de lana, una suerte de sudario. Miró por última vez su rostro: no era su madre, era otra mujer, espantosa y desencajada que le provocaba un pánico indecible. Dejó caer el cuerpo en la fosa ayudándose con el pie. Su madre pesaba más de lo que aparentaba tendida en el camastro de enferma. Jugó el rol del sepulturero y no lo hizo tan mal. Estaba bajo el efecto de un shock: extraño, inexplicable y culposo. Finalmente, cumplió el deseo de la mujer.

La lluvia regresó y bañó las hojas de los árboles de la vieja casa. Una brisa helada le enfrió la nariz. Permaneció allí el resto de la noche, observando. Cuando llegó la madrugada, estaba totalmente congelado y con el pelo pegado a la cabeza. Volvió a pensar en Inés. Tuvo el presentimiento de saber dónde estaba. La imaginó sola, extraviada junto

a la línea del tren. Caminando lentamente y arrastrando a su madre de la mano en medio de la mañana rodeada de neblina.

Esa misma jornada, cuando siente que no puede dormir, entra en el cuarto de baño y orina. Al orinar salpica el borde del inodoro de madera y se inclina, se apoya en las manos y las rodillas y olfatea el fondo del pozo. Huele la hediondez en vivo y no se parece para nada al hedor que expelía de su madre muerta. Nada era idéntico a un cadáver putrefacto.

Pasado el mediodía, fue al almacén autorizado a retirar la porción de pan y jarabe que le correspondía. El tendero le preguntó por su madre:

—¿Cómo sigue la señora Leonor?

Antonio se sorprendió al oír el nombre de su mamá.

—¡...!

—¿No me está escuchando?— insistió el vendedor.

—Sí, está mejor.

—Hace semanas que no se le ve por acá. Dele mis saludos.

—¡Sí, sí! ¡Está en casa, esperando el desayuno!

—¿Entonces... por qué retira sólo una ración?

El vendedor tenía algo más que decirle, pero no sabía cómo.

—¿Ha escuchado los rumores, Antonio? —le dijo, pronunciando lentamente cada palabra.

—No. No sé...

—En la oficina del telégrafo dicen que por fin identificaron los restos....

—¿Qué restos?

Antonio dejó de escuchar al tendero cuando oyó el nombre de Inés de Talavera. Se puso caliente. Sintió que le ardía la cara y que la sangre se detenía en sus venas y

no lo dejaba moverse. Apenas pudo abrir la boca antes de tomarse la cabeza con las dos manos y desesperadamente largarse a llorar.

III

Dicen que la mujer arrojada por los cuervos a las afueras de su propia casa olía a mierda y alcohol de la cabeza a los pies. No era algo casual, como si hubiese bebido unas pocas copas, sino que si la hubiesen zambullido en alcohol. La bebida estaba en su pelo, en sus cejas, en su cara ¿Qué pasó entonces?

Las damas de la alta sociedad fueron secuestradas y ultrajadas por las siguientes bestias: Avelino —alias *el chileno*— un tipo lerdo de ebriedad. Éste vació las garrafas sobre la mujer y su hija. El fin estaba claro: emborracharlas y enseguida girar hacia la locura, permitirse los excesos pues el mundo se iba a acabar. Mientras tanto, Cirilo—llamado *el feo*— y dueño de la botica, clausuraba puertas y ventanas. El inicio de la lluvia le hacía un gran favor. Con temporal, los guardias de sanidad y control ciudadano se refugiaban en las reparticiones públicas, expuestos lo menos posible al contagio que parecía elevarse en humores desde la superficie de la tierra húmeda.

Cirilo se acercó a las mujeres —era un resentido— para toquetearlas y ellas, enmudecidas y con las manos atadas, sentían asco y repugnancia. Su compañero de farras —con expresiones físicas de síndrome de privación— le pidió que se dejara de hacer eso, que había tiempo, que no fuese hambriento.

Ahora están detenidos enfrentando a la justicia, que intenta funcionar a pesar del estado de emergencia. La ciudad no puede darse el lujo de perder la cabeza. Antonio no sabe por qué quiso ir a la oficina de la Guardia y ser testigo de la confesión de los criminales. No sólo los funcionarios administrativos están sorprendidos sino que, a su vez, el juez está patitieso. Jamás en sesenta años de República había presenciado confesión similar. El juez y los periodistas, el intendente y el alcalde. Todos sin excepción se sienten avergonzados. Algo más terrible que la epidemia se veía venir: este doble crimen fue una cruel señal para que las preocupaciones del gobierno se humanizaran.

El Santiago del año 1888 sería un período imborrable en las conciencias de los supervivientes. Un leguleyo insiste: pero *¿cómo sucedió?*

Inician el relato. Esa mañana de domingo Inés y su madre decidieron salir de paseo. El día estaba claro y la zona protegida abierta al público. A ambos costados de la Alameda, entre Alonso Ovalle y Agustinas, canalizaron y desviaron las aguas lluvia, sólo en esa fracción, para evitar la plaga. Desde uno de esos largos tubos salieron *el chileno* y *el feo* como ratas hambrientas a devorar a su presa. Inés creyó que era una broma de domingo, de esas que hacía la municipalidad para bajar la tensión como en los mejores tiempos; dos harapientos y cochinos hombres cortándoles el paso. Uno era gordo, llevaba una chaqueta cruzada, tenía la melena sucia y lisa y parecía dibujada sobre un cráneo deforme. El otro era peor: famélico y calvo: el Mefistófeles de Goethe.

—¿Qué pasa? —gritó la mujer.

—¡Putas asquerosas!

Ellos alegan que fueron provocados, que los humillaron;

por eso el odio insostenible hacia dos mujeres tan bien vestidas un día domingo. El juez no se convenció y quiso saber si el fin de siglo o la epidemia trastocaban el orden de las cosas. Quiso pensar si en otros tiempos sucedieron casos parecidos y cómo fueron vencidos por el bien común y la sana sociedad.

A esa hora de la mañana de domingo y con el ligero frío luego de la ventisca del sábado anterior, escasa gente caminaba por la calle. Extrañamente. Los abundantes charcos y el ánimo sombrío de la ciudad reprimían la necesidad de ventilarse. Por ello nadie pudo ayudarlas. Los hombres se acercaron sin dificultad. No tuvieron siquiera que amenazar. Bastaban sus horribles caras.

—¿Dónde nos llevan?

Los infelices les hicieron ir por un camino lateral embarrado y cubierto de malezas. Las casas de bien desaparecían y a cambio se ofrecían construcciones pobres hundidas en el fango. Oían tras ellas las carcajadas de los inmorales, marcándoles el paso. Repentinamente entraron a una botica. Adentro había otro hombre. Se llamaba Cosme, también llamado *el mongólico*. Ordenó a Cirilo y a Avelino servir vino, pues debían celebrar la visita de las distinguidas damas. Como se negaban a beber, Cosme se enfureció y las roció con vino y las amenazó diciéndoles que si no tomaban, no era responsable de sus instintos. Dicen que la adolescente lloró.

Al escuchar aquello, Antonio se arrepentía de no haberle dicho a Inés más veces, todos los días y a cada hora, que la amaba y que podría ser feliz junto a ella.

Los desgraciados tendieron un fajo de heno y comenzaron el trabajo sucio y eso los puso contentos. Cirilo les dijo que jamás antes se había imaginado la forma del culo en las

mujeres ricas. El espacio exterior olía a miseria, a tabaco podrido acumulado en las paredes. La madre vio a su hija tendida sobre la paja con los dientes apretados. Vio cómo los tipos la acosaban sujetándole las muñecas: mientras uno ejercía esta labor, el otro le abría las piernas. La señora Gabriela decidió irse encima de ellos para detener tamaña inmundicia. En ese momento, Cosme —el más rudo de los tres y el que posteriormente tomaría la cruenta decisión sobre la pequeña Inés —golpeó a la señora con una damajuana, lanzándola al suelo.

Inés pensaba hablar con sus padres ese mismo día y, una vez controlada la epidemia, casarse con Antonio. Pero llegó la inoculación y cambió la conducta de todas las personas. Todos los días veía pasar los ataúdes frente a su ventana. Familias reducidas a un par de deudos acompañando al fallecido. Solo algunos tenían el privilegio de llegar al Cementerio General. La mayoría era abandonada en los pozos acompañados únicamente por la sombra que arrastra el cochero.

Por otra parte, Antonio se había insinuado. Cuando la besó, ella se sonrojó. Pero le encantó. El primer beso llegó justo un día antes de la instauración del estado de emergencia, después fue prohibido besarse: ni padres, ni madre, ni hijos. Bocas clausuradas en toda la ciudad de Santiago. Pero Antonio la había besado y eso la hizo feliz.

Continúa el relato dentro de la pocilga con Inés y la señora Gabriela ultrajadas: les dieron a beber un trago extraño. Cirilo fue a prepararlo por instrucciones de Avelino. Creyó que era algo así como un somnífero. Para hacerlas dormir y ellos poder divertirse sin necesidad de amordazarlas y escuchar esos horribles gritos de puercas millonarias. Lo que explicó uno de los asesinos quedó en el expediente.

Mientras lo relataban, nosotros, los auditores, bajamos los ojos como si estuviéramos asistiendo a un festín en el infierno. Hubo un silencio cansado. El taquígrafo detuvo la marcha de sus dedos. Afuera de las oficinas, donde se llevaba a cabo la declaración, el sol aparecía fugazmente por las altas ventanas del edificio público. El gobierno no podría frenar los diversos episodios que transformaban la ciudad en un territorio de espanto. Muchos funcionarios renunciaban a sus cargos para ir a refugiarse en provincias. Después de estas declaraciones todo se tornaría más peligroso. Nadie confiaría en la protección del ejército, los cuerpos cívicos y los empleados del servicio sanitario. Otro de los autores confesos continuó con su relato. Cosme decidió tirar el bulto con el cuerpo de la señora Gabriela: de ese modo despistarían a los que quisieran averiguar ya que culparían a los *hombres cuervos*. De regreso a la botica decidieron el horroroso final de la joven.

Avelino se queja de que pesan mucho esas bolsas. Él le hizo callar. La calle estaba vacía. En lo alto del cielo sólo se oían los pájaros de la noche vagar en la oscuridad y un cielo negro a punto de estallar. Caminaron lentamente. La estación de ferrocarriles era el lugar elegido. A Cirilo le gustaban los trenes desde que tenía cinco años. De adolescente trabajó como calderero en la vía Calera-Rungue, pero como era un borracho, jamás llegó a trabajar los lunes. Después de eso, subió a Caleu en busca de oro y trabajó allí dos veranos hasta que violó a una niña de ocho años y lo expulsaron a patadas montaña abajo. Era un tipo enfermo. Confiesa esa parte de su historia y su participación en la batalla de Chorrillos y Miraflores: nos cuenta que fue el soldado chileno que le puso un disparo certero a Nicolás de Piérola en pleno rostro.

Relata que al ver brotar la sangre se emocionó, pues ese tiro ponía fin a la batalla dando el triunfo a los soldados chilenos en la campaña de Lima. Enseguida, el General Manuel Baquedano lo premió con una medalla de plata que ya no tiene, pues la cambió por comida y alcohol. Hay antecedentes de que, al tomar posesión de la capital peruana, hubo un saqueo desproporcionado y una centena de violaciones a muchachas vírgenes del claustro de Santa Clara: todas lideradas por este joven soldado. Advertimos que está cucú; que la guerra lo puso tonto. Ellos siguen allí, ebrios. Avelino comenzó a tararear una canción de cuna, Cirilo le dijo que si estaba loco, que cómo se le ocurría eso. Esa noche hacía frío y ellos aún estaban excitados. Qué se les podía hacer. En estos tiempos no había castigos. Ya era suficiente con la cantidad de muertos dejada por el contagio. El hospital estaba atiborrado de cadáveres y los lazaretos eran una esperanza inútil. Avelino le pidió a Cirilo que se apurara, que el tren se les iba a ir. Cirilo cargaba tres bolsas. Las de mayor peso. Avelino cargaba la cabeza. Avelino le dijo al juez que no les preguntaran si se les pasó por la mente pensar en lo que llevaban, eso sería mentira y ya no querían mentir. La ciudad se hallaba en tinieblas a la entrada de la estación. Muy pocas personas viajaban esa noche hacia el único ramal de trenes operativo. Una anciana tendida contra el suelo, envuelta en un manto, lloraba ruidosamente sobre unas ropas esparcidas a la entrada del andén. Cirilo indicó que se acercaron a la ventanilla. El inspector los miró sorprendido como diciendo: “aún existen idiotas”, quizá pensando en que huían de la muerte o bien iban tras ella. El vendedor de pasajes les advirtió que viajarían prácticamente solos, pues nadie se atrevía a cruzar esa parte de la ciudad.

Avelino agregó que entraron al vagón y dejaron las bolsas en la parte superior del compartimiento. Recién allí, al ver gotear sangre sobre el asiento, tomaron conciencia de lo que acababan de hacer. Avelino mandó a Cirilo que la bajara, que no la había envuelto bien. Cirilo le quiso dar de puñetes alegándolo qué hasta cuando lo ordenaba. Cosme le dijo *¡Shiiiiit, quieto!*, tranquilizándolo como se aquietan las vacas. Cosme agregó que no sabía por qué lo hicieron así: al principio pensaron que era lo correcto tirar a la mujer frente a su casa, que era conocida por todos, pues se trataba de una familia de *bien*, y para ello preparar el carruaje. Avelino quiso pasarse de *cuervo* y cobrarse de tantas humillaciones. Pero a la niña no quisieron tocarla más. Era suficiente. Pero estaban tan borrachos y qué tanto si todos morían igual. En esos momentos, Cosme preguntó qué hacían con ella y enseguida se respondió el mismo, sugiriéndoles que fueran a buscar los instrumentos del horror. Y él dio el primer corte, el segundo, el tercero. Estaba tan borracho que le pareció una escena poco sofisticada. El alcohol los había transformado en bestias. Mientras, el tren traqueteaba a través de la noche. Veían pasar parajes desiertos y miserables. Avelino afirmó que sin pensarlo, como todo lo que habían hecho antes, tomó una bolsa primero y luego otra. Como si fuese basura la arrojó por la ventanilla. La fuerza del viento se la arrebató antes que decidiera lanzarla. Con tanta gente que muere a cada rato nunca pensó que lo que hicieron fuese tan importante.

El juez bajó por segunda vez la cabeza. Antonio ocultó su rostro. Los asesinos, sentados uno al lado del otro, miraban con indiferencia a las autoridades presentes: Cirilo apretaba los ojos con ira, Avelino, sin rasurarse y con los ojos inyectados de sangre excitada, se rascaba los pelos de la

cabeza. Cosme —el más fuerte—, mantenía la cabeza baja como si le importara muchísimo más el movimiento de sus pies. Los tres esposados a sus respectivas sillas exhalaban un olor a fecas que incomodaba a los municipales.

Antonio abandonó la sala.

Afuera los curiosos querían saber más sobre el interrogatorio. Ese día no abrirían las oficinas públicas ni las escasas tiendas en señal de duelo y respeto al Regidor Talavera y a su familia. No supo si regresar a su casa o esperar que el tiempo transcurriera y lo llevara lejos.

Comenzaron a caer chubascos.

La lluvia mojó su cara. Su madre tenía razón: estaba más solo que nunca. Deseó que la epidemia terminara con todo. Recordó un texto bíblico que a menudo le repetía Inés, como consuelo: *“En verdad les digo, que si el grano de trigo no cae a la tierra y muere, es solo un grano, más si muere produce mucho fruto”*.

Ya no temía caer a un lazareto.

Decidió ir a la estación de ferrocarriles.

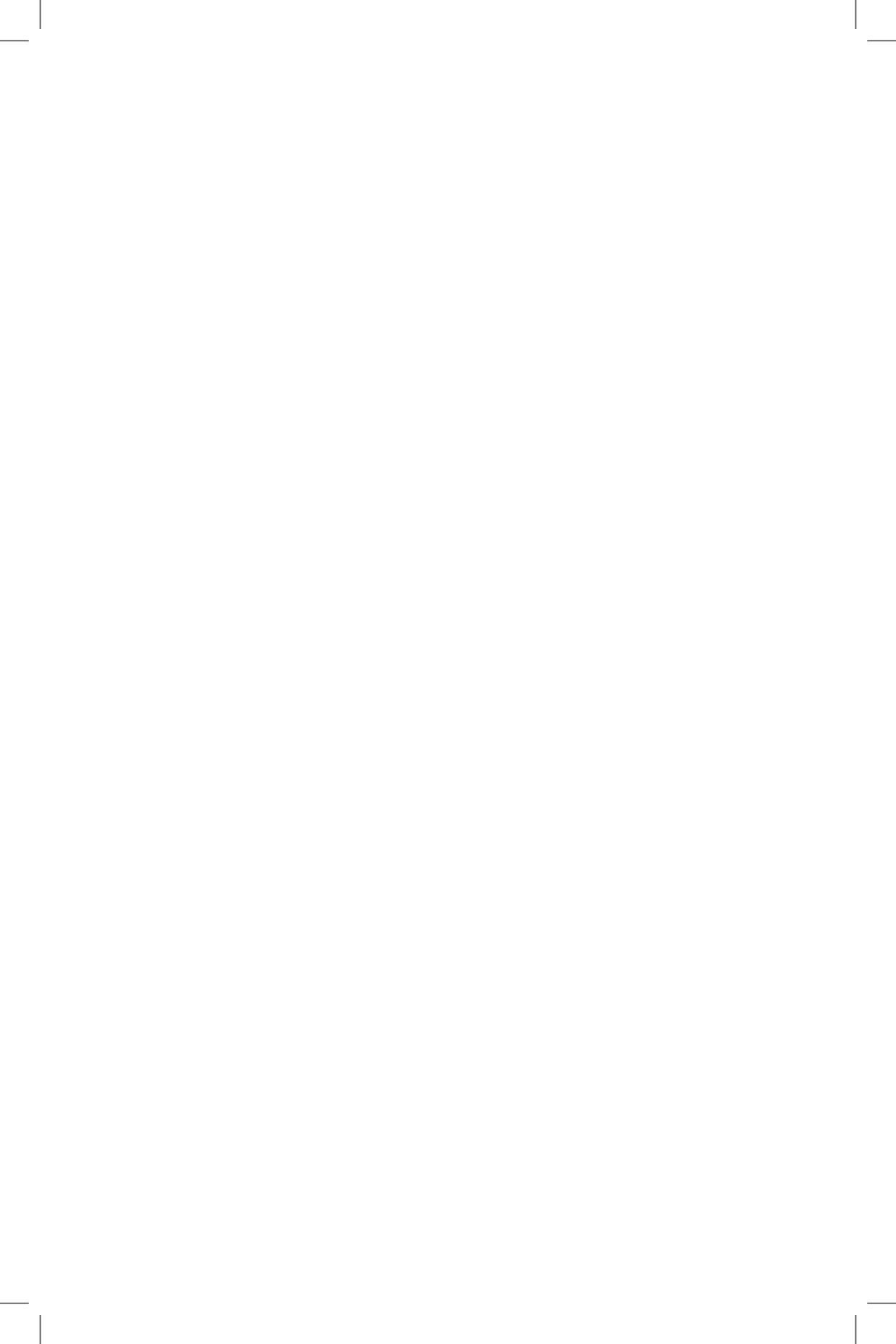
Cruzar hacia los barrios miserables.

Ver a la gente del otro lado del río. Tendida en los suelos.

Camino a la sepultura.

Decidió doblegarse a la epidemia.

Dejándose tocar por las manos enfermas.





EL MAESTRO DE GRAMÁTICA

Veo por un momento el aula del segundo piso del internado, las ventanas con algunos de sus vidrios rotos a causa de los pelotazos dados desde la cancha de baby, las sillas de madera cromadas, los pupitres de color marrón clavados en el piso para evitar que los educandos los moviésemos de lugar, un mapa de Chile que cubre todo un muro lateral, el retrato de Bernardo O'Higgins Riquelme fijado con alfileres a la pared del fondo de la sala, el mueble del profesor con la cerradura violada, la virgen del Carmen en yeso sobre este mismo mueble. Y veo al nuevo profesor de gramática mirándonos extrañado. ¡Cómo olvidar la mañana en que el señor González entró a la sala de clases! Llevaba unos ordinarios guantes negros y unas gafas oscuras que cubrían su cara. Gotas de sudor resbalaban por su rostro perlado. Una incipiente barriga se ocultaba bajo su corta chaqueta que, además, llevaba una de sus mangas descosidas. Los diezmados cabellos grises le colgaban desordenadamente, se balanceaban a la par con el movimiento confuso de su cabeza. En algo estábamos de acuerdo: *el nuevo* sería un ave de paso por la escuela, tal como tantos otros profesores designados por el director.

Dejó chaqueta y libro de asistencia sobre el escritorio. Subió a la tarima. La vieja madera crujió con su peso de hombre robusto.

—¡Buenos días, jóvenes! —dijo con voz aflautada y de bajo volumen.

A continuación, se quitó las gafas. Vimos unos ojos azules brillantes y transparentes como el de los gatos que se zarandean sobre el tejado del mismísimo internado.

—¡Uf! —exclamó para entrar en confianza—, ¡cuánto calor hace aquí!

El silencio era sepulcral: nos habíamos puesto de acuerdo entre todos los compañeros en no contestar ninguna de sus preguntas, ni siquiera al pasar la lista decir *¡presente, profesor!*

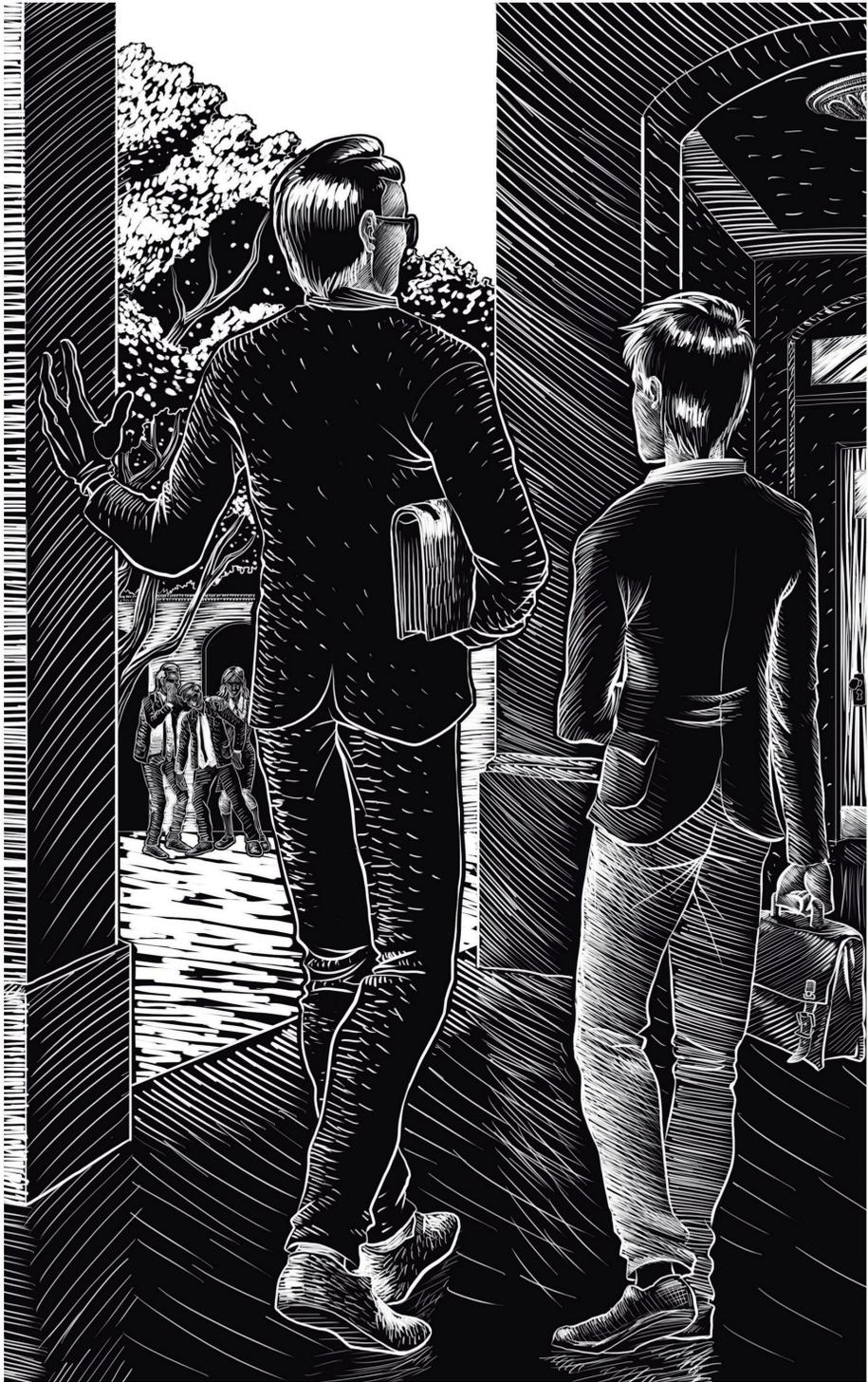
—¡Veo que quieren divertirse, eh! —dijo, impostando la voz para ser escuchado por los últimos asientos.

López, el renunciado profesor anterior, jamás dijo algo así. Decirlo era entregarse al enemigo antes de librar la primera batalla. Es más, el pobre *Ganso López* —así fue bautizado desde el primer día—, no merecía el castigo que le dimos. Fue un lujo, un artefacto de joyería, escapar esa noche como lo hizo: en calzoncillos y huyendo de las ratas que aparecieron por decenas en su habitación. Días atrás habían echado abajo el muro de adobe contiguo a los cuartos parroquiales. López no resistía las ratas. Jamás soportó la disección a que lo obligaba el programa académico y esa fue una de las razones por la cual el director lo puso en tela de juicio; esa y lo que rumoreaban colegas y alumnos: el *affaire* con la profesora de francés... pero volviendo a lo que me convoca, el señor González nos pareció ridículamente formal en sus presentaciones. No poseía la soberbia de tantos maestros que han pretendido esta escuela. Al contrario, se veía conmovedoramente vulnerable y de una amabilidad sospechosa. ¿Qué apodo le pondríamos? En eso pensábamos mientras el hombre se proponía pasar

la lista que, como dije, nadie respondió. Lo que más nos llamó la atención fueron sus manos encubiertas. ¿Se habría quemado? ¿Perdido sus dedos? Después nos enteraríamos de que sus misterios no sólo eran físicos, sino también intelectuales. Sabía de ciencias y de medicina natural. Conocía el nombre de todos los huesos del cuerpo humano a la perfección. Era un verdadero humanista que, sin embargo, despreciamos y escupimos por ese loco afán de parecer *machos* y *macanudos*. González, además, siempre fue muy correcto con las mujeres que trabajan en la escuela. No así el señor López que hizo, por ejemplo, lo que todos hacen con la niña Carmen: con cara de sapo excitado metía las manos en su escote y las dejaba allí, entre la tibieza de sus tremendos montículos. Nuestro inspector hace lo mismo con doña Flor, sobre todo en invierno, cuando hace más frío en este cagón internado y las manos, los dedos de los pies y la nariz se te hielan. Al alumnado no le cabe duda; la niña Carmen posee una fortuna en esos gigantescos campanarios. Atrae a decenas de excitados estudiantes. Sin que se dé (aparentemente) cuenta, la invitamos a nuestros juegos y ella participa hincándose, arrodillándose y, desde esa posición ventajosa para sus observadores, evaluamos el tamaño asombroso que la gracia de Dios le concedió. Corre por el patio (no tendrá más de dieciocho años, es hija de la mujer de la cocina y su padre fue el antiguo aseador de los pabellones de la primaria), mientras, subidos a las escaleras, la vemos ir de un lado a otro con sus enormes protuberancias. ¡Cómo deseábamos besar esas torres y entregarnos, voluptuosamente (esa palabra la aprendimos del profesor López) a las delicias del placer!

González, nuestro nuevo maestro, jamás se rebajaría a eso. Definitivamente, era un sujeto distinto a cualquier

otro reemplazo llegado a la escuela: fue el último de los profesores de gramática decidido a abortar nuestra condición de mediocridad. Usaba palabras cultas para persuadirnos. El antiguo profesor acudía al castigo con la regla. Era un corrector disuasivo para fijar la conducta —según nos decía. González, en cambio, nos seducía con su voz elegante y con miles de pantomimas. Para cada sílaba existía un posible ademán. Gesticulaba como se hace con los niños sordos. Era interesante detener la mirada en ellas más que en el contenido de sus palabras. Sin embargo, los rumores sobre sus orígenes eran pan de cada día. Según averiguamos después, dijeron que fue informante durante la dictadura de Ibáñez. Allí le habían tostado las manos por traidor. Según otros, estaba contaminado por granos de pólvora producto de una explosión al manipular una bomba casera en los tiempos de la crisis del seguro obrero. Pero la más increíble fue la versión de la niña Carmen, quien aseguraba que al señor González de tanto masturbarse le habían crecido vejiguillas en las palmas. Sobre esa materia prefiero guardar silencio. Somos muchos los “hacedores de semen” en esta escuela, capaces de llenar un tarro de canicas con nuestras expulsiones. En las competencias que realizamos, después de la clase de gimnasia, el cabezón Durán y el guatón Zorricueta organizan los grupos que deberán superar el último registro con *el jugo* de nuestros respectivos *miembros*. Hay veces en que es tanta la ansiedad que en menos de quince minutos se llega a la medida, pero en otras demora mucho la expulsión, a pesar que Rufino, Mateo y yo contrabandeamos las revistas prohibidas para estimular el crecimiento de nuestras *ambiciosas armas*. Al interior de las habitaciones existe todo un matute, no tan sólo de cigarrillos, sino, y sobre todo, de revistas pornográficas que



entran los domingos en la tarde en los bolsos de los educandos.

Una vez, el cagón del huaso Pinochet alcanzó un tamaño asombroso en su pene. Dijeron que rebasó con mucho los diecisiete centímetros ¡diecisiete centímetros! Superó con creces la antigua medida del pájaro Cohen. Tuvimos que elevar la meta y ciertamente se nos hizo difícil emular el largo de Pinochet.

Volvamos a la situación del profesor de gramática: Hermelindo González. La cuestión es que ni siquiera para la foto del anuario escolar se quitó los guantes. ¿Qué haría cuando llegara el verano? ¿Los cambiaría por otros más livianos o simplemente llevaría sus manos a los bolsillos?

Rufino —al cual González, desde un principio, mostró su predilección— se sentó junto al profesor, lo abrazó por los hombros y enseguida la típica foto del internado en que, para molestar al pobre fotógrafo, poníamos cara de imbéciles y él, cada año, nos soportaba menos. Fue esa fotografía el único testimonio que pudieron probar contra González. No había ninguna otra evidencia que lo inculpara o lo relacionara con Rufino. De eso se trata al recordar estos episodios, de limpiar la memoria del nuestro profesor de gramática despejando algunas dudas, aunque sea demasiado tarde. González, en lugar de molestarse con los rumores, nos invitaba a caminar por los patios intentando formar discípulos de real servicio a la comunidad, relatándonos la búsqueda del hombre integral, aquel que contribuiría a los necesarios cambios de la sociedad. Sus discursos eran apasionados. Se le calentaba la frente y sus ojos achinados, hundidos tras su gorda nariz, estaban siempre a punto de ponerse a llorar. Creía incansablemente que éramos capaces de edificar un nuevo frente de compromiso social nacido desde la propia burguesía. Sí, porque todos éramos

hijos de padres acomodados, de banqueros, comerciantes e industriales. Me avergonzaba de ser como era: un roto con plata.

Después de unos meses, para algunos el profesor era un poeta. Para otros, como el pájaro Cohen, era un chiflado del cual nada había que aprender. Para la dirección académica, era un tipo peligroso para estos tiempos, capaz de revertir el pensamiento de sus educandos, en esa edad adolescente tan permeable y sensible a las miserias del mundo (esto lo dijo él mismo cuando se enteró de las primeras manifestaciones en su contra). Muchos llegaron a creer que el señor González era efectivamente una figura peligrosa para tenerlo cerca. Uno de esos extraños y resentidos comunistas que metían mucho ruido. Entonces, le fueron minando el terreno para que su prestigio se fracturara en cualquier momento.

El huaso Pinochet —ganando adeptos gracias a la longitud de su miembro— formó un grupo que llamó *Por la razón o la fuerza*; quienes se encargaban de proclamar discursos políticos en los recreos o a la hora de cenar. Pinochet quería entrar a la Escuela Militar —cosa que lograría y ¡vaya del destino que le aguardaba!—, y no le interesaba para nada la gramática. *Con la gramática hago un lulo y te lo paso por el culo*, decía a menudo y se largaba a reír como una bestia. Pero lo logró: cuando cumplió los diecisiete años sus padres se lo llevaron de Quillota a Santiago y le perdimos el rastro para siempre y sólo nos enteraríamos por la prensa de su brillante carrera militar.

El grupo formado por el huaso Pinochet, durante un almuerzo, se tomó la radio e hizo una proclama fascista contra quienes apoyaban a González. Fue la primera vez que ocurría algo así. El director del internado tuvo que intervenir y argumentó sanciones contra los insurrectos,

que nunca cumplió. Simpatizaba con Pinochet y, al igual que éste, temía a los subversivos. Tanto fue el éxito pedagógico de González en muchos de los educandos, que estábamos realmente sorprendidos. Los profesores también. Su verborrea era prodigiosa. La niña Carmen llegó a decir que tal vez era sospechosa tanta entrega hacia sus alumnos, que había visto a muchos *amanerados* actuar de ese modo, *¿dónde?*, le preguntamos, *yo soy más zorra que ustedes*, nos respondió y se largó a la cocina. Cohen, Pinochet y yo nos quedamos mirándola: tenía un trasero de maravilla y lo único que deseábamos a esa edad era levantarle las polleras y mirar, afanosamente mirar, su círculo negro y la entrada al *cautiverio feliz*. Quien iba más lejos siempre era el huaso Pinochet, éste se sentía capaz de mostrar su verga y perseguir a la Carmencha, por decirlo de manera refinada. A esa edad uno es obsesivo con el sexo, mentiroso y traiciona sus palabras y sus comportamientos; eso iba a ocurrir con nosotros.

Debo confesar que en algunos de nuestros paseos por los alrededores del internado, el señor González abrazaba a algunos de nosotros. Voy a decirles lo que ocurrió una vez conmigo mismo sin el ánimo de juzgar. Pero resulta que a él le fascinaban mis cabellos rubios. Confesó que él *no podía ser indiferente a la belleza que descolgaba de luz desde mi cabeza*. Mientras me hablaba su voz se transformó en lírica. Recitó un poema de un tal García Lorca que éste había escrito a los quince años. Lo declamó perfectamente probando una vez más su innegable cultura. Me intimidaba estar cerca de él, no sabía por qué.

González tenía dos mal tenidos ternos y sólo un par de zapatos dignos: le llevaba la cuenta día a día en sus cambios de vestuario y la verdad es que daba pena... solo eso porque,

por lo demás, era el mejor de todos los profesores que pasaron por ese mísero internado. En todo eso pensaba, mientras el resto de mis compañeros jugaba un partido de football. En esa misma oportunidad, González miraba el partido con una atención inusual. Yo observaba cómo a él le comenzaban a suceder cambios en sus ojos azules. Observé cómo aumentaba de volumen la protuberancia bajo su pantalón. Tanto le creció que llamé al pájaro Cohen y al huaso Pinochet. Comencé a preocuparme. ¿Cuál de los compañeros lo excitaba tanto? ¿O no se trataba de eso? Una mañana ingresó a las duchas. Cohen estaba en pelotas a punto de empezar la medición de los miembros. Algunos se excitaban frente a una lámina porno y el señor González fue y observó insinuando admiración por su circuncisión. Por supuesto que el profesor odiaba a los nazis y podría haber existido una confrontación, pero no ocurrió. Fue allí cuando las sospechas nos hicieron sucumbir. De todos modos, no era suficiente para condenarlo. Muchas veces los profesores entraban a las duchas y contaban chistes en doble sentido mientras estábamos así como Dios nos echó al mundo. Por lo tanto inferir que, por esa visita, el señor González debe ser considerado un pedófilo, no me parece concluyente. Nunca lo pareció, pero nosotros, cual Judas, lo traicionamos. Eso fue lo que pensé, pero el resto dudó de él. Incluso decidimos no comenzar con el juego pero, como para tentar al demonio, el pájaro Cohen, Zorricueta y Pinochet estaban decididos a hacerlo teniendo como espectador a nuestro *especial* profesor de gramática. Así fue como uno a uno fuimos poniendo sobre la mesa los miembros. Pinochet, que aún mantenía su invicto, estaba encargado de la medición. Instalado el pene en forma recta, éste lo medía desde la parte posterior hasta el prepucio.

Todavía el resto no superábamos los diecisiete centímetros. El señor González nos observaba con mucho asombro. Nos recomendó dejar de lado esas manifestaciones de virilidad y centrar nuestra atención en las materias que realmente debían interesarnos. Fue allí cuando el huaso Pinochet le preguntó:

—¿Qué esconde en las manos?

—¡.....!

—¡Confiese!

Nuestro profesor se turbó. Pinochet se lanzó sobre él dispuesto a arrebatarse los guantes. González reaccionó a tiempo. Quitó sus manos y Pinochet se golpeó el mentón contra una banca de los camerinos.

—¡Me las vas a pagar, maricón!

—No diga eso, niño Augusto.

—¡Vino aquí a excitarse, mírenle el *paquete*!

Efectivamente, creímos que lucía abultadísimo. El profesor volvió a incomodarse. No encontraba la manera de disminuir la euforia de Pinochet. Entonces, dio media vuelta y se alejó de las duchas sin pronunciar palabra. Más bien fue Pinochet quién no dejó de amenazarlo insistiendo en que se iba a cobrar tarde o temprano. Desde ese momento nuestro compañero se encargaría de buscar el modo cómo joder a González. La sorpresa no tardaría en venir. Pinochet con la niña Carmen planearon una perseguidilla que nos permitiría salir de las dudas. Debo recordar que Rufino era un alumno tímido y objeto de permanentes burlas por parte nuestra. Lo apodamos la *gallina Rufina*. Era tan maricón con sus permanentes lloriqueos que a todos nos incomodaba su presencia. Menos al señor González, de quien, como afirmé antes, desde el principio fue *el elegido*. Una noche, la niña Carmen, Pinochet, Cohen y yo

—que decidí incorporarme finalmente a la ignominia—, aguardamos la campana de las nueve. Era la orden para ir a las habitaciones y descansar hasta la mañana siguiente. En el corredor aguardamos la salida del señor González. Como bien lo había presupuestado el vivo de Pinochet, las cartas ya las había entregado al tonto de Rufino y al profesor González, citándose el uno al otro. Al momento de estar juntos, Carmen apagaría la luz de la habitación, avisaría al señor inspector, tiraría en el suelo del cuarto de la Gallina Rufina revistas pornográficas y unos calzoncillos manchados con parte del *jugo* recolectado en nuestras jornadas de virilidad. Todo ello constituiría pruebas de la reunión secreta entre la Gallina Rufina y el señor González. Llegado el momento, la planificación era perfecta. El profesor salió de su habitación y se dirigió al piso de los alumnos. Los dados fueron lanzados y no había excusa. Había que actuar. Yo no le creí a Pinochet cuando contó que el señor González acostumbraba visitar a la imberbe Gallina. ¿Pero si se tratase sólo de una simple conversación entre profesor y alumno? La niña Carmen no creía en mis tardíos argumentos por la defensa del profesor. Estaba obstinada con la idea que González era un sátiro. No sé por qué a veces uno es tan imbécil. Podría haberle advertido que estaban tras él, que tuviera cuidado dónde se metía, pero uno se deja llevar por los líderes y termina siendo un Judas de pacotilla.

El huaso Pinochet abrió la puerta del cuarto de Rufino con la secreta esperanza de ver lo que queríamos ver. Vimos en la semioscuridad visible del anochecer a la Gallina erguida como un árbol. Con los pantalones caídos a sus pies. ¡Entonces era cierto! ¿O se trataba de un incidente normal? ¿Era que el perezoso de Rufino se estaba

cambiando pantalones antes de salir a conversar afuera con su profesor? Nadie lo creería. Vimos al señor González encucillado a media altura buscando bajo la cama lo que podrían ser las zapatillas de Rufino. Pero estaba tan cerca de él, a una proximidad mínima que el señor inspector no lo creyó viendo las revistas porno en el suelo. Al verse sorprendido con la luz de la linterna enfocando a ambos, Rufino trastabilló y cayó sobre el profesor. Por primera vez vimos las manos de González. El misterio había sido develado. ¡Pobre señor González! ¡Ya nada se podía hacer! Demasiadas casualidades juntas. Cerramos la puerta y Carmen ensayó lo aprendido en el taller de teatro de la escuela: se desmayó sosteniéndose en mis brazos antes de caer definitivamente al piso.

A la mañana siguiente, la Gallina Rufina no se presentó a las aulas aquejado de una cefalea crónica.

Quince minutos retrasado ingresó el señor González a nuestra sala. Ya era por todos sabido lo acontecido la noche anterior.

Vestía como la primera vez, claro que en esta oportunidad venía con sus mofletes lívidos y los ojos enrojecidos como si hubiese llorado toda la noche.

Lo último que recuerdo del señor González fue que se quitó las gafas y nos miró directamente a los ojos como si tras aquella mirada demasiado humana y desconsolada intentara limpiar la imagen que el huaso Pinochet había hecho de él.

Sin exclamar nada, tomó el libro de clases. Lo abrió y emitió un murmullo inaudible. Hizo una firma o algo así. Hubo un silencio absoluto en la clase de gramática. Incapaz de decir palabra alguna cerró el libro de asistencia con la

misma prisa con la cual bajó de la tarima marchándose para siempre.

Me bastó ver su angustia para sentir remordimiento por lo que había hecho.

Pinochet y el pájaro Cohen sonrieron y, buscando con sus miradas mi complicidad, empuñaron su mano, dejando libre el dedo cordial, elevado como señal de triunfo. Un triunfo vergonzoso del cual me arrepiento hasta el día de hoy.

Durante el resto de las semanas nos la pasamos en reuniones en el aula magna, nuestro director nos arengaba sobre las virtudes y las bondades del espíritu. Nos impusieron un ramo de orientación cristiana y otro de familia y sociedad.

En ninguno de sus discursos el director se refirió a la Gallina Rufina, quien fue expulsado de la escuela, ni al señor González, quien fue entregado a Carabineros por proselitismo, pederastia, pedofilia y otros cargos que no vale la pena traer a la memoria.



TAXI DRIVER

Julio Orellana abrió sus ojos. Estaba ansioso. Observó a Elvira volteada hacia la pared emitiendo sonidos estomacales. Parecía tragarse la noche o bien depositar en la bóveda celeste todas las inmundicias que produce el organismo, que come o más bien devora y enseguida bota, excreta, contaminando el planeta. Sus desvelos delataban el desencanto de la vida cotidiana. Detalles insignificantes en el tránsito diurno pero que, durante las noches, aumentaban de espesor. Debía descansar. Hallar la manera de sosegar su precaria seguridad.

Semanas atrás, adquirió un auto de alquiler con el pago de la indemnización en la fábrica. Adicionalmente, pidió un préstamo al banco para desabollar y reparar parte de la carrocería. Estos compromisos giraban alrededor de su confusa mente. Con la compra de su taxi creía depositar, en aquel viejo carro negro, todo el vacío y la soledad que lo acompañaba. Sus amigos del deportivo *Chañaral* decían que la pega de taxista no era mala, sobre todo ahora que con la restricción vehicular escaseaban los taxis colectivos. Julio creía en los consejos de sus amigos más que en sus propios pensamientos. Cuando compró el auto, los paisanos le aseguraron que su suerte mejoraría. El coche estaba abandonado en un patio rodeado de pastizales secos. La primera vez que lo vio, unos niños con turbantes

gitanescos habían instalado una suerte de cárcel secreta en sus asientos delanteros; las butacas estaban llenas de yerbas pasosas como si ritualizaran un misterio propio de la infancia.

La incertidumbre de ser chofer de un taxi lo inquietaba. Julio Orellana tenía cincuenta y siete años, pero su rostro demacrado y rasgado de surcos lo presentaban como un tipo mayor. Tenía la cabeza cuadrada y gigantesca para el pequeño porte que lo sostenía. Todos estos elementos de displacer y angustia le rondaban día a día. Como si fuera poco, le incomodaba su barriga que, aunque inofensiva, le impedía ver su pene cada vez que le urgía ir al baño: el goteo de la orina y la fuga de un gas refugiado en su intestino actuaban a tientas en ese ocultamiento.

Guardó su cabezota bajo las sabanas y comenzó a contar ovejas. Sintió una sensación de orfandad, a pesar de hallarse agazapado contra el cuerpo de la mujer mayor.

Los gatos chillaban sobre el tejado, correteando sobre el zinc. Perseguirse-maullar entre el goce y el arrebató. Luego, la hembra caía en un silencio. El silencio que sigue a la saciedad bestial e instintiva de su especie. Recién entonces Julio Orellana podía cerrar sus ojos y dormir. El perímetro de Elvira lo rozaba de la cabeza a los pies. Partes gruesas y zonas blandas. Más zonas flácidas cada tanto: habían perdido hace años la química y la seducción, pasa en las mejores familias, se resignaba a pensar en lugar de darle un matiz trágico a esa parte sexual de la vida de ambos. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que tuvieron relaciones. Ella es más tardía con el deseo. Julito es un fracaso, un eyaculador precoz y nunca tiene ganas de hacerlo. No es ganoso, diría ella. Como tantas veces en que afloraba su culpabilidad, comienza a pensar en todas las cosas que no le ha dado, pero

sabe que la lista es infinita y no sigue con la cantinela.

Por la mañana sonó el despertador. Orellana lanzó su primera maldición del día. Palabreó a Elvira sacudiéndola y diciendo que no soportaba esos aparatos digitales, por qué no conseguía en casa de su madre el antiguo *Cornavin* y ella le respondía que cállate la boca y sale pronto a trabajar el taxi que no tengo nada para parar la olla, gordo. En eso consistía el diálogo cotidiano. Julio hacía vista ciega a esa realidad.

Caminó al baño. Frente al espejo, que le devolvía una imagen decadente cada mañana, se dispuso a afeitarse. Entró envuelto en una toalla que le cubría la nalgada. Repasó con la hoja de afeitar la añeja piel bajo la mandíbula hasta que no quedó pelo alguno. Se examinó la membrana de debajo de los ojos y notó una pequeña herida o la insinuación de un sarpullido. Se apartó un poco del espejo y no quiso volver a verla; observó entonces su cara regordeta y su enorme papada. Estaba hecho un desastre y no le agradaba constatarlo.

—Gordo, ¿estás bien? —grita la mujer desde la habitación.

Él abre el puño y ve la píldora que se supone que debe tomar, desmenuzándose en el sudor de la palma. En todas las consultas médicas del SAMU ha tenido que responder a las mismas preguntas: ¿cómo duerme?, ¿cómo come?, ¿tiene apetito sexual? Y Julito responde que no sabe de dónde baja esa sensación de angustia que lo atrapa, que sus padres eran infelices y recuerda que su hermano muerto también lo fue. Pero que no, que no oye voces ni cree que exista una conspiración contra él. Entonces el médico o la enfermera le recomiendan una nueva dosis de fármacos que podrían producirle náuseas o sueño o nerviosismo,

tómela una vez al día antes de ir a dormir y siempre sin haber bebido antes, eso es imprescindible si no todo se va al carajo, señor. ¿Nos entiende? Él ha hecho y respetado los tratamientos del psiquiatra durante años, pero eso también lo cansa y, a pesar de que con las píldoras se siente una persona distinta, sabe que la resaca está a la vuelta de la esquina como una amenaza insostenible.

Piensa en su nuevo auto. Siempre quiso tener uno. Entrar en ese mundo privado donde sólo él y el espacio íntimo de la aventura... donde sólo él y la coraza de fierro dándole protección. Una extraña sensación lo carcomió por dentro. Sintió cosquillas en su pelada y calambre en los pies. Se vistió rápidamente y se despidió de su mujer. Ella había vuelto a dormirse. Tuvo tanto tiempo de observarla que se acrecentó la frustración de admitir que no le dio hijos. Por un hijo adquiriría sentido levantarse a trabajar y procurar el bienestar y la comida. Por un hijo... pero sin él, el fastidio y la rutina insensata lo aniquilaban. Recordó un viejo libro que leyó en su juventud, *Los altísimos*, de un desconocido escritor chileno: Hugo Correa. Se identificaba con su protagonista, el señor Hernán Varela y los demás personajes secundarios X, L y D, que eran unos entes robóticos que lo amenazaban. Ciencia ficción chilena neta. Nunca olvidó el periplo del pobre hombre sumergido en un subterráneo de Polonia. Raro, muy raro el libro, como él, qué más se podía esperar entonces.

* * *

La calle parecía más extraña que de costumbre. A esa hora un bus escolar cargaba niños para llevarlos a la escuela.



Recordó los coches bombas en Ben Zakkay y Palestina que explotaban con escolares adentro. El sol retardaba su aparición sobre la cordillera. Los perros voltearon durante la noche decenas de tarros de basuras esparciendo la inmundicia a lo largo de las veredas.

Se dirigió a la casa de su vecina. La anciana amablemente le ofreció su garaje para guardar el vehículo. Elvira se llevaba muy bien con la viuda Ernestina. Compartían el gusto por los gatos, por las telenovelas de Moya Grau y el reiki.

Entró al garaje, esta vez algo sorprendió: la mascota de la señora estaba aplastada bajo las ruedas traseras de su taxi: tendida con las patas traseras en cruz cual salvador del reino de los felinos. ¿Cómo sucedió eso? No lo sabía. Decidió ocultar el hecho. Con turbación y nerviosismo cogió el cuerpo, aún tibio, de la criatura. Los dientes le asomaban por sobre la mandíbula. Julio Orellana observó la muerte. Fue duro levantarlo, introducirlo a la maleta y ver la sangre deslizarse espesamente entre sus dedos.

Cerró los ojos. Algo andaba mal. El interior del auto estaba frío. La calefacción nunca funcionaría. Recordó el cementerio donde estaba enterrada su madre. El sendero de tumbas enfilado por robustos álamos. La tremenda soledad a sus diez años y sin un padre que le mostrara el camino y la luz divina.

Decidió marcharse de inmediato y arrojar el infortunado cadáver a un sitio eriazo. ¿Qué es un gato sino un ser insignificante? —se preguntó. Doña Ernestina nunca lo advertiría. Cuando iba a la feria se rodeada de una procesión cercana a los doce felinos, que peligrosamente correteaban entre sus piernas. Entre doce y once casi no se delata uno menos, pensó.

Giró la llave del encendido y el motor despertó de su

letargo. Se largó calle arriba, haciendo chirriar contra la superficie de asfalto los neumáticos culpables del mínimo homicidio. Su corazón latió aceleradamente. Recordó que no había eliminado los rastros de sangre que el animal había desparramado por el suelo del garaje. La viuda Ernestina era una mujer distraída pero no tonta. Volteó el auto y regresó dispuesto a limpiar las evidencias.

La anciana —pensó él— debe estar ya en pie barriendo la acera del frontis de su casa y en cualquier momento abriría el garaje y entonces descubrirá el rastro de la sangre sobre las baldosas. A Julito Orellana le volvió a dominar el pánico. ¿Qué hay si la viuda ya hubiese descubierto el recipiente con la leche del animal sin beber? Se detuvo frente a una luz roja. Sintió su cuerpo abatido y tenso el pie a cargo del embrague. Al cambiar la luz reaccionó con tardanza. Un automóvil tocó la bocina insistentemente. El auto de Julio era un inmenso tanque que provocaba la rabia de muchos. Demasiado amplio para las estrechas calles del Santiago posmoderno, quizá por esa razón la joven teñida de rojo asomó su dedo cordial y fabricó ese gesto tan propio del mal gusto ciudadano.

No lograba olvidar el cuerpo del felino que cargaba en la maleta. Un olor nauseabundo pobló el espacio interior del coche. Sintió un pavor extraño cobijado en su cuello y que le calentaba las sienes. Miró su rostro gordo en el espejo retrovisor. Siempre los espejos lo amenazaban. La imagen que le entregó el pequeño rectángulo fue catastrófica: vio su cara deshecha y aniquilada por las arrugas que aparecían desde las orillas de su escaso pelo cano. Se sintió solo y avergonzado. ¿Por qué a él le ocurrían estas cosas? No podría contarle el incidente a Elvira. Anhelaba estar pronto en el sitio del suceso y borrar las pistas, cualquier rastro de culpabilidad o de pesadilla.

Efectivamente de regreso a la escena del crimen, se encontró frente a frente con la viuda. Sufrió un nuevo sobresalto. La sangre le circuló vorazmente y la presión le calentó las mejillas. Fue la propia mujer quién se acercó y ofreció abrir la puerta del garaje. Sin esperar a que su vecino hablara, olfateó el mal olor que se desprendía del interior del taxi, entonces le dijo si lleva un hombre muerto, vecino y sonrió con su dentadura postiza —adquirida en el programa *Sonrisa de Mujer*, de la señora Luisa Durán— y Julio respondió que cómo se le ocurre tal cosa, señora. Ella pensó para sus adentros: “este hombre está demasiado viejo para conducir un carro tan grande” y se alejó de la ventana del auto aleteando la nariz sospechosamente. Entonces sin pensarlo dos veces Julito Orellana arrancó, por segunda vez, a gran velocidad, tanto así que pasó a llevar los tachos de la basura que la misma mujer había enfilado junto al 276 de calle Policarpo Délano.

* * *

Otra vez en la autopista. Se mordió la lengua. Presionó el acelerador a fondo y, cerrando los ojos, como si hiciera fuerza para pujar, arrancó. El animal construido de fierro y grasa pareció cansarse. Decidió alejarse de la carretera. Fueron muchas las calles que recorrió sin saber sus nombres. Se sorprendía ante sitios extraños. Población Eneas Gonel 13.30 horas. Algo había cambiado en el mundo contenido en las afueras de su vehículo. Había una atmósfera de abandono en la ciudad: pocos transeúntes se veían, debe de ser —pensó— porque era la hora de la siesta, el comercio estaba cerrado, el día gris comienza a

afectarlo, esa tarde, esa ausencia de personas y objetos, esa malignidad solapada. Poco a poco, a medida que las horas pasaban entre semáforos, poblaciones desconocidas y un sol mortecino, Julio fue agotándose. Le pesaban las manos puestas al volante. Percibía sus pies hinchados. Su nuevo automóvil era su vida. Lo que había esperado de ella, una nueva ecuación que necesitaba para sobrevivir después del despido injustificado de la empresa. Julio amaba los fierros, amaba su Oldsmobile año sesenta y nueve.

Recobra el aliento para calmarse, como le indicó la enfermera del consultorio de La Palmilla, es lo que debía hacer cuando lo azotaba esa como nube negra y poderosa que lo hundía dentro de una imaginaria sepultura.

Por alguna razón que su mente no le aclararía, recordó una mañana de domingo en que estaba en misa de Cuaresma con su madre y un hombre llegó a sentarse a la misma banca mientras se leía a Lucas 2, 4: *“Aconteció que después de tres días lo encontraron en el templo, sentado en medio de los doctores, que lo escuchaban y le hacían preguntas: Y todos los que lo oían se quedaban estupefactos ante su entendimiento y su respuesta. Y cuando lo vieron, se maravillaron, y su madre inquirió: “Hijo ¿Por qué nos has hecho esto? Henos aquí, tu padre y yo, que te buscábamos con angustia.” Entonces él contestó: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo estar al tanto de los asuntos de mi padre?”...* El hombre de la banca se le acercó en el momento de la paz y le tendió su mano y quiso darle un abrazo pero el niño lo impidió. Su madre vio todo esto con excesiva atención. ¿Quién era ese hombre que parecía muy interesado en él? Cuando Julito cumplió los quince años —recién allí— su madre le diría quién fue ese hombre. “Él era tu padre, hijo.” Le dijo y Julio sintió una herida muy profunda. La

traición de su madre jamás la olvidaría y hoy, después de más de cuarenta años no consigue superar ese recuerdo. “...los asuntos de su padre” ¡Qué tremenda ironía para el solitario adolescente!

Estacionó frente a una fuente de soda. Una mujer indiferente y con indicios de una rasuración errática en los bigotes lo atendió.

—¿Qué va a servirse?

—¡Una Coca Cola... por favor...!

Vio un afiche pegado al mostrador: la fotografía de una morena exuberante bebiendo cerveza. Julio había dejado la bebida hacía años. Su último tratamiento fue una lucha contra la pulsión de tomar y la horrible abstinencia. Por eso huía de los restaurantes a la hora en que su boca comenzaba a salivar: como una lagartija a punto de ser seducida por el ratón. La posibilidad de tomar una cerveza lo venció.

—¡Mejor cámbiela... por una cerveza!

—¡Cómo quiera!

Se arrinconó junto a la ventana. Vio unos niños jugando a la pelota y agarrarse a golpes. Uno de ellos, el menos robusto, terminó en el suelo. Los demás pateaban su trasero. El chico tragaba polvo mientras el bullying no cesaba. Lo mismo le ocurrió a él siendo niño: todos se burlaban de su gordura y no hubo día en la escuela pública de Conchalí en que no dejara de sentirse un niño desgraciado.

Para escapar de la visión de los niños callejeros, mira al otro lado del restaurante y ve un tipo más joven que él inmensamente ebrio. Tiene la cara magullada de heridas, quizá una cicatriz que le cruza la frente y la piel de un color mortecino. Está sentado a una mesa junto al mesón, bebiendo una botella de vino. Los ojos de ambos se encuentran por un momento y ninguno aparta la

vista. Se miran fijamente, sin expresión, con una extraña complicidad, como si fueran la misma persona: una en el presente y otra en el pasado. Teme que el tipo se ponga de pie y se le acerque a conversar; es lo que hacen siempre que están borrachos y abandonados: hablar con extraños. Él lo hizo a esa misma edad, cuando todos lo creían un caso perdido, la oveja negra, la ruina de su familia. Pero no es así. El muchacho ebrio le quita la vista y fija la mirada en un suplemento deportivo que permite ver la figura del *sapito* Livingstone en portada.

Poco a poco se fue quedando dormido. El auto, estacionado junto a la acera, al poco rato fue invadido por los mismos niños, quienes comenzaron a garabatearlo con la ayuda de una cuchilla y a robarle las placas.

Repentinamente despertó y se vio enteramente sudado y con la boca manchada de sucia saliva. La mujer continuaba marcando teclas sobre una máquina registradora. Con la escasa voluntad que le restaba se decidió pagar y dejar el lugar. Cuando se asomó, los niños estaban acostados sobre el capot de su vehículo, divirtiéndose y maltratando la carrocería. Totalmente irritado corrió al auto, pero tropezó con una piedra y se fue contra el suelo. Sintió la cara afiebrada. Un pequeño hilillo de sangre asomó por un costado de su labio. Levantó la cabeza y vio cómo los chicos se burlaban de él, correteaban a su alrededor y uno, con la camiseta de la Garra Blanca, intentó arrebatarle la billetera. Volvía a los patios de su escuela pública de la infancia, al abuso de sus compañeros, a la tarde en que el profesor Díaz lo encerró en la bodega de la primaria y se le acercó...y puso sus asquerosas manos en su cuello. Aquella negra oscuridad lo sobresaltó y quiso ponerse a llorar. Nadie en el mundo supo de ese episodio. Incluso él

lo creyó superado; pero hoy regresaba el pasado en gloria y majestad con el bullicio de los niños callejeros. Pero éstos parecieron cansarse y lo dejaron solo. El último niño, el de la cabeza rasurada y tatuado en el cuello, antes de huir lanzó un escupitajo contra el vidrio del auto. Población La Pincoya. 18:00 horas.

Súbitamente, a Julio se le quitó la modorra y el ligero emborrachamiento. Se subió, se acomodó en el asiento. Miró hacia la despoblada y larga carretera. ¿Si no hubiera comprado este taxi nada de eso hubiera ocurrido!

Decidió ir y hacer frente a la viuda Ernestina y devolverle el cadáver de su gato para una cristiana sepultura. ¿Cómo? ¿Aún no se había deshecho de él?

Cerró por algunos segundos los ojos y luego se aferró a la única certeza que cabía en su mundo: el volante de su auto. Se detuvo junto a unos alerces al borde de la carretera.

Necesitaba orinar y eliminar la asquerosa cerveza. Estaba en cualquier parte. No conocía los nombres que señalaba un letrero. Había comenzado a llover y la humedad hizo más insistente el olor nauseabundo acumulado al interior del viejo carro. Julio vio en el cielo un cúmulo de nubes grises. Parecían venírsele encima. De pronto imaginó a su padre, que apenas conoció en esa misa de Cuaresma, bajar de una nube y darle su mano. Él era un niño *especial*, incapaz de relacionarse con los otros niños si no era a base de golpes. Ahora aparecía su padre, demasiado tarde. Ya no lo necesitaba. Lo peor ya había ocurrido.

Quería averiguar a qué sitio fue transportado, pero no había un alma cerca ni ningún lugar posible en el cual encontrar una caseta de información o una comisaría. Corría a una velocidad desmedida. El automóvil parecía tener vida independiente. La frente se le congeló de un

sudor salino y frío. Lo agarró un estornudo angustiante y sin término. Bruscamente creyó oír crujir la maleta del auto.

Con el ruido del motor que se colaba bajo sus pies y, entre tanto estornudo, no supo distinguir qué sucedía.

Le pareció ver deslizarse un cuerpo extraño por las butacas traseras. Julio no cesaba de apretar los ojos cada vez que un nuevo estornudo —ya lo atacaba la alergia— le arruinaba.

De pronto, creyó sentir muy cerca de su cuello otra respiración. Jadeante y dispuesta a venírsele encima. Al observar por el retrovisor —alarmado y boquiabierto— creyó reconocer el origen de su desconcierto; pero ya era demasiado tarde.

El dolor en los músculos del cuello le hizo por última vez recordar el lugar de entierro de su madre, a su mujer en casa y a la viuda del garaje. Con el coche a una velocidad horrorosamente acelerada, el cuerpo de Julito se inclinó a la derecha y el automóvil perdió la línea recta que divide las pistas y se encontró frente a un camión gigantesco que transportaba ácido sulfúrico y que no logró esquivar. Tras el impacto, el Oldsmobile fue expulsado fuera de la carretera. De inmediato comenzó a arder.

El cuerpo gordo de Julito Orellana fue atrapado por la estructura de fierros. Simultáneamente, por los algarrobos que tapizaban la despoblada carretera, un cuerpecillo extraño y ensangrentado saltó con agilidad desde el interior del taxi hasta perderse por completo a campo traviesa; lejos del cuerpo de Julio Orellana que agonizaba horrorosamente.



NO MATARÁS

Es la primera vez que me toca vivir algo así. Tenía a la indiferencia como madre y por padre al dinero. No me conmovían la pobreza ni el arte. Despreciaba el dolor de las personas. Consideraba el individualismo como una cierta clase de fe. Era escéptico, práctico y un *self consumer man*. Jamás fui un hombre religioso y la ausencia de empatía ocupaba en mí el lugar que la creencia podía ocupar en otros. Pero después de lo sucedido me replanteé la vida. ¿Cómo ocurrió tal cambio?

Llegué, como cada tarde, a mi edificio en pleno barrio Providencia. Allí estaba Luchito. No era boliviano, sino peruano, pero para el caso da lo mismo: el pelo hirsuto, la cara redonda con apariencia chinesca y de color negro o mostaza lo delataba donde quiera que fuera. Llegó a Chile hace tres años con el propósito de ahorrar dinero para su familia. Antes de cuidar autos lavó platos en una cocinería de Avenida Matta. A Luchito lo conocía desde unos doce meses y a su hijo también. Juanito era un jovencito de trece años que lo ayudaba en todo y muchas veces era él quien realmente hacía el trabajo: no sé si llamarlo explotación del padre hacia el hijo, pero Juanito mantenía el “negocio” y recibía las propinas. Mensualmente le mandaban dinero a la madre de Juan, quien subsistía con otras tres criaturas en Arequipa.

Chile para Luchito era un país que le causaba mucho recelo, sólo conocía bien las cuatro calles en donde estacionábamos. Además, era un alcohólico irremediable; los lunes lucía asqueroso, como si se hubiese dado de tumbos contra el suelo. Lo cierto era que, según palabras de Juanito, su padre era otro hombre cuando se emborrachaba.

Vivían en una pieza en Independencia con la plaza Chacabuco. Dentro de ella no tenían casi nada; además, les estaba prohibido cualquier artefacto eléctrico, por eso hicieron de este par de calles una suerte de living al aire libre; junto a la iglesia de la Divina Providencia arrinconaron su pequeño tesoro: un anafre que usaban para tomar desayuno y preparar el almuerzo. A los vecinos les molestaba tamaña *suciedad*. Los departamentos colindantes lo denunciarían a la municipalidad por afeamiento de la vía pública. Querían que yo firmara como denunciante en una planilla que contenía más de treinta nombres: en el corto plazo, Luchito estaría condenado. No firmé, habría sido una traición inmerecida.

El hombre y su hijo me caían en gracia, era demasiado humilde, “quitadito de bulla” decimos nosotros en Chile con el ánimo de no herir, pero en realidad lo que queremos decir es apocado, mediocre, un muerto de hambre o un miserable.

En los últimos años y cada cierto tiempo, ya sea por estrategia política o unos mezquinos votos, los problemas de fronteras con nuestros vecinos en lugar de mejorar, empeoraban: en La Paz quemaron la bandera chilena y en Lima reclaman el cadáver del Huáscar. Amenazan con volver a los tribunales de La Haya y recuperar todo el mar del norte que les robamos en la Guerra del Pacífico. Esa y no otra es la razón para expulsar a los “invasores”. La mayor parte

de los inmigrantes que viene a Chile no tiene sus papeles en regla. Ve a este país como la potencia del continente, con un desarrollo sostenido y sólido, cree que aquí hará una fortuna, solo que si son sorprendidos como ilegales la expulsión acaba con sus sueños. Luchito me confesó ese temor una tarde en que andaba con unas copas de más. Yo no tenía nada interesante que hacer. Recordé mi visita a Machu Picchu, incluso podría estar agradecido de cómo cautelaron mi seguridad cuando ascendí por el Camino del Inca: quizás eso explica mi ausencia de desprecio hacia él. Lo innegable era que cada vez las peruanas tenían más partos en los hospitales públicos y ese nuevo “chinito” era un peruano con todo el derecho de quedarse en Chile. Un ciudadano más de la República.

Luchito conocía poco la ciudad, no se atrevía a pasar más arriba de Carlos Antúnez y con mucha desconfianza llevaba a su hijo al Parque Forestal; pensaba que le impedirían subirse a los juegos o temía una reacción xenofóbica. Los insultos surgían cuando estaba ebrio y a los otros borrachines —los chilenos— les parecía justo molestar a un peruanito, sobre todo dada la permanente y difícil relación fronteriza.

A veces se mordía la lengua, pero otras tantas no podía sino, a pesar de su bajísima estatura, irse encima del instigador. Siempre la pasaba mal. Perdía lo ganado sin saber cómo; si no fuera por su hijo, quien guardaba con recelo lo obtenido en las propinas, habría sido peor. Juanito quería traer a sus hermanos con él para que asistieran a la escuela. En el nuevo Chile, la enseñanza y la salud eran prácticamente gratis gracias a los gobiernos de la Nueva Mayoría y los subsidios iban en aumento. La derecha también cuando gobernó otorgó bonos en dinero

por pipo y caco. Todo un outlet estatal. ¡Fantástica manera de acabar con la pobreza!

Ellos estaban convencidos de que aquí se gana muchísimo dinero y todos, incluidos los cartoneros, tenían un celular y al poco tiempo una Ford Ranger de segunda mano; en suma, una realidad económica inmejorable y auspiciosa. El nuevo Chile era los Estados Unidos de Sudamérica. Bastaba ver sus calles y sus elevados edificios del World Trade Center y la torre Costanera, su elegante metro y cualquier vitrina en exhibición. Pero solo ver, nada era permitido para ellos, pues no tenían cómo comprar en tales tiendas. Una vez me puse a pensar qué otra cosa podría hacer Luchito fuera de lavar autos y la respuesta era limitada: sandwichero en un restaurante mediocre, limpiador de vidrios en el barrio El Golf, recolector de basura en la feria, limpiador de baños en los hoteles y barrendero de inmundicias.

Cada vez su sueño se volvía más irrealizable.

Hasta que ayer sucedió lo que tenía que pasar: Luchito estaba en el suelo y Juanito a su lado. El exceso de alcohol le estaba pasando la cuenta. Me irritaba tanta irresponsabilidad. El niño tenía miedo. Le sobaba inútilmente la cabeza para aliviarlo. El infeliz de Luchito se revolcaba sin cesar, me rogaba que jamás lo denunciara, es decir, lo llevara a un hospital, pues allí lo reventarían enviándolo de vuelta al Perú.

Me volteé y apretando los dientes puse cara de imbécil para huir rápidamente y no meterme en líos. *Ya se le va a pasar el hachazo*, le dije a Juanito para que le bajara el perfil a su preocupación. No supe qué pasó con ellos. No me animé a mirar por la ventana. Ya en mi departamento, me preparé un Vodka con naranja y me fui quedando dormido. Al anoecer había olvidado todo. Regresaron

sueños que hacía tiempo no tenía. En uno de ellos, mi madre deambulaba por el gimnasio del edificio con un buzo mostaza, las manos en los bolsillos y la cabeza amarrada con un pañuelo. Se ponía a hacer abdominales y no cesaba. Tenía tanto aguante que me resultaba imposible convencerme de su resistencia. Hasta que sintió ese tremendo dolor de estómago que le anunciaría el cáncer. Dentro del sueño, culpaba a las máquinas de provocarle el mal y las escupía e incluso las orinaba. Desperté boca abajo, sudando. La pared estaba a una asombrosa distancia de mi cama; la pintura blanca que alguien había elegido para el departamento empezaba a reflejar débilmente la luz del amanecer. Me volví y contemplé el ventilador del techo, sin movimiento alguno, similar al de la clínica donde mi madre murió dolorosamente.

Allí estaba yo, con casi cuarenta años y solterón de capirote, tumbado en un lujoso departamento del mejor barrio de Santiago de Chile. Busqué el mando a control remoto y encendí la televisión. Una mujer de grandes pechos alegaba inocencia en el acoso a un muchacho quinceañero, hijo de un abogado detestable y una madre ex modelo y famosa de la farándula; la argentina —mayor de edad— se defendía a contrapelo mientras un equipo de periodistas le acosaba, ahora a ella, a preguntas indiscretas. Finalmente, la modelo se puso a llorar, clamando justicia con sus enormes pechos que la cámara ponía en primer plano: era de una ridiculez asombrosa, erotismo lagrimoso o vulgar forma de hacerse famosa gracias a su prodigioso cuerpo.

Al día siguiente, pensé que no encontraría a Luchito, pero allí estaba, algo afectado, pero tremendamente agradecido “¿de qué?”, pregunté. “*De haber calmado a Juanito*”, me respondió.

A mí me daba lo mismo, pero a él no. Ese sería el comienzo del fin. Era tal el fracaso de Luchito que jamás superaría el pozo negro de su desdicha. El alcohol era su tercer enemigo; el primero era ser peruano, luego estar en Chile y finalmente no poder dejar el vicio. Era de esos sujetos que producen compasión y misericordia.

Bastó un día más para enterarme de la locura que se aprontaba a realizar. Yo estaba bebiéndome una cerveza, veía un programa con voluptuosas bailarinas argentinas cuando, de puro aburrimiento, cambié de canal para ver un poco de noticias: ¡Grande fue mi sorpresa al constatar lo que estaba pasando ahí mismo en la azotea de mi edificio!: Luchito se había subido al techo del inmueble e intentaba lanzarse desde la terraza. Lo peor era que no estaba solo: Juanito lo acompañaba, más bien era Luchito quien lo tenía retenido a la fuerza. Presentía su intención, pero nunca me imaginé que podría tomar una determinación tan terrible y arrastrar en ella a su hijo. Poco importaba si estaba borracho o con una profunda depresión. Salí del departamento a ver en vivo y en directo, sumándome a la crueldad de los morbosos que fotografiaban la escena desde sus celulares. Ver a Juanito asustado me conmovió por primera vez. Los carabineros no sabían cómo convencerlos de que descendieran de la azotea. Yo siempre seguí las películas de Bruce Willis y Nicolás Cage donde los héroes se atrevían a intermediar; no me siento un héroe, pero tampoco quería verlos despedazados.

Antes de subir a la terraza, el conserje del edificio me miró con incredulidad y me hizo un comentario que reforzó aún más mi decisión, advirtiéndome *“si sabía que eran peruanos y si está seguro, vecino arriesgarse por ellos”*. Esa frase me acicateó más e hice lo que jamás nadie podría



creer. Si ambos habían subido hasta allí, yo también podría hacerlo. Me encaminé hasta el terrado. Por suerte, el pánico a las alturas no consiguió paralizarme. Le rogué a Luchito que viniese hacia mí, no pensé en que estaba toda la televisión transmitiendo lo que yo hacía, sólo era un desconocido y un mediocre ejecutivo del Banco de Chile dándomelas de psicólogo. El techo de mi edificio tenía una inclinación en diagonal que lo hacía inseguro. Luchito estaba con medio pie afuera y el otro apenas sujeto al piso. Cualquier movimiento lo podría echar abajo. Le hablé sosegadamente diciéndole que por favor pensara en su mujer y sus otros hijos que estaban esperando los trajera a vivir con él. Me respondió que *“no deseaba traerlos a vivir a esta mierda de país”*. Insistí señalándole que pensara entonces en Juanito que era un adolescente y que tenía todo un mundo por delante. *“¿Qué mundo?”*, me gritó apretando los músculos de la cara *“¿De qué mundo me habla usted?”*

Hubo un silencio angustiante. Después revisaría esas imágenes por la televisión y me asombraría la expresión que él tenía: estaba envuelto en un pánico indecible y con unas ganas de ponerse a llorar asombrosas.

Luchito me miró diciendo que no creía en nada de lo que yo le decía, que *“por algo era chileno. Era su enemigo”*.

Rugué que no hiciera una locura.

Giró. Hizo un leve movimiento de su pie asomado a la azotea, simultáneamente soltó a Juanito hacia el interior de la terraza y se lanzó sólo él, desde un sexto piso.

Imaginé que por inercia Juanito iría tras él, pero quedó mirando con una sorpresa y angustia que jamás he vuelto a ver en la cara de un niño.

Fui hacia él, deslizándome por el suelo, pues temía levantarme en dos pies, le tomé la mano que antes agarró

a su padre. Lo abracé. Era la primera vez que hacía algo así. Y lo sentí tan helado, tan debilucho que me bajó una tristeza insalvable.

No supe qué decirle ¿Cómo justificar a su padre? Descendimos. Juanito no sabía lo que era la muerte y tuvo que descubrirlo en ese momento. Las cámaras no paraban de enfocarlo; la policía se lo quiso llevar y yo no acepté, dije que estaba conmigo y que no dejaría que nadie lo entrevistara. Menos ahora. Eso fue todo. Tuve que firmar los partes de sepultación. Luchito ahora era conocido en todo el país y yo asediado por la prensa. Sentí una hipocresía espeluznante por los medios de comunicación chilenos: todo es basura, un vulgar reality y una farándula de culos y tetas con silicona. Ni siquiera las noticias nos dicen la verdad.

Se habló por primera vez del problema de la inmigración andina. Me invitaron a programas de radio, pero no fui a ninguno. Los periodistas de siempre me preguntaron *por qué había hecho eso haciendo lo que hice* y se sorprendieron cuando respondí, con ironía, que el suicida —que sabemos todos era un desgraciado cuidador de autos— tenía las llaves de mi Nissan Pathfinder en su bolsillo y las necesitaba para irme pronto de vacaciones a Con-Cón. Esa fue la única razón que me guió aquel día, no hay otra, *señores*.



EL CARNAVAL DE LA CUARESMA

A Maximiliano Valdés

Durante la fiesta de Cuasimodo, a inicios del mil novecientos, correspondió dar la bienvenida a los jinetes cristianos tal como soldados de regreso de sus campañas. El vecindario organizó un carnaval inolvidable. Desde temprano la población aguardaba con ansiedad. Emperifollaron la Alameda y, en medio de la plaza, instalaron el escenario que ocuparían el cabildante, las autoridades locales y el señor cura.

El altar de la catedral se trasladó a la avenida y depositaron a sus pies las ofrendas florales. Viajó la guardia fronteriza para unirse al cuerpo de voluntarios. Su comandante lucía un esplendoroso uniforme. Algunos vecinos, el día anterior, pintaron sus casas de color patrio y embanderaron terrazas y balaustradas. La ciudad vivía la festividad con algarabía y apresuramiento.

Llegaron forasteros de comunidades aledañas; una comitiva de cuarenta jinetes hizo su ingreso en medio de la música de los tambores. Las señoras corrían a darles la bienvenida con pañuelos y orquídeas arrancadas de sus propios cultivos, que constituían el orgullo de la región. El sitio destinado a las caballerizas estaba por el acceso sur. Un equipo de servicio refrescaba a los caballos y los conducía al abrevadero.

La muchedumbre se concentró alrededor de la plaza

principal. Los enfermos fueron sacados a los umbrales de las casas. Una muchacha levantó un estandarte bordado en hilo de oro con las insignias del Vaticano y la Santa Iglesia Católica. Batió las manos cuando por delante de ellos cruzó alguna de las comitivas acreditadas.

Las mujeres, cargando cestos con frutas o algún tipo de refresco, cruzaban por delante de las áreas autorizadas para darles de beber a los jinetes. Éstos cabalgaron más de cuarenta kilómetros hasta llegar a aquella planicie clementina.

Desde la ventana del balcón, Leonor podía observar con lujo de detalles, dada su cercanía, las largas filas de cabalgadores marchando rítmicamente al son de la zalagarda y los pitidos. Su madre, de espaldas a ella y tendida en un camastro, se contentaba con oír el griterío y la musiquilla de los himnos religiosos. Eran las únicas que no festejaban. La anciana, de nombre Isabel Martínez Cruchaga, estaba desahuciada y Leonor era su cuidadora, a pesar de sus frescos dieciséis años; de seguir así se quedaría completamente sola, sin marido y sin consorte. En aquellos tiempos los hombres eran escasos y los que existían eran reservados para la república, el ejército y no para los solares.

Doña Isabel hizo vanos intentos por conseguirle un pretendiente. El último de ellos fue don Pedro Moreno de Zabala, un funcionario de Aduanas que jamás se interesó de veras en Leonor.

La anciana era tan devota que no le quedaba más que pedir a San Antonio de Padua —el protector de las solteras— que le otorgase un marido a su hija.

Desde entonces, estampas del patrono colgaban en el interior de sus habitaciones, en el vestíbulo y en el portal de su casa. La propia doña Isabel, antes que enfermara,

depositó en el petitorio de la iglesia un papelillo rogando un consorte para su hija. La señora deseaba un coronel de campo o, a lo menos, un alto empleado público. Se contentaría si cualquiera de ellos cortejaba a su hija.

San Antonio, con tal fama de casamentero, era sacado en andas el día trece de junio y un ejército, esta vez de necesitadas mujeriles, rezaba el rosario volviendo a sus casas gozosas y esperanzadas.

Sin embargo, no fue la solución. Leonor veía morir los atardeceres encerrada en esa fría casa de adobe e intuía que su joven corazón se convertía en piedra sin haber cruzado el deseo por ella. En esa secreta soledad observaba a las decenas de jinetes que desfilaban bajo su balaustrada.

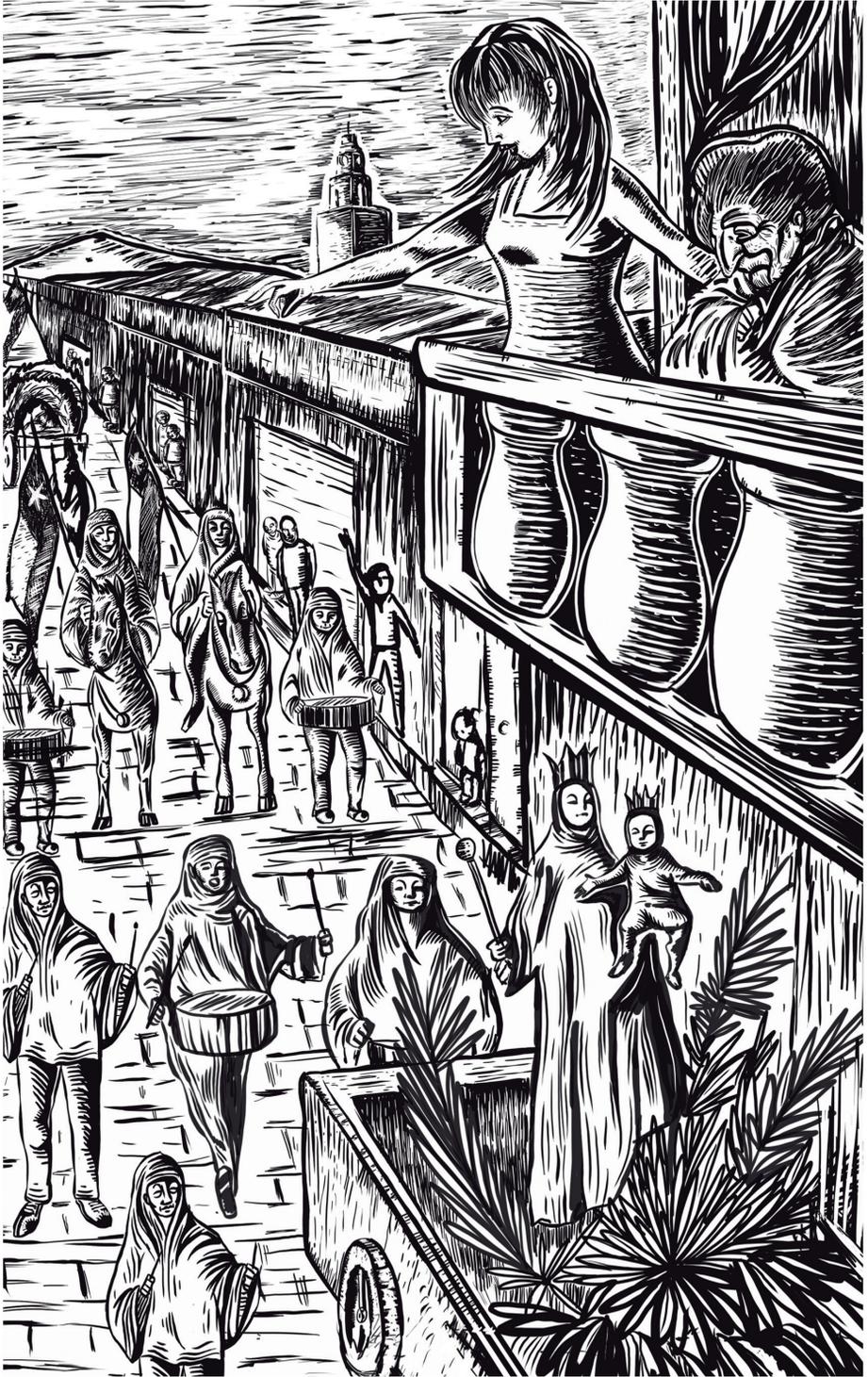
Mientras su madre deliraba, por su mente pasaban los olores de un cuerpo viril que la protegía y la arrancaba de esa “sepultura”. Fue entonces cuando observó al tambor mayor. Era un muchacho esbelto que presidía el desfile; detrás de él los demás jinetes respondían con sus flautines. Vestía tan galantemente que Leonor habría querido bordar sus camisas y solapas con los más refinados dibujos e insignias heráldicas.

Abajo todo era fiesta y aplausos. Arriba, en su habitación contigua al balcón, los días transcurrían latamente. Amarrada al catre de su madre, cogida por un lazo que la negaba al mundo, manteniéndola cautiva de la soledad y del fracaso. Del cuarto a la iglesia y de la oración a la cama. Habitualmente los quejidos de su madre la despertaban a medianoche y debía atender sus demandas. Por la mañana, el desayuno y los tejidos, desprender los goznes de las ventanas, ver la entrada de la luz y aguardar la visita del médico. Tomar nota de los cuidados y tratamientos recomendados por el profesional.

Pero esa aburrida cotidianidad desapareció cuando miró directamente a los ojos del tambor mayor. Era tan robusto y atractivo como jamás había visto un hombre en su vida. Su pasión se iluminó repentinamente. Su pecho rígido creció en volumen. Temió que su alma estallara fuera de su cuerpo. Rogó a San Antonio que esta vez no la abandonara. Dio un vistazo a su madre. Doña Isabel dormitaba con la boca abierta. La cubrió con la manta. Salió. Sintió cómo la cuerda que la ataba simbólicamente a su madre la dejaba libre. Bajó las escaleras aprisa y quitó la cerradura. Alcanzó a ver una vez más a su tambor mayor. De espaldas era perfecto como un árbol enhiesto. Siguió el paso de la muchedumbre sin apartarse de los músicos. Quería verle a los ojos una vez más. Las señoras cubrían con flores a los jinetes. Algunos caballos, adornados con chapas de colores y ribetes de plata en las orejas, le impedían seguir con comodidad a su amante.

Finalmente, adelantándose a la muchedumbre pudo observarlo. Por segunda vez se emocionó al ver a ese hombre. Fijó su mirada buscando en sus ojos la suya. Hasta que el joven la vio. Leonor vivió ese instante como una eternidad. Llena de goce y excitación no le apartó los ojos de encima. Continuó aparejada a él evitando a ciegas los tropiezos. Luego volvió la música a sus oídos y lo vio alejarse en medio de la farándula y las manifestaciones de alegría de toda la aldea.

Todo ese pequeño mundo de quince cuadras continuaba con el carnaval. Los chicos corrían tras los caballos e imitaban los pasos militares. La plaza estaba rodeada de banderas y estandartes que la hicieron perder de vista su tambor mayor. Los hombres bebían fuera de las tabernas. Era tal el calor que los más agobiados pusieron un pañuelo



en sus cabezas. Para Leonor sólo existía aquel joven confundido en medio del gentío.

El cabildante comenzó una seguidilla de agradecimientos a las autoridades presentes. Los asistentes aplaudían y vitoreaban ciertos nombres inaudibles. Luego vinieron los bronces y los himnos de rigor. El carnaval se extendió por toda la mañana. Llegada la hora del almuerzo, dispusieron una larga mesa que cubrieron con manteles blancos preparándose para el banquete. Leonor no logró ubicar a su tambor mayor. Recorrió los flancos que espontáneamente quedaban libres pero fue imposible hallarlo. Más de alguna vez fue saludada por una que otra vecina admirada de que ella anduviese sola, fuera de casa “*¿Lo sabría doña Isabel?*”. Cuando se disponía a regresar, distinguió varios jinetes apiñados junto a la taberna. Eran homenajeados con carne de cerdo y sendas copas de vino. Junto a la escalinata de acceso a la tendería vio apoyado un tambor y otros instrumentos. Se acercó y entró. Su madre le aconsejaba que no era de señoritas entrar a esos lugares de reunión destinados solo a los hombres. Guiada por la tentación y la ansiedad batió la puerta de entrada. Al interior una segundilla de jinetes coreaba una canción popular, de esas que se cantan en las batallas para alentar a la tropa. Repentinamente, acodado contra el mesón vio por fin su tambor mayor. Bebía con otros músicos y no se percató de su presencia. Hasta que Leonor se acercó a su lado. Por tercera vez sus ojos se cruzaron. Sonrió tímidamente. Rogó a san Antonio casamentero que le mostrara el camino.

—¿Quieres tomarte un refresco? —dijo él.

Enmudecida no pudo desprenderse de la emoción que fluía por su rostro.

—¿Cómo te llamas?

—Leonor Leticia Muñoz Martínez —respondió emocionada.

—Yo soy Gabriel Torres. Vengo de la provincia de san Felipe.

Leonor volvió a sonreír. Entonces, como todo buen jinete obligado a su uniforme en primer lugar y luego a sus amores, se desprendió de la casilla amarilla y acercó su mano a la de ella. Leonor sintió estremecer el mundo a sus pies y brindó su mano, acostumbrada tan sólo a los bordados y a los telares, para ofrecérsela a él. En pocos segundos, el tambor mayor acercó su boca a la boca virgen de ella y la besó en los labios.

—¡No digas nada! —le dijo, mejor quédate calladita.

Ella cerró los ojos.

Empiezan a besarse, el pecado la posee.

Se besan con más fuerza; los dientes se chocan, se hurgan profundamente en la boca con la lengua. De pronto, Leonor se inquieta, no sabe por qué y de dónde proviene esa pasión. Su mente está detrás de ellos, registrando la escena. Ella le coge la mano y se la coloca en el pecho. Él comienza a desabrocharle la blusa preguntándose ella si no irá demasiado rápido, pero sus manos están frotándole la parte baja de su firme espalda para alentarla, ella supone que es así como se hace. La tela es sedosa al tacto y los botones se sueltan con facilidad. Cuando le ha quitado la blusa, Leonor pasa su mano por detrás de su espalda y se suelta el sujetador del sostén. El tambor mayor ve unos pechos pequeños y unos pezones gruesos color ceniza. No saben bien cómo continuar. Ninguno de los dos se mueve. Hay torpeza y confusión. Tiene a un desconocido semidesnudo frente a ella. Se culpabiliza por estar allí, pero ya es demasiado tarde. Se supone que él debía guiarla y no

al revés. Se sientan al borde de la cama y Leonor le quita la camisa. Se tumban, él boca arriba. Es así como siempre lo imaginó. Ninguno de los dos habla. Pero están incómodos. Leonor se sube sobre él. Su peso le aplasta una pierna. Le descubre un lunar regordete y abultado cuando le besa el estómago. Siente debilidad e indefensión. Ella le aprieta la cara con más fuerza contra su piel. Simultáneamente oye las balas de salva que estallan desde la plaza mayor donde continúa el carnaval y donde el regidor entrega medallas por doquier y el cura da la ostia.

Al abrir los ojos sintió que era otra mujer.

Abruptamente su tambor mayor le fue arrebatado por otros jinetes que lo hicieron bailar en medio del restaurante. Una de las mujeres habituadas a agraciar a los mozuelos lo agarró del cuello, se sentó en sus faldas y comenzó a toquetearle el cabello largo. El tambor mayor se vio complacido olvidándose de Leonor; ella quedó mirándole por un tiempo más, boquiabierta. La mujer jugueteaba con las insignias del tambor mayor.

—¡Déjelo! —dijo tontamente Leonor.

La mujer respondió vulgarmente.

—¡Imbécil, qué te crees!— y preguntó alrededor, alzando la voz—. ¿Alguien ha invitado a esta mojigata a la fiesta?

Un coro comenzó a chillar.

—¡Intrusa! —repetían—. ¡Tonta! Leonor no supo qué hacer. Temblaba y los ojos comenzaban a entintarse de lágrimas. Otra mujer, que abrazaba a un tipo enjuto, se puso frente a la puerta de salida. Leonor no sabía si pedir permiso o simplemente huir a cómo diese lugar.

—¿Adónde crees que vas?

Los asistentes reían. Leonor está excitada y no sabe cuál será su próximo paso.

—¡Por favor, déjeme salir!

Hubo un segundo de silencio, suficiente para que el tambor mayor advirtiera el pánico en el rostro de la elegante mujer.

—¡Déjenla salir! —ordenó.

La mujer vulgar cedió y Leonor miró por última vez a su enamorado. Su vestido se enredó en sus pies. Casi estuvo a punto de caer. Corrió con los ojos apretados por sobre los adoquines de piedra. Siete cuabras. Al cruzar por la calle principal continuaban los festejos. Algunas guirnaldas estaban en el suelo. Los caballos inquietos por el calor bufaban reiteradamente.

Oía la música venir de la plaza y las voces ebrias de los jinetes de la cantina. Unos chicos jugaban con la imitación de una guerra. Uno caía muerto al suelo y enseguida era desprovisto de sus armas de madera. “Yo soy el tambor mayor —gritaba el menor de los niños—, y no me pueden matar”.

Al subir las escaleras de su casa recordó a su madre.

Por primera vez la había olvidado.

Abrió la puerta de la habitación.

—¡Mamá! —exclamó alarmada—, ¿qué hace levantada?

La madre se había bajado de la cama instalándose junto al balcón.

—¿Qué te hicieron, hijita?

—¡Nada, mamá!

—¡No mientas, una madre siempre sabe el día y la hora cuando a una hija le arrebatan su virginidad!

—¡Mamá! —Gritó desesperada Leonor—. ¡Le prometo que...!

—¡Shissst!, basta, no sigas...

Leonor bajó su rostro y cruzó sus manos delante de

su estómago. Iba a comenzar a castigarse implorando el perdón a su madre, pero no era capaz de abrir la boca. Su cuerpo temblaba y apenas se mantenía en pie. Doña Isabel volteó hacia la cama e ignorando cualquier sospecha de angustia adolescente en la vida de su hija, tomó entre sus dedos las cuentas del rosario y continuó con la oración a san Antonio de Padua, el casamentero.





EL GATO DE SCHRÖDINGER

*“O quizá lo que ocurre es que todo el universo
se divide en dos. En uno de ellos el gato
está vivo y en el otro está muerto”*

Erwin Schrödinger

Ve acercarse a un hombre gordo. Enseguida, el hombre gordo la arrastra de la mochila sacándola de la puerta de la escuela, tironeándola hacia el estacionamiento. La sube a una camioneta blanca y le ata las manos con el mismo pañuelo azul que le puso la mamá para que se abrigase el cuello. Ríe y dice palabras inentendibles para ella. Mira el interior del vehículo: está sucio y con olor a grasa de auto, una calcomanía de Lady Gaga pegada al lado superior derecho, una frase con letras rojas que dice *“solo dios sabe si vuelvo”*, la revista El Gráfico asomada en la guantera, un puñal con vaina de baquelita caqui sobre la radio que enciende para oír a Ricardo Arjona. ¿Por qué le gusta ese cantante si es del gusto solo de mujeres? *“¿Te gusta o prefieres a One Direction, mi niña?”*, le pregunta al mismo tiempo que echa a andar la camioneta cuando ya la oscuridad no le permite distinguir nada a su alrededor.

Con la boca seca, Ignacia tragó saliva, cambió la postura de la cabeza en la almohada y entreabrió los ojos. El cuarto estaba a oscuras, iluminado solo por las luces de los faros de la calle; se distinguía una franja de luz debajo de la puerta que daba hacia la habitación de nuestra madre.

—¿Qué soñaste ahora, hermana? —le pregunto mientras ella se desperezaba.

—Lo mismo de siempre. —Dijo con su voz temblorosa— Enciende la lámpara, por favor.

—¿Dónde te llevaba ahora ese hombre?

—No alcancé a ver. —Agregó ya del todo despierta—. Gracias por quedarte conmigo y cuidarme mis sueños.

Mi hermana tuvo crisis de pánico a partir de los ocho años y esa vieja casona, grande y con tantas habitaciones hizo que ella recordara sus peores pesadillas ¿Por qué mi madre eligió esa casa de cuento tipo Edgar Allan Poe? ¿Por qué está malhumorada, triste y extraña? La casa tiene que ver con todo esto. Con las malas sensaciones que se perciben en el ambiente. Soy un convencido de que el destino está escrito para cada cual. Si no, pregúntenle a Horacio Quiroga o a la Winehouse que dejaron este mundo para ir a otro peor.

La mamá dio las instrucciones para que los empleados de la mudanza colocaran las cajas que decían cocina en la cocina; los baúles que indicaban dormitorio niños en las futuras habitaciones, las del comedor en él y así sucesivamente hasta que los famélicos cargadores no dieron más y se sentaron a descansar en el zaguán. Olían a golosinas rancias y a sales químicas de los tentempiés con sabor a queso. Fue allí cuando el más sombrío de los tres sujetos —tenía el pelo rojo, un tatuaje en el hombro y una dentadura asquerosa— dejó deslizar brevemente una frase: “ni se imaginan lo que ocurrió aquí, en esta misma casa”. Inmediatamente, imaginé unos cadáveres escondidos en habitaciones secretas o la ocurrencia de un crimen sangriento en el cual la víctima no se puede identificar de buenas a primera o, lo que es peor, pensé que esta era

la casa de Satanás. Sí, pues él debe tener un lugar dónde vivir. Lo tiene Cristo en las capillas y templos cristianos; lo tienen Mahoma en La Meca y Buda en la India ¿Por qué entonces Satanás viviría en permanente exilio? El infierno y el paraíso, según mi profesor de lenguaje, son un invento de la literatura antigua y culpa a Dante —en la Divina Comedia— y a Milton —en El Paraíso Perdido—, *de construir moradas palaciegas para alojar al bien y al mal* ¿suena atractivo, verdad?

El hombre de pelo rojo continuó: “en esta casa ocurren apariciones...existe una guarida bajo la escala y...” en ese momento uno de sus colegas lo detuvo: “no vengas a asustar a estos niños” —le dijo, molesto y con la boca llena de pan— “niños, no le crean nada a este hombre, siempre sale con tonteras como esas”.

Ignacia y yo movimos la cabeza al mismo tiempo: “Sí, señor”. Parecía un gesto ensayado en el taller de teatro, pero no lo era. Sentí ganas de orinarme en los pantalones. No me salían las palabras y tampoco a mi hermana. “Nosotros no creemos en aparecidos” —le dije, resuelto y llevándome a Ignacia de allí—. “Vamos, ellos tienen que seguir trabajando”, y saqué a mi hermanita fuera de ese lugar. Ella se agarró de mi mano y se puso a llorar. Temblaba de miedo y no sabía cómo calmarla. El único que era capaz de sosegarla de una buena vez era el papá, pero él no está ya con nosotros: “Deben descartarlo de sus vidas para siempre, es un desgraciado que se fugó con su secretaria, veinte años más joven que él, y no merece respeto, lo hundiré en la cárcel y le quitaré hasta el último peso que es nuestro y no de esa ladrona” nos ha repetido mamá, no una sino varias veces, hasta el cansancio. Yo no creo que el viejo sea tan malo; para la mamá es peor que un

delicente y no hay cómo sacarla de ahí.

—¿Te quedarás siempre conmigo, hermano? —me preguntó Ignacia con los ojos lagrimeados y a tiempo de dar sus *pucheros*.

—¡Por supuesto que sí, hermanita!

—¿Me llevarás donde tú vayas?

—¡Sí, te llevaré siempre conmigo!

—¡No te creo!

En ese momento Ignacia descubrió un pequeño corredor y, al final de éste, una puerta. ¿Una puerta? ¡Entonces era cierto lo dicho por el hombre rojo del tatuaje!

Era un resquicio del tamaño de un enano. Un metro quince, con suerte. Parecía construida por gnomos y no gente de estatura normal. Recordé la puerta de *Alicia en el país de las maravillas* y la entrada al otro mundo, al de la pesadilla y el desconcierto. Aquí no habrá conejos con trajes de negro ni gatos que seduzcan, ni mujeres histéricas que pretendan cortar la cabeza a cualquier cosa que se mueva.

—¿Qué hacemos? ¿Entramos? —preguntó Ignacia.

—No, eso todavía no. —Respondí con sigilo. Me sorprendí a mí mismo en mi inseguridad. Yo era el hermano mayor, *el más temible*.

—¿Por qué no, Benjamín?

—Porque no voy a dejar que la mamá desempaque todo ella sola. Necesita nuestra ayuda.

—Pero ella está mejor sin nosotros. La ponemos nerviosa ¿no te das cuenta?

—Tienes razón... pero olvidemos la puerta —dije, marchándonos. Llevaba a mi hermana jalada de su camiseta cuando escuchamos unos ruidos bajo la escalera. A metros de nosotros. No nos movimos, congelados como estatuas de sal. Creo que oí mi nombre.



—¿Tú hiciste ese ruido?

—¡No!

—Entonces... ¿Quién pronunció mi nombre?

—¡Yo no fui!

Al acabar de decir esto el ruido creció. Fue una suerte de bramido provocado por alguien enfurecido.

—¡Vámonos de aquí!

—¿No le vamos a decir a la mamá?

—Para qué preocuparla... ya tiene mucho con lo del papá.

Todo podría concluir aquí, pero no fue de ese modo. A partir de ese momento imaginé que alguien estaba detrás de mí, como una sombra, buscándome, intentando seducirme a realizar un acto aterrador u obsceno.

Las habitaciones donde Ignacia y yo íbamos a dormir eran de pésimo gusto: empapeladas con figuras de peces que volaban por toda la pieza, del muro al techo y del piso al clóset. La mamá tomó esta casa sólo porque su trabajo quedaba al frente de ésta y podría controlar a la nana y a nosotros las veces que quisiera. No nos dejaba en paz nunca. Controlaba los tiempos conectados a internet y con quiénes chateábamos. A mi padre lo eliminó del Facebook y nos prohibió siquiera incorporarlo nuevamente como amigo.

Toda la realidad nos fue cambiada. ¡Qué aburrido! Pero era preferible a las discusiones de papá y mamá a cada rato, sin tregua y con esa peligrosa violencia que la última vez llevó a los puños al papá y al cuchillo cocinero a la mamá.

Desde que se separaron perdimos el departamento, la plaza de juegos, mis amigos del barrio, el kiosco con los comics, los colegios, etcétera, etcétera.

El que más perdió fui yo. A la Ignacia no le importaba mucho tener amigos. A mí sí.

La cuestión es que la mamá trabajó todo el fin de semana en habilitar la casa. Nosotros la ayudamos encerrándonos en la pieza a ver televisión y por supuesto nos olvidamos de la pequeña puerta, hasta que el lunes de la siguiente semana, cuando llegué del colegio y, mientras la mamá trabajaba en su oficina, con Ignacia decidimos romper el cerco de la curiosidad. Total, ¿qué tanto teníamos que perder? Ya habíamos perdido muchísimas cosas, ¿qué más?

Presentí al demonio cerca de nosotros. Su olor. Su sombra. Acechándonos. Cercándonos. Una presencia gigantesca seduciéndonos a Ignacia y a mí, pretendiendo nuestros cuerpos para poseernos, apoderarse de ellos y abusar tal como nos ha prevenido la mamá “por nada del mundo acepten que un extraño los toque, nadie los puede mirar desnudos, entiendan bien, ni siquiera el pediatra. Y tú, Benjamín, si ves algo sospechoso en alguien me tienes que avisar ¿oíste?...”

—Tenemos que huir de este mundo —dije en voz alta—. ¡Es demasiado peligroso!

—¡Abramos la puerta secreta! — exclamó Ignacia—. ¿Qué nos puede pasar?

La imprudencia de mi hermana me sorprendía. Cosas muy raras le sucedían desde que llegamos a vivir aquí. Nos dirigimos en silencio hacia el lugar secreto. La puerta continuaba igual. Jalamos la cerradura y ésta no se abría. Fuimos por un martillo y rompimos el candado. Miramos. Lo primero que se hace es mirar. Estaba oscuro, demasiado oscuro. Sentí que alguien nos miraba y nos esperaba desde la oscuridad, invitándonos a pasar.

—¿Tienes la linterna?

—¿En qué caja venía?

—No sé... pero así no veremos nada.

—¡Mejor ciérrala, no debimos abrir esta puerta! —dijo cobardemente mi hermana—. Repentinamente cambiaba de parecer. Ahora debía yo demostrar fortaleza.

—No seas miedosa y atrévete a entrar.

—¡Yo no pienso entrar! ¡Me arrepentí!

—Entonces entraré yo...

—¡Hermano! —me previno Ignacia—, recuerda lo que dijo el hombre de la mudanza.

—¡Puras imbecilidades, no podemos dar crédito a eso!

—Pero ellos conocían la casa...

—¿Me acompañas o no? —confronté a Ignacia.

Ignacia vaciló. Temblaba. Mi hermana era, después de todo, una gallina.

—¡Iré sólo!

Y entré.

Está muy oscuro. Mis manos tocan el aire...y lo atraviesan...sospecho que hay ojos sobre mí...vigilándome.

Di un paso y resbalé unos metros. Caí en un agujero negro. Infinito. Sin fondo. De nuevo Alicia en la memoria y la sarta de imaginería fantástica a lo Lewis Carrol.

Y nunca más salí.

Aún estoy adentro y presiento a mi mamá y a mi hermana. Los escucho buscarme.

Los ruidos bajo la escala son mis propios ruidos: desesperados, buscando una salida.

Vinieron Carabineros, Bomberos y la jefa de Recursos Humanos del trabajo de mi mamá y nuevamente no hallaron nada. (¿No encontraron nada?). Ignacia nunca halló de vuelta la puerta, juzgaron que estaba confusa y que nunca existió esa entrada. Incluso oí voces en secreto

(de la jefa de mi mamá) comentando que seguramente mi madre se había vuelto loca después de que mi padre la abandonó. Carabineros sugirió sellar el corredor al final de la sala y no volver más sobre él. Según la experiencia profesional, en casos similares de violencia psicológica, los jóvenes huían a la calle... o...en una de esas, en mi caso, decidí irme a vivir con el papá...era imposible que, estando dentro de la casa, no me hallasen.

Oí la voz de mi abuela Estela —extraña y afectada—, sugiriéndole a mamá que dejase esa loca idea de vivir en una casa tan grande, justamente ahora, que sólo serían dos personas. Estaba absolutamente descartado en lo que quedaba de familia. Empuñé mi mano y di un golpe al vacío. Apreté los ojos para huir de las tinieblas.

Nada.

Ahora me muevo de un sitio a otro esperando algún día materializarme nuevamente y dejar este disfraz de alimaña que es intocable, invisible e imperecedero.



ORACIÓN POR MARILYN

Por las tardes, después de hacer sus tareas, el Seba cruza hacia la casa de la señora María. En el tiempo que va entre golpear la puerta y que llegue a abrirla, el Seba ensaya distintas fachas: la de un chico circunspecto (no sabe qué significa esa palabra pero le gusta cómo suena), la de un niño tímido que apenas modula frases o bien la de un muchachote firme y decidido que insufla seguridad a la mujer. Todo con el fin de persuadir a la cuidadora de su amiga que le permita jugar con ella.

A veces, la señora tarda en salir. Entonces, Sebastián sospecha que es mal momento para visitar a su amiga y, ante la señal vacía y sin respuesta de la puerta cerrada, regresa a su casa, decepcionado. Otras tantas la mujer, con un paño en la cabeza y una escoba en la mano, finge estar *ocupada*. Sebastián sabe que no es así, que la señora siempre desea librarse de Marilyn.

Hoy —por ejemplo— tiene permiso para jugar. El Seba ve a su amiga avanzar con la silla de ruedas por la rampa instalada para ese fin.

Al Seba no le importa que la niña haya prácticamente perdido todo su cabello. Ni que una pañoleta con los estampados de *Selena Gómez* cubra su cabeza. No tiene ojos para ver la enfermedad de su amiga. Él la contempla con la fascinación de los niños cuando hallan un tesoro

inabarcable por su inmensidad; y Marilyn posee la cara más linda de toda la población y en la escuela municipal (a la cual ya no asiste), no hubo ninguna que lograra impresionarlo tanto como ella. Por eso aguarda con paciencia frente a la puerta sin pintar. Todas las puertas están sin pintar. Todas las casas son iguales: una fila de techos, con las mismas ventanas y de vez en cuando una escalera que lleva al tercer piso, a otras puertas de otros niños que tienen el mismo baño de PVC e idénticas paredes sin estucar. Casas cuadradas y pequeñas, del tipo de vivienda social que entrega el Estado a las familias que no pueden adquirirla y otras en reemplazo de aquellas que destruyó el último terremoto.

Sebastián toma las dos manuzuelas de la silla de ruedas y la empuja entre las piedrecillas. Mientras avanzan, Marilyn se fija en la copa de los árboles; quiere ver si los pájaros han levantado un nuevo nido. En la primavera anterior, por alguna razón desconocida, unos ruiseñores llegaron a establecerse en los ciruelos y ella se puso feliz, pues los oía cantar en la madrugada y ese himno era lo más primordial del día.

—¡Allí hay uno! —le dice a Sebastián.

—¿Dónde?, no lo veo —replica éste.

—¡En medio de esas ramas que cruzan los cables!

—¡Ah sí, ya lo vi...!

Hay un detalle importante: Sebastián sabe que el nido está allí hace meses y, lo también perentorio, es que no se trata de ruiseñores sino de ramplones pájaros grises que mezquinamente pían por las mañanas. Lo que sí es cierto es que los ruiseñores son los únicos pájaros que cantan en las noches y eso, casi un milagro de la creación, a la niña le parece fantástico. Desde allí su preocupación por hallarlos cada vez que su amigo la iba a buscar.

El padre de Seba es obrero de una fábrica de juguetes instalada en la nueva autopista. El sueño de Seba es “asaltar” aquella empresa llevándose todos los peluches del mundo. Esa idea se la contó a su amiga.

—¡No podré acompañarte!

—¿Por qué?

—¿Y si me caigo de la silla al huir?

—Tienes razón —decía el Seba, lamentándose—, hay cosas que no puedo hacer contigo.

El patio de su casa también es pequeño, pero para los ojos de un niño de doce años, es una inmensidad. Y así juegan Sebastián y Marilyn. A veces pasaban un buen par de horas antes de que la mujer fuese a retirar a la niña. En el intertanto, Seba preparaba una porción de yogurt con cereales. Marilyn masticaba los arroces con dificultad pero con entusiasmo. La señora que la cuida jamás le da colación a deshoras, sino un almuerzo escaso. Un solo plato. Sin ensaladas ni postre. Ella debe conformarse con eso. Es una *allegada*. Alguna vez oyó hablar de un comité de allegados que se enfrentaron con los pacos en la municipalidad. No entendía los significados de ciertas palabras y prefería quedarse así. Tal como se resiste a comprender esa rara enfermedad que afecta a su amiga, le bota su cabello y hace brillar su cabeza. Pero el Seba no desea pensar en eso. Y no es que sea un niño indiferente. Recuerda la primera vez que se le acercó:

—¿Por qué te tapas con ese pañuelo?

—Mi madrina dice que voy a cambiar el color de mi pelo, pero antes tengo que botar el de color negro y después vendrá el rubio.

—¿Quieres tener pelo rubio?

—¡Sí! — le dijo efusivamente—, como mi mamá.

—¿Tu mamá?

Sebastián le iba a preguntar por su papá, pero se arrepintió a tiempo.

Después venía el juego. Volteaban dos cajas enormes que contenían decenas de peluches, entre osos, tigres, jirafas, elefantes y serpientes. Toda una jungla esparcida en el estrecho patio de tierra. El predilecto de Marilyn era el elefante de color plumizo y cabeza azulada. Lo bautizó. Te llamarás *Trompas*, y lo acariciaba mansamente pronunciando su nombre con dulzura:

—Mi *Trompas*, ¿cómo ha estado mi *Trompita*?

Ella tenía la certeza que el elefante sí la oía.

—Anoche pasé mucho frío. ¿Cómo lo pasaste tú? —le susurraba al animal de felpa.

Sebastián hacía lo propio con su amigo el tigre *Chercán*.

—Mi tigre está enojado —le advertía—, que no se acerque mucho a tu elefante.

Todos los peluches eran de segunda mano. Tenían fallas que los niños no advertían. El dueño de la fábrica los remataba a sus empleados a precio de ganga. Pero el niño estaba seguro que su padre le robaba más de algún juguete “*de primera clase*” al dueño. Lo sospechaba, pues algunos peluches no tenían daño. Lo avergonzaba saber que su padre era un ladrón.

Así pasaban las tardes. Hasta que la señora María retiraba a la niña. Marilyn se resistía a regresar a su encierro. Ni siquiera alcanzaba a despedirse bien de su amigo. Sebastián se preguntaba: *¿para qué la querrá ahora?* La semana anterior se la llevó y la puso a desenredar una madeja de lana: ella iba enrollando un ovillo y Marilyn, con ambos brazos ligeramente separados, mantenía la lana en orden para que no se enmarañara entre las ruedas de la silla.



Ella se retiraba con mucha pena. Estaba seguro de que, si su amiga pudiera caminar, la mujer le ordenaría encerar y raspar los pisos de la casa.

Marilyn, al despedirse, sólo atinó a mover la mano con dos movimientos breves.

Sebastián, rápidamente y casi sin pensar —puso en sus faldas a *Trompitas*. A Marilyn se le alegró la cara mientras la perdía de vista por el deteriorado camino.

—¡Marilyn! —la llama él.

Ella voltea su cabeza con dificultad; alguna vez le contó que perdía las fuerzas hasta en el cuello.

—¿Sí?

Sebastián la mira a los ojos y la siente triste. Siempre la entrevé igual.

—¡Nada! —y le sonrío elevando las cejas.

Una sensación de culpabilidad lo asalta: él podía desplazarse sin problemas y por eso, esperaba hasta que ella hubiese entrado a la casa, para dirigirse a la suya.

—¿Qué pasa, *mecha de clavo*? —le pregunta la señora María. Lo llamaba así sin importarle si le molestaba.

—Nada.

—¿Quieres entrar?

—No.

—¿Entonces por qué nos sigues?

—No lo sé.

Y le cerraba la puerta en sus narices.

Siempre practicaba lo mismo. Como que lo invitaba a pasar y como que no. Él se quedaba con las ganas siempre.

De vuelta a su casa se pone a pensar en su amiga: subirse a la cama y ponerse a dormir debe ser una pesadilla para ella. Imagina que alguien le da un frasco mágico que basta beber una semana para recuperar su pelo. Entonces,

ella luce unas trenzas negras, pues el color natural de Marilyn es ése, que se amarra con una colé azulada (él le regaló una, el último día de escuela) y ya no usará silla de ruedas, la han devuelto a la municipalidad, y puede correr y perderse por la hacinada población asentada al otro lado de la nueva autopista. Sebastián la toma de la mano, como si temiera que se la llevara el viento, y de vez en cuando le sonrío y Marilyn le devuelve la sonrisa y Sebastián siente que sus mejillas se pintan de rojo como si fuesen luces de emergencia de Bomberos de Chile. Pero lo más importante —en esta fantasía—, es que Marilyn ha recuperado su peso, su vigor y su belleza, todo gracias al jarabe mágico. Enseguida, el Seba recapacita y vuelve a la brusca realidad. Su amiga empeora día a día; va perdiendo la fuerza en sus manos y algún día perderá la voz. Con esa sensación triste, el niño se queda dormido sin taparse con la colcha. El ladrido de los perros callejeros que pululan en manadas por la población, se pierde en el cansancio del jovencito. Justamente a la misma hora que cae la oscuridad y el tráfico de pasta base se toma las plazas de su barrio.

Pasó el día sólo. Su madre presiente que tendrá una difícil adolescencia si sigue abandonado en su propia casa ¿Qué puede hacer? ¿Enviarlo a un internado? ¿Tener a alguien para que lo cuide? Cuando su madre regrese del trabajo lo cubrirá, le quitará la ropa y le pondrá el pijama y el Seba ni siquiera se dará cuenta. Para el niño, un día en su casa es imaginar que están todos muertos y que recorre o habita una casa abandonada.

El domingo será la fiesta de Cuasimodo. La señora María pondrá a Marilyn a la entrada de su casa para que el cura le dé la comunión. Hay algo de victimización en esta señora: poner a la niña a vista y paciencia de todos

los mirones, es hacer una exhibición pública de ella. Él no sabe cómo explicarlo, pero eso siente.

El sacerdote bajará de un carruaje enarbolado de colores amarillos y blancos, detrás de él o junto a él un par de jinetes vestidos como gitanos, custodiarán el cáliz. Entonces, Marilyn recibirá la hostia como todos los enfermos que no pueden ir a la misa. Después, el enviado de Dios regresará a su bello carruaje como si se tratara del Chile de la Patria Nueva. Los niños verán este espectáculo con un interés y expectación indecible; tanto por el carruaje y toda la parafernalia alrededor, como por los caballos: la mejor cría sangre de todo Bатуco y no esas hambrientas y rancias yeguas que traen la verdura a la feria que se instala el día martes en calle Arturo Prat. La fiesta de Cuasimodo será inolvidable. Sebastián desearía ser ese jinete y cabalgar de la manera como lo hará el tambor mayor. Pero eso no es posible. Siempre sueña imposibles. El jarabe resucitador y ahora el jinete cuasimodista. Estupideces de muchacho.

Inesperadamente, al otro día, la ambulancia del SAMU se estaciona frente a la casa de Marilyn. La señora del almacén *Don Lalito* observa. Sebastián se acerca a ella:

—¿Qué pasa?

Su mirada poseía una angustia que la mujer no reconoce.

—¡Parece que la *cabrita* cagó.

La mujer se rascó la cabeza y volvió a meterse a su negocio. Sebastián ve la ambulancia salir del pasaje y perderse por la caletera a la autopista.

Está asustado. Tiembla. ¿A quién podría preguntarle dónde se llevaron a su amiga?

Entró a la casa. Enciende el televisor. No se concentra

en las aventuras del *Chavo del ocho*. Hace zapping. Un programa juvenil exhibe jovencitas que bailan frente a la cámara sin son ni ton; de vez en cuando, un tipo forzudo y engominado las hace reír de estupidez. Sebastián no entiende cómo ellas sí poseen un cabello largo y abundante.

El nerviosismo lo carcome. No sabe qué hacer. Va a la calle. La señora del almacén vende el pan calentito de la hora de once. El policlínico está a pocas cuadras. Quizá se la han llevado allá; una vez su papá se cortó con una cuchilla de cocina desprendiéndose un trozo de yema y allí lo cosieron. Caminó rápidamente, casi corriendo. Son unas siete cuadras: primero el *Ekono*, el paradero del Transantiago, la vulcanización de don Julio, el templo de los Mormones, un restaurante de comida china, después la biblioteca comunal, la plaza de juegos infantiles, hoy tomada por los fumadores de pasta, en el paso elevado de la autopista ya no está el *Toi et Moi*; ahora hay otro motel. Finalmente el consultorio. Hay una ambulancia estacionada afuera de la urgencia, pero no podría decir si se trata de la que retiró a su amiga. Son todas iguales. Se acercó a un amplio hall. Hay niños y ancianos esperando ser atendidos. Los observó con la esperanza de ver a la señora María entre ellas. Un hombre enjuto y apoyado en su bastón se quedó dormido junto a un derruido muro; una mujer gorda y harapienta lo acompaña y vigila su sueño. Un niño con la nariz sucia tose una y otra vez interrumpiendo el aburrimiento que parece adormilarlos a todos. Pero ni rastros de Marilyn. Ve la caseta. Se acercó. Miró a una mujer con acné que llena fichas e imprime una hoja del computador. Le da el nombre de su amiga.

—¿Quién eres tú?

—Su hermano —mintió. Pensaba que era más fácil decir eso que explicar las tardes de juegos etcétera—. ¿Qué le pasó?

La mujer le pidió que esperara. Enseguida llamó por teléfono dándole la espalda. El niño no se movía del mesón de la recepción. Un tremendo afiche enumeraba todas las enfermedades de un plan AUGE. Alcanzó a leer varias sin entender los nombres.

—¡No puedes pasar!, —dijo la mujer resuelta.

—¿Por qué?

La recepcionista no quiso hablar más. Un funcionario que la acompaña pegó su cara a la ventanilla y le habló al niño:

—¿Quieres saber de la niña del turbante en la cabeza, verdad? —por fin se apiadaban de él.

—¡Sí! —respondió turbado.

—La niña entró a la urgencia....—Titubeó nerviosamente, agregando—. ¡Está en la UTI!

Sebastián entendió lo que quisieron decirle. Esas muecas y caras extrañas de los adultos ya las conocía. Y las despreciaba. El mundo no estaba construido para ellos. Menos para Marilyn.

Salió de la urgencia.

Regresó caminando lentamente a su casa mientras atardecía. La calle comenzaba a ponerse peligrosa y podría haber una balacera entre bandas rivales, como ocurría en el último tiempo. Quería despertar de esa pesadilla y volver a encontrar a Marilyn y entusiasmarla para la fiesta de Cuasimodo. Huir de ese horrible presentimiento. Sin embargo, todo es real: el hombre gordo que bebe una cerveza en mitad de la calle, el tremendo basural de la esquina de su casa, los focos rotos del alumbrado, los

malos olores, las endeble techumbres y también el cáncer que le arrebatará a su única amiga.

Los ruseñores son la única fantasía en esta historia.



VOLANTINES DE SEPTIEMBRE

A Ignacio Valdés

A las cinco treinta de la madrugada mi padre se levantó y fue a la cocina. Bebió un vaso de agua y se acercó a la ventana. Estuvo así un par de minutos. Caminó como si fuese un gato desconcertado sin saber cuándo atacar la comida que estaba sobre la mesa. A las cinco cuarenta y cinco volvió a la cama. A las seis doce minutos mi madre se levantó al baño. Estuvo allí cerca de diez largos minutos. Hacía frío esa noche y cubrió su espalda con su vieja manta chilota. A las seis en punto, mi papá fue y le golpeó la puerta. Le preguntó si estaba bien y ella respondió que le dolía el estómago, que algo le cayó mal y se sentía un poco enferma. A las seis treinta los dos estaban tomando desayuno. Té con pan con mermelada de mora. A las seis y cincuenta golpearon la puerta. Era el vecino Hipólito, que entró sigilosamente a la casa muy asustado. Conversó con ellos y les previno que algo malo se veía venir. Yo escuchaba casi todo. Mi papá lo obligaba a hablar bajito para que nosotros no nos despertáramos, pero igual no podía contra mí y contra mi nuevo reloj que me habían dado para mi cumpleaños. Por esa razón registraba minuto a minuto todos los acontecimientos. A las siete cuarenta el vecino dejó la casa. A las siete cincuenta mi papá se acercó a la pieza y nos besó en la mejilla. A las ocho en punto mi mamá nos dijo que ese día no iríamos a la escuela. Mi papá tampoco

estaba seguro de ir a su trabajo. Pero a las nueve en punto igual salió de la casa. Mi mamá sólo nos dirigió la palabra a las nueve cincuenta. Estaba muy nerviosa y siempre estaba husmeando por la ventana. A las once cuarenta llegó de regreso el papá. Entró y algo muy grave tiene que haberle dicho a la mamá, pues ella se ruborizó y lanzó un grito tremendo que nos hizo ir hacia donde estaban ellos. Pero nos alejaron y no nos permitieron salir de la pieza. A las doce y veinte todo estaba convulsionado. Se oían sirenas en la población.

A la una quince golpearon la puerta de calle.

Ahora no sabemos dónde está mi papá. Cuando se lo *llevaron* estaba tan asustado que será difícil olvidarme de su cara. Nos abrazó como si fuésemos su tabla de salvación. Apenas dejaron que se despidiera de nosotros. Mi mamá le iba a preparar su ropa de abrigo para las noches frías, incluso pensó ir a comprarle *Cabañas* al negocio de la señora Luchita; era bueno para fumar mi papá, pero los hombres se lo impidieron. A la una y cuarenta y dos minutos le pusieron un rifle entre ceja y ceja, como advertencia de que dejara de joder.

A las dos de la tarde se marcharon para no volver jamás.

Yo sabía que lo llevaban a la cárcel. El que no comprendió nada fue mi hermano. Pobre Yuri, hay que entenderlo, es un niño. A algunos papás de mis amigos también los tomaron presos; unos fueron al Estadio Regional de Arauco, otros directamente a la isla Quiriquina. Mi mamá todavía está averiguando si fue allá o en la isla Dawson donde podría estar detenido.

Yo conservaba un juego de la llave que abría su pieza. Mi mamá no lo sabía. Iba por las tardes a sentarme a su habitación, donde todavía había un cenicero con su

último cigarrillo y el despertador que lo ponía en pie a las seis de la madrugada. De repente creía oír la voz de mi padre, pasando las hojas del periódico que leía después de la fábrica, al llegar a casa a cenar; los sonidos flotaban en el cuarto como si revivieran. A veces, le hablé a mi padre. Suena poco cuerdo, pero la desesperación me hacía llamarlo y preguntarle dónde se lo habían llevado. Nunca me respondió.

Lo paso muy mal ahora. Ya no quiero más contar y registrar el tiempo y la hora. Ando con miedo, me cuesta salir a la calle, no me gusta ver a los soldados en todas las esquinas. ¡Capaz que el hermano de mi compañero de curso, el Mauro, esté ahí!, entre los conscriptos que salieron a defender la Patria, como dicen en la radio. Y yo que todavía soy amigo del Mauro.

Anoche soñé con mi abuelo Nibaldo. Lo veía caminar de la cocina al patio por entre las gallinas y los puercos. Apenas lograba tenerse en pie. Estaba borracho. Jamás fue a la escuela. Aprendió a cultivar la tierra y pastorear a los animales. Trabajaba para un patrón con varias hectáreas de cultivo de mielga y mijo. En los trigales podíamos divertirnos. Era el cuidador de la parcela y el jefe de una cuadrilla de capataces que levantaban un molino de viento por el camino del Alfalfal. Nos dejaba entrar, ir al criadero donde las yeguas parían en medio de gritos espantosos de cerdos y reses. Aprendí a robar pepinos y cerezas antes de que maduraran. Pero eso no está en mis sueños, lo que existe es el látigo de mi abuelo aforrándole a mi papá. Hasta muy grande mi abuelo castigó a mi padre. Ahora sé por qué. Decía que por ser un revolucionario y se lamentaba de haberlo mandado a la Escuela República de Cuba donde sólo aprendió a ser un comunista. Eso me lo



contó mi papá cuando cumplí los doce años y yo empezaba a hacer leseras con los amigos. No quería castigarme y por eso me relató su historia: estaba en su casa, la puerta de su cuarto se abrió detrás de él y su padre lo empujó contra uno de los catres. Luego le dio una bofetada muy fuerte en la cara, que hizo que su cabeza se estrellara contra el fierro de la cama. Pero no contento con eso, volvió a abofetearlo por segunda vez, gritándole que no tenía más permiso para andar metido con esa gente que amenazaba con tomarse las tierras de sus patronos. Luego el abuelo dejó de gritarle, se volvió y salió del cuarto. Unos minutos después, una llave giró y la puerta quedó cerrada desde fuera. Ya sabía de qué tipo de castigo se trataba. Mi padre sentía su cuerpo adormecido. Se sentó en el suelo cruzando las piernas, se tomaba la cabeza entre las manos para disminuir el dolor que le zumbaba los oídos, pero no conseguía disminuirlo. La abuela no se aparecía para protegerlo. Nunca. Le temía al abuelo y parece que tenía toda la razón. Enseguida, mi padre vio unas manchas rojas en sus pantalones de color caqui. Se dio cuenta que brotaba sangre de su nariz y a eso se sumó enseguida el llanto. Lloró como nunca en su vida y por eso me lo contaba, para que a mí no me pasara lo mismo y me portara bien y así él no tendría que repetir lo del abuelo. Ahora que mi papá no está, jamás se cumplirá esa advertencia de castigo.

El Yuri estornuda como yegua loca y los mocos le cuelgan y se limpia con el borde de la manga de su chaleco. El pobre cree que la cárcel es un trabajo, como cualquier empleo y que queda muy lejos y no se regresa en mucho tiempo. Es fácil distraerlo en cualquier tontera hasta cansarlo y mandarlo a la cama. Ahora está jugando con tierra. Se la come y cuando empieza a masticarla la lanza con un escupo.

El Yuri era el preferido de mi papá, quien recibía los mejores regalos en navidad y el primero en aprender a elevar volantines en septiembre. En un carrete con hilo curado de mil quinientas yardas. Yo aprendí solo. Nadie me enseñó. En eso me parezco a mi abuelo Nibaldo, soy bien carne e 'perro, como él me decía. No quiero pensar en cosas feas, ya tenemos mucho con la falta de papá y mi hermanito me necesita, para eso estamos los hermanos mayores: para reemplazar al viejo cuando no está.

Mi madre todas las mañanas va a averiguar dónde tienen al papá. Creo que ya se los dije. Pero no le dan ni boleto. Dicen que nada saben, tiene que volver otro día. Parece el juego del compra huevos. Se hacen los desentendidos. Ha llegado a pensar que puede estar desaparecido y eso sería terrible; le pasó a la señora Irma: su marido era dirigente poblacional de la Villa Leningrado, no se sabe nada de él. Salió y no volvió más. Las malas lenguas dicen que se aprovechó del momento para fugarse con la señora Ismenia; al final, todos sabían que eran amantes, menos la señora Irmita ¿Será cierto!?

Y así pasa el día y tenemos que comernos las lechugas del fondo del patio para matar el hambre. Justamente cuando me disponía a salir de la huerta miré y lo que vi me dejó paralizado: mi padre estaba de pie al otro lado del riachuelo, mirándome. Llevaba su mameluco marrón, cruzaba los brazos sobre su abdomen y parecía curvar la comisura de sus labios. Me contemplaba inmóvil y me pareció que iba a prender un cigarrillo. Entonces corrí hacia él, salté el río y casi pierdo el equilibrio, pero cuando lo miré otra vez, su figura había desaparecido, disuelta entre los matorrales de fresas y los huingales.

Me decepcioné y volví cabizbajo a la casa. Alcancé a ver

unas tablas de la casita del árbol en que mi hermano y yo habíamos jugado de niños. Se estaban pudriendo en lo alto del viejo roble, al lado del río. Recordé cuando talamos ese árbol, de cuyas ramas nuestro padre colgó un columpio con el que llegaba tan alto, por encima de los arbustos, que a veces parecía que iba a salir volando y caer en el agua.

A mi mamá también le gustaría que esta guerra terminara y los tanques y los soldados se fueran a otra parte. Pero nadie sabe qué va a pasar. Recién está volviendo el pan a la panadería y la Celulosa está llamando a sus trabajadores de vuelta al trabajo.

A mi mamá nunca la había visto tan triste como ahora. Y como medio aislada, medio cucú, hay que decirlo; lo siento tanto por ella.

Pero no todo es malo en la vida. Ayer se instaló un circo frente a nuestra casa. En el sitio eriazo del fina 'o don Segundo Leufuhue. ¡Sí, un circo! Me bajó una alegría tan grande que le avisé al tiro al Yuri.

La llegada del circo nos puso felices. Les hablábamos a tigres y leones y tocábamos la piel del oso; un oso café y redondo tan redondo que era igualito a mi otro tío, el tío Florencio. Suerte que ya lo enterramos hace añitos en lo alto de la loma, pues si supiese lo que le pasó a mi papá se deprimiría como cuando su casita se la llevó el mismísimo temporal y quedó de patitas en la calle. Allí mi papá se lo trajo a vivir con nosotros y lo hizo dormir junto al abrevadero. Duró poco el tío. Antes de un año murió.

Para Yuri el circo fue el mejor remedio a su enfermedad. Mejoró de la tos con las puras ganas de gatear bajo la carpa y descubrir los trapecistas cruzarse por los aires; ver un saltimbanqui sobre una cama elástica saltando hasta el

cielo, mejor dicho un gimnasta que volaba hasta el techo; una mujer gorda y enana que tragaba fuego sin quemarse siquiera un bigote. En fin, todo era maravilloso, divertido y sorprendente.

En uno de los carros vivía una mujer vestida de plumas. Se llamaba Angélica. Llevaba argollas gigantes del tamaño de una rueda de camión con las que hacía malabarismo. Nos contó que siempre había trabajado en el circo y abrazó a Yuri diciéndonos que le extrañaba que tan pocos niños buscaran la alegría en el circo.

—No es como antes —nos dijo—, cuando llegaba el circo los niños corrían detrás de los carros. Ahora ni siquiera nos han visto llegar. Algún día no nos querrán en ninguna parte. Incluso ya tenemos problemas con los permisos municipales.

—¡Como les pasa a los gitanos! —Agregué yo—, a ellos no los quieren mucho.

—¡Todo desaparecerá algún día! ¡No quedará nada de lo antiguo! —dijo, alarmada. Mi hermano la miraba entre aterrorizado y fascinado.

Por alguna razón nos hacía bien estar con Angélica. Tenía de lo que le pidieran. ¿Cuál era su edad? No creo que más de diecisiete. La señora del fuego era vieja, tenía también largos pelos en las piernas.

A la mamá no le gustaba esto del circo. Alegaba que la dejábamos sola mucho tiempo, cuando era ella la que se iba de la casa a buscar a mi papá junto con otras señoras. Pasaba metida en reuniones de agrupaciones raras y se olvidaba de nosotros a menudo.

Esa misma noche yo soñé que mi papá regresaba y acababa con la pena de mamá. Pero sólo fue una fantasía, pues continuaban los allanamientos en la población y toda

la gente andaba asustada guardándose en sus casas antes del toque de queda.

Un día sucedió algo que me hizo pensar que la vida es muy difícil y que todo se escapa y cambia tan pronto como llega: apareció Angélica contándonos que el circo se iba de allí. Los animales habían contraído una rara enfermedad que los tenía adormilados todo el día y sin ellos no podía funcionar un espectáculo. Estaba casi segura que los *pelao's* del Regimiento Arauco los envenenaron, para divertirse y hacer daño. O simplemente el horno no estaba para bollos ¿Quiénes querían divertirse en medio de tanto desastre? Justamente la zona de Concepción y Arauco fue una de las más reprimidas de todo el Sur. Y nosotros vivíamos en el ojo del huracán.

Mi hermano y yo no estábamos dispuestos a sufrir otra pena grande. Y aunque resulte incomprensible, no merecemos que nos juzguen. Por favor, que no se piense que abandonamos a la mamá.

¿Qué cosa era comprensible en esos momentos? Sobre todo, después que ocurrió *aquello*: una noche la mamá no llegó a casa. Pensé que estaba con la señora Irma, fui a buscarla pero nunca estuvo allí. Ella —asustada como yo— me sugirió que la fuera a buscar al bosque de pataguas, creía que podía estar allí. Fuimos con mi hermano. Estaba muy oscuro, conocía ese lugar como la palma de mi mano. Atravesábamos El Alfalfal cuando la lluvia comenzó a caer y a empaparnos como patos y tuvimos que ponernos a resguardo bajo una caverna. Entonces apareció ella: apenas cubierta con su vieja manta chilota, su rostro sin vida, su cuerpo blandengue con el viento. Lo primero que hice fue taparle los ojos a mi hermano. No quería que viese a nuestra madre de esa manera: parecía un zombi del *Amanecer de*

los muertos vivientes. “¿Qué pasa, hermano? ¿Por qué no me dejas mirar?” me preguntó atemorizado y yo le dije que “no te muevas de aquí, todo saldrá bien, no te preocupes” y fui a rescatar a mi madre. Estaba seguro que de ahí en adelante las cosas empeorarían. Y estaba en lo cierto. ¿Podríamos superar eso? ¿Qué hacer de allí en adelante?

Un domingo muy temprano, los carros del circo iniciaron su viaje de retirada. Parecía el final de una película de guerra en que los derrotados deben irse del pueblo en busca de un nuevo lugar para vivir. Arrastrando carretillas o bolsos de mano con lo puro puesto. Marcando el paso. El éxodo de las tribus de Israel desde Egipto para volver a ser humillados y esclavizados. La historia se repite. Me queda claro.

—¡Angélica —gritaba el Yuri agitando sus manos— Angélica, no se vayan!

Chillaba tan fuerte que el conductor de la camioneta se detuvo. Ella bajó de un furgón azul. Estaba más linda que nunca, no usaba los vestidos de la actuación ni andaba con las argollas. Iba con un blue jeans y una camiseta azul. Su cabello era rojizo, intenso como una mata de betarraga. Me enamoré de ella inmediatamente. Nos quedamos frente a frente sin decir ninguna palabra. Miraba sus hermosos ojos negros y veía a mi hermano a punto de ponerse a llorar a moco tendido. Ni siquiera cuando los soldados se llevaron al papá nos angustiamos tanto con mi hermanito. Algo había que hacer.

De la mano con el Yuri y sin aviso, decidimos irnos con el circo. Podríamos trabajar alimentando a los animales o ser payasos y darle de patadas en el trasero al falso señor Corales.

Entonces pienso que quiero ser feliz.

Quiero que mi hermanito también sea feliz.

Cuando nos subíamos a uno de los carros, antes de iniciar la peregrinación y el Yuri contentísimo se probaba unos trajes de colores, por la cortina del vagón veo que comienza a salir el sol. Me imagino a mamá buscando desesperada a sus hijos, volver a rezar el rosario, coger la fotografía de papá, llevársela al pecho, mirar hacia el fondo de la calle y preguntarse qué es todo lo que ha pasado, qué mal sueño se llevó a su marido y a sus hijos, qué esperpento criminal y siniestro lo hizo desaparecer todo, incluso el circo que ya no está.

El Paraíso Perdido, Caleu, invierno.



Índice

La muerte de Juana Leufuhue	7
La última noche del apocalipsis	17
La sombra que arrastra el cochero	33
El maestro de gramática	59
Taxi driver	73
No matarás	87
El carnaval de la Cuaresma	97
El gato de Schrödinger	109
Oración por Marilyn	119
Volantines de septiembre	131





